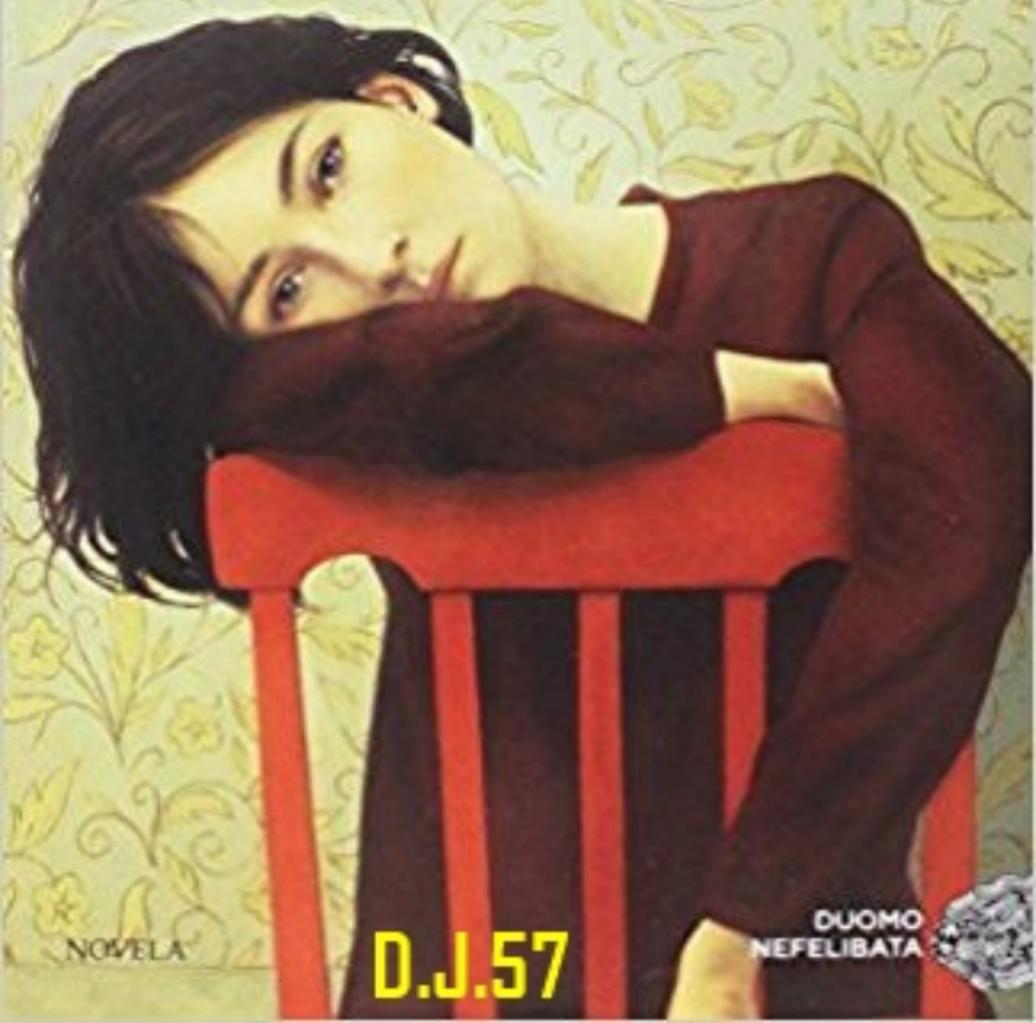


SARA RATTARO

Brilla todo lo que puedas

Una historia inspiradora donde
del dolor nace la esperanza



NOVELA

D.J.57

DUOMO
NEFELIBATA

Brilla todo lo que puedas

Sara Rattaro



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Portadilla

Índice

Portada

Portadilla

Cita

1996

El principio de 1990 a 1996

Después de 1997

Diez años después

Nota de la autora

Créditos

«Te enseñarán a no brillar, tú, sin embargo, brilla».

Pier Paolo Pasolini

1996

En 1956 el Tribunal de Casación decidió abolir elius corrigendi, según el cual el marido tenía derecho a pegar a la mujer que, a su personalísimo juicio, había cometido errores en la educación de los hijos.

–Se lo suplico, déjeme subir. No tengo dinero pero necesito ayuda.

El hombre sentado al volante abrió unos ojos como platos y miró a la que debía de parecerle una pordiosera. Me hizo una seña con la cabeza y subí al autobús. Estaba amaneciendo y aquella era la primera carrera, la de las seis. Había empezado a nevar y hacía muchísimo frío.

Me senté donde él me pudiera ver.

–Señora, ¿está bien?

–No lo sé...

Cuando llegamos a la plaza del pueblo, me bajé. Le di las gracias y me puse a andar en busca de un lugar donde pudiera esconderme. Era demasiado pronto para estar paseando sola. Habría llamado la atención y necesitaba un lugar en el cual refugiarme. Encontré un edificio en construcción y me introduje en él. Encontré un asiento. Me pregunté por qué no tenía ganas de llorar y la única explicación era que no me sentía desesperada, tal como había imaginado. Por fin tenía las ideas claras.

Esperé hasta que las campanas de la iglesia dieron las ocho y me acerqué a la salida.

Llamé a una señora que pasaba por la calle.

–Por favor, ayúdeme –dije acercándome con las manos levantadas para que no pensara que quería hacerle daño–. Necesito llamar por teléfono. ¿Puede darme unas monedas?

Me miró sorprendida.

–Tengo un problema enorme y necesito ayuda –añadí, como si mi estado no fuera ya bastante evidente.

Llevaba un jersey oscuro, los pantalones de un viejo chándal y un par de zapatillas. Era la víspera de Navidad y en la montaña hacía muchísimo frío.

Entré en el bar de la plaza y metí las monedas en el teléfono, sin preocuparme de las miradas de la camarera.

–Soy yo..., sí, estoy bien... Ahora escúchame o voy directamente a ver a los *carabinieri* y os denuncio también a vosotros... Te espero dentro de una hora en la iglesia. Si no haces lo que te digo, esta vez te meterás en un buen lío.

La chica que estaba en la barra me miraba como si hubiera visto un fantasma.

–¿Te preparo un café? –murmuró.

Asentí y me acerqué.

–No te puedo pagar.

–No hace falta. Invita la casa...

–¡Emma!

La voz de mi cuñado retumbó en toda la nave central mientras yo permanecía absorta observando el crucifijo que estaba sobre el altar, en la iglesia del pueblo en el que vivía desde hacía cinco años. Me di cuenta de que en todo aquel tiempo había entrado en ella raras veces, tan poco que ni siquiera sabría describirla. Quién sabe, quizá si hubiera acudido más frecuentemente, es posible que las cosas hubiesen sido de otra manera.

–¿Estás bien?

–Sí, estoy bien.

–Pero ¿qué ha pasado?

Su hipocresía tenía todos los rasgos de quien la lleva desde hace demasiado tiempo como para darse cuenta de que la tiene dentro.

–Me he escapado.

–¿Te ha pegado?

–Esta vez no –respondí mirándole fijamente a los ojos. Él abrió la boca como si quisiera decir algo, para luego cerrarla sin ofender posteriormente mi inteligencia.

–Ahora vamos –ordené.

–¿Adónde?

–A tu casa.

–¿Y Marco?

–No te preocupes. Aún estará durmiendo. Le he dado un somnífero... – aseguré mientras me acercaba a la puerta.

–¿Y la niña?

–Está tranquila. Marco solo tiene que calentarle la leche. Si tú haces exactamente lo que te digo, todo irá bien.

Vittorio se puso en marcha y me sacó de aquel lugar al que había aprendido a odiar, y al que jamás volvería.

Contemplaba la mañana iluminarse mientras atravesábamos un campo que, si no lo hubiera visto con mis ojos, me habría parecido maravilloso.

Después de poco más de una hora estábamos en su salón. Anna, su mujer, me

miraba con gesto falsamente disgustado, más por el temor de que la situación se le fuera de las manos que por mi aspecto de sufrimiento.

–Vittorio, tienes que llamar por teléfono a tu hermano. Debe saber que me has encontrado y que ahora soy tu rehén. Dile que estoy atada y que tiene que venir a recogerme porque tú no me quieres en tu casa. Recuerda llamarme sinvergüenza o puta o lo que quieras...

–¿Qué?

–Tienes que hacer lo que te he dicho u os llevo a todos a los tribunales por haberos negado a prestarme auxilio.

Ellos tenían conocimiento de todo, y no habían hecho nada por ayudarme. No sabía si eso tenía realmente un peso legal, pero sin la menor duda deterioraría la perfecta imagen pública que la familia de mi marido valoraba tanto. Di en el blanco.

–Emma, ¿no podemos razonar? –intentó intervenir Anna.

–¿Razonar? ¡He vivido un auténtico infierno! Vamos a ver: ¿sobre qué quieres razonar? ¿Sobre vuestra ausencia? ¿Sobre el hecho de que nunca os habéis preocupado de saber dónde estábamos? ¿O sobre el hecho de que era un alivio para vosotros que fuera yo la que me llevara las palizas en vuestro lugar? Ahora las reglas las pongo yo.

Miré a Vittorio a los ojos mientras, al teléfono, intentaba repetir, en pocos minutos, lo que yo le había dicho. En demasiado pocos, pues no tenía mucho talento.

–Ha dicho que viene inmediatamente.

–Bien. Tenemos más o menos una hora.

Ordené a Anna que fuera a llamar a todos los demás parientes que vivían en la misma escalera y que los reuniera en el salón. Debían estar todos presentes. Debían darse cuenta de lo que era Marco y asumir sus responsabilidades. Ninguno, y por ningún motivo sin importancia, tenía que hacer fracasar un plan tan perfectamente fraguado.

Ahí estaban todos, un puñado de personas que me miraban fijamente con curiosidad.

–Cuando él llegue, todos estaréis escondidos.

–Pero ¿por qué escondidos?

–Porque tiene que creer que en casa solo están Vittorio y Anna. Os he hecho bajar porque es mejor tenerlo todo bajo control. Después deberá encontrarme atada a una silla.

–¿Atada? –preguntó Maria Elena, la otra hermana.

–¡Sí, atada! Tu hermano está loco, y para detenerlo debemos jugar con sus reglas... Nunca se irá de casa si no está seguro de que estáis todos de su parte. ¿Sabes?, además él piensa que sois unos cabrones. ¡Así creará que no le estáis engañando! –respondí mirándola fijamente a los ojos, para que tuviera la certeza de que no estaba bromeando–. Anna, en cuanto entre en casa, coges a mi hija de la mano, pero sin asustarla –le recomendé–, y la alejas de aquí con la excusa de ir a ver a sus primitos. Llévala al piso de arriba, a casa de tu hermana. No quiero que vea nada.

Ella asintió.

–Vittorio, tú tienes que prepararle un café y echarle esto –dije, y entregué a mi cuñado un frasco de Rohypnol y otro de Serenase.

–¿Qué son?

–Ansiolíticos.

–¿Y si le hacen daño?

–No te preocupes... En ese caso toda la culpa será mía.

Le indiqué la dosis exacta que había que diluir en el café y le ordené que pusiera en marcha el friegaplatos y la lavadora: el ruido ocultaría los movimientos de los demás presentes en la casa.

–Pero ¿por qué toda esta puesta en escena? ¡Es totalmente ridícula y absurda!

–Os estoy ofreciendo la posibilidad de alejarlo de mí para curarlo. Si voy a la policía puedo destrozaros, porque vosotros sabíais lo que estaba ocurriendo. Os lo hice saber. Ahora os lo devuelvo. ¡Desde este momento el problema también es vuestro!

Poco después llamé por teléfono a Tommaso, mi exnovio, y le pedí que se reuniera conmigo acompañado del doctor Scavi, el psiquiatra con el que me había puesto en contacto hacía tiempo.

Cuando mi marido entró en casa todo estaba preparado.

Anna cogió suavemente a Martina de la mano y se la llevó, sus hermanos estaban encerrados en el dormitorio y yo estaba sentada con las manos atadas detrás de la silla.

–¿Adónde pensabas ir?

–Perdóname –respondí con gesto doliente.

–¡Ahora te llevo a casa y arreglamos las cuentas!

–Te juro que no volveré a hacerlo.

Lancé una rápida mirada a mi cuñado, que comprendió que debía intervenir

con su parte.

–Siéntate, Marco. Cálmate. Te preparo un café y después podréis marcharos.

Mi marido no respondió. Me miraba fijamente y continuaba repitiendo las mismas frases.

Poco después de haber bebido, su expresión seguía estando extrañamente igual.

Cuando llamaron a la puerta se puso de pie de un salto, nervioso.

–¿Quién es? ¿Esperas a alguien? –preguntó a su hermano.

–No, será el cartero o la vecina, tranquilízate –respondió mi cuñado, entonces ya consumado actor de aquella absurda representación.

En cuanto Tommaso y el doctor Scavi entraron en la habitación en la que yo estaba atada, mi marido se dio cuenta del engaño. Iban acompañados de un médico y dos enfermeros. Marco, cegado por la rabia, cogió una silla con la idea de lanzarla contra ellos, pero los enfermeros, que eran muy fuertes, lo inmovilizaron torciéndole los brazos.

–Acaba de tomar Serenase y Rohypnol –grité yo con miedo de que le dieran otra dosis de somnífero, que habría podido resultarle letal. Sus fuerzas estaban disminuyendo, y también todos los insultos que nos estaba dirigiendo.

–Esta vez he ganado yo –dije dejando caer la cuerda al suelo y levantándome de la silla.

–Llamad a los vigilantes. Tenemos que llevarlo al hospital para un tratamiento sanitario obligatorio.

Acababa de salvarme.

Tomé ciertas decisiones para salvar a mi familia con la misma convicción con la que Marco deseaba destruirla.

EL PRINCIPIO
DE 1990 A 1996

Marco había entrado en mi vida al final de mi historia con Tommaso. Una historia de amor que había durado diez años, en la que me había comprometido desde el primer momento. A pesar de que, cuando lo conocí, estaba con un compañero de instituto con el que salía desde hacía mucho tiempo y que gustaba muchísimo a mis padres. Un día, poco después de recibir el diploma, fui a comer a casa de una compañera que iba a asistir a mi misma facultad.

Me había matriculado en arquitectura más por dejar de pelearme con mi padre que por una verdadera pasión por los planos y los proyectos. Me gustaba dibujar e inventar, pero estaba considerablemente más cerca del diseño de la moda y de los complementos que de la definición de los espacios.

La mesa estaba puesta para cuatro porque, además de nosotras, Marianna, la madre de mi amiga, una guapa cuarentona, había invitado también a su novio, Tommaso. Un hombre guapísimo de aspecto atormentado. Era médico y yo me quedé deslumbrada. Intenté parecer natural e indiferente más por respeto a Marianna que por otra razón. Y sin embargo, a mi pesar, ese hombre me robó la mente y todos mis pensamientos.

En cuanto terminó la comida di las gracias y me despedí rápidamente porque necesitaba huir de aquella casa.

–Aprovecho y yo también me voy. Tengo un montón de pacientes en la consulta todas las tardes –dijo él cogiéndome desprevenida.

Así fue como nos encontramos apretujados en un ascensor diminuto después de habernos despedido de la amable Marianna y de su hija.

–Así que vas a estudiar arquitectura... ¿Te gusta?

–No mucho... preferiría algo más creativo.

–Entonces, ¿por qué lo has elegido?

–Es una larga historia...

–¡Pues cuéntamela! Te acompaño a casa.

Sonreí, porque en el fondo no deseaba otra cosa. Empecé a preguntarme cuántos años podía llevarme. ¿Veinte? ¿Veinticinco? Era lo más excitante que me había pasado nunca. Me arreglé el pelo y lo seguí al coche.

Charlamos hasta que llegamos a mi casa. Me contó que tenía un hijo de su exmujer y que salía con Marianna desde hacía varios meses, pero que no estaba convencido de que fuera la mujer adecuada para él. Me hablaba como si yo fuera

una adulta, como si yo, que era una estudiante de bachillerato, pudiera comprenderlo.

–¿Qué piensas?

–¿De qué?

–De las relaciones así. ¿Conviene dar un margen a las personas para que se conozcan y se amen, o lo que se hace con eso es desperdiciar el tiempo?

Lo miré. Tenía los labios carnosos y rojos y yo un enorme deseo de besarlos.

–Creo que es una pérdida de tiempo. Si es amor, no hace falta mucho para saberlo... –respondí preguntándome si había comprendido a qué me refería.

–Creo que tienes razón, ¿sabes? Estoy contento de haber hablado contigo. Eres simpática y me gustas... –me dijo con naturalidad y sencillez mientras el corazón me daba saltos en alguna parte del estómago.

Sonreí encantada. Me hubiera gustado hablar un poco más con él, pero no tuve fuerzas para intentarlo. No sabía cómo controlar aquellas extrañas sensaciones.

–¿Puedo volver a verte?

–¡Por supuesto! –respondí confiando en parecer mayor.

–¿Me das tu número?

Busqué un bolígrafo y le cogí una mano.

–¡No, tesoro! No puedo ir por ahí todo sucio como un muchacho. ¡Escríbelo aquí! –Detuvo mi espíritu de iniciativa entregándome una pequeña agenda.

«Tonta, tonta, tonta. Ya no es como en el instituto, que se escriben mensajes y corazones en la piel. ¡No, ya no es como en el instituto!».

Bajé del coche ligeramente irritada conmigo misma. Casi había conseguido dar en el blanco. Me había comportado como una mujer fascinante y había patinado precisamente en el último momento. Me encerré en mi habitación. Necesitaba fantasear un poco. Estaba muy agitada.

Poco después sonó el teléfono. Grité «¡yo contesto!» y me abalancé al auricular como un *quarterback* durante el placaje.

–¡Diga!

–Ya tenía ganas de oírte –me dijo Tommaso, y con esas pocas palabras me sumergió en nuestra historia de amor. A partir de entonces me encontraría dentro de una tempestad inimaginable para una chica que no tenía ni siquiera veinte años.

–¡Lo quiero!

–¡No digas tonterías! Podría ser tu padre –gritó el mío una noche, después de

que me viera en el coche enfrente de casa con Tommaso.

–¡La diferencia de edad no importa si dos personas se quieren!

–Muy bien. Pero tú de ahora en adelante no vas a salir de casa. Volverás a ver a tu amor cuando tengas la edad apropiada.

–¿Y cuándo tendré la edad apropiada? ¡No puedes impedirme salir!

–¡Soy tu padre y harás lo que yo te diga!

–¡Te odio! No quiero verte nunca más –grité llorando.

Me fui de casa dando un portazo. Corrí a través de las calles del centro de la ciudad, empujada por la rabia que había acumulado en años de enfrentamientos con mi padre. Él quería que fuera distinta, sosegada y previsible. Estudiante modelo y controlable desde cualquier distancia. Yo sentía un fuego dentro de mí. Deseaba crear, dejar una huella indeleble, tomar mis propias decisiones. En el instituto había estudiado lo que quería mi padre, había cumplido las reglas, había obedecido. Sin embargo, había algo que hacía que no me sintiera bien, no estaba satisfecha. Era como si me hubiera perdido algo, como si hubiera desaprovechado una ocasión y me encontrara en un lugar que no sentía mío.

Corría con el corazón en la garganta y lágrimas en los ojos. Ahora mi dirección estaba clara. Y no era fácil.

Fui a reunirme con Tommaso. En su casa de adulto separado, con un hijo casi inexistente. Una casa en la que no había prohibiciones, horarios y obligaciones. La casa de mis sueños.

En cuanto me abrió la puerta, me derrumbé. Estaba agotada. Jadeaba sin parar y me ardía la garganta. Él me trajo agua y se sentó a mi lado.

–¿Qué ha ocurrido?

No lograba responder. Una parte de mí se sentía grande y la otra ridícula.

–¿Tu padre?

¿Lo había adivinado?

–Nos ha visto en el coche y no quiere que me veas, ¿verdad? ¡Soy demasiado viejo!

–No eres viejo. Eres perfecto para mí... –respondí gritando porque tenía miedo de que Tommaso hubiera dejado de estar de mi parte y apoyara a mi padre—. ¿Puedo quedarme aquí? –le pregunté antes de que añadiera algo más. Algo que no quería escuchar.

Asintió. Me dio algo cómodo que ponerme y me preparó un bocadillo que devoré en pocos segundos.

–Todo irá bien. Ahora me ocuparé yo de ti.

Sonreí porque me sentí protegida.

Más tarde llamé a mi madre solo para tranquilizarla. Oía a mi padre gritar al fondo mientras ella intentaba no perder la poca confianza que tenía conmigo.

–Tesoro, debes volver a casa. Tenemos que hablar.

–Ahora no, mamá. Ahora me voy a quedar un tiempo aquí –respondí refugiándome en los brazos de mi amor.

Era extraño. Nunca me había alejado así de casa. Mis padres ni siquiera sabían dónde me encontraba, pero oficialmente no podían hacer nada para obligarme a volver a casa.

Los primeros días fueron los más románticos de mi vida. Era feliz. Me levantaba tarde y hacía la comida con lo que encontraba en la nevera. Había conseguido entrar en casa a hurtadillas para recoger algunas de mis cosas. Ropa, maquillaje y un poco de dinero que había guardado en mi habitación. Con la maleta en la mano en el descansillo de mi casa, mientras esperaba el ascensor, me sentía la dueña indiscutible de mi vida.

Una noche, cuando llevaba una semana viviendo con Tommaso, llamaron a la puerta. Pocos segundos después, Marianna y mi padre estaban en la entrada.

–¿Dónde está esa puta? –gritó ella, desesperada y ofendida.

–¡No se atreva a llamar así a mi hija! –le dijo mi padre con un timbre en la voz que nunca le había oído antes.

Me asomé desde la cocina. Iba vestida con una camisa de Tommaso que me tapaba solo parcialmente. La expresión de mi padre cambió un par de veces en una fracción de segundo. Abrió mucho la boca y movió la cabeza.

–¡Vístete inmediatamente! –dijo.

Miré a Tommaso, que se puso delante de mí.

–Ella no va a ninguna parte. Puede quedarse aquí conmigo, yo me ocuparé de ella.

–¿Qué? –gritó Marianna como si estuviera a punto de echarse a llorar–. ¿Y nosotros? –tuvo el valor de añadir mirando al que consideraba su novio con gesto de esperanza y frustración–. No puedes hacerlo... –siguió murmurando.

–Lo siento, no estaba programado. Estamos enamorados y vosotros lo que tenéis que hacer es aceptarlo.

–¿Enamorados? –dijeron a coro mi padre y la exnovia de Tommaso.

–Es solo una niña –continuó mi padre.

–Os conocéis desde hace unos días... el amor es mucho más... –añadió Marianna sin encontrar el hilo para terminar la frase.

–Ahora os debo pedir que os vayáis de mi casa. Estábamos cenando y

queremos seguir haciéndolo –concluyó Tommaso, mi héroe.

–¡No me voy sin mi hija! –vociferó mi padre abalanzándose hacia mí e intentando agarrarme por un brazo.

Tommaso se interpuso y levantó la voz:

–¡He dicho fuera de aquí o llamo a la policía!

Mi superhéroe.

En los años que siguieron hablamos con frecuencia de aquella noche y de cómo, al recordarlos después, ciertos acontecimientos pueden parecer tan ridículos. Sin embargo, de aquella noche siempre hubo una cosa que nunca podría olvidar y que no me ponía precisamente de buen humor. La mirada de Marianna. Era tan incrédula como si hubiera entrado por equivocación en la sala de un cine y no entendiera qué película estaban proyectando. No hacía más que mover la cabeza y buscar las palabras para hacer las preguntas. Trataba de comprender algo inexplicable. Su hombre se había enamorado de una niña que ella le había presentado durante una inocente comida en su casa. De todas las mujeres que podían representar un peligro, yo era la que nunca le había preocupado. ¡Pero si era la amiga de su hija! La más inofensiva. Una estudiante... Aquella mirada suya, a pesar del tiempo transcurrido, siempre me producía malestar.

Nuestra incierta historia continuó. Yo dejé inmediatamente la universidad y busqué un trabajo. Pasé muchas tardes recorriendo tiendas de muebles. Un día conseguí robar un catálogo de lámparas que un dependiente había dejado encima de una mesa. Lo metí en el bolso y me fui corriendo. Era lo que necesitaba. Una lista de empresas que producían accesorios para la casa. Mi pasión.

Redacté mi currículum, lo metí en un sobre junto con un par de bocetos de lámparas que me había inventado y los envié a las direcciones que había encontrado. Mientras tanto intentaba mantenerme ocupada y ganar algún dinero, con clases particulares y yendo a buscar a la guardería a un niño a las cuatro para acompañarlo a casa y cuidarlo hasta que volviera su madre. Me aburría mortalmente hasta que una mañana, mientras estaba intentando corregir un ejercicio de historia de uno de mis alumnos, el teléfono de casa empezó a sonar. Me aterrorizaba que fuera mi padre, otra vez a la carga para convencerme de que volviera a casa. Me armé de valor y respondí.

–Hemos recibido su currículum y sus dibujos. ¿Querría venir aquí para que nos conozcamos?

«Entonces Dios existe», pensé. No me hice demasiado de rogar y apunté la

hora y el día.

Llamé al consultorio a Tommaso, que cuando se enteró de la noticia decidió llevarme fuera a cenar para celebrarlo. Me sentía grande. Enorme. Emancipada. Adulta y feliz. ¿Es posible todo junto? Desde luego que sí.

Tenía que conseguir aquel trabajo. Lograr que me contrataran, demostrar lo buena que era, y al final mi padre comprendería que, después de todo, mis decisiones no eran tan erróneas.

El trabajo llegó, porque aquellos eran años en los que la fantasía estaba bien pagada. Empecé unos días después. También podía trabajar en casa. Mi función era desarrollar ideas. Crear nuevos objetos. Lámparas, estanterías, sillas, trébedes, salvamanteles, paneras o cualquier otra cosa; mi mente algo visionaria necesitaba reproducir. Me pagarían por dibujar. Increíble pero cierto. Mi padre no lo hubiera creído ni aunque hubiera estado presente.

Esperé varias semanas y llamé a mis padres. Les propuse ir a cenar fuera. Nosotros y ellos. Como dos parejas de adultos. Mi madre se quedó callada unos segundos al teléfono. Fue duro.

–¿Mamá? ¿Me has oído?

–Sí, claro que te he oído. Se lo diré a tu padre y estoy segura de que no se opondrá –dijo.

Mi madre era confiada y dócil. Siempre lo había sido. Sabía perfectamente lo que ocurriría en casa. Ella prepararía algo exquisito e intentaría contar a mi padre lo que yo había propuesto. Él se pondría furioso y ella lo amenazaría. No podía perderme. Apoyaría cada una de mis peticiones, incluso las más locas, con tal de evitar la ruptura.

Y así, unas noches más tarde, nos reunimos los cuatro para cenar.

Mi padre nos miraba fijamente sin intentar ocultar su disgusto.

–¡Esta situación es absurda! ¡Tienes que volver a casa!

–Papá, por favor...

–¿Pero no os veis? ¡Sois ridículos!

–Papá, no puedes hablarnos así...

–¡Soy tu padre, por supuesto que puedo!

–No, no puedes. No soy una niña.

–¿Cómo que no? Ni siquiera tienes veinte años. Estás desperdiciando tu vida. ¡Miraos! ¿Cómo podéis pensar que vais a conseguirlo? ¿No comprendes que solo eres un juego para él...? –gritó dando un puñetazo en la mesa y mirando a Tommaso con gesto desafiante.

Mi novio le devolvió la mirada y permanecieron durante un tiempo indefinido

observándose como dos gallos dispuestos a atacarse.

–He encontrado un trabajo... –dije tratando de calmar los ánimos.

–¿Qué? –preguntó mi padre.

–Me han contratado por un año en una empresa de decoración. Quieren nuevas ideas...

–¿Y la universidad?

–Bueno, la he interrumpido..., es una ocasión única, no podía renunciar. Me pagan bien.

–¿Te pagan bien? Pero ¡tú no necesitas dinero! Nosotros podemos pagarte los estudios.

–Pero yo no quiero que me los paguéis. Ahora puedo arreglármelas sola.

–Era previsible. Primero te metes en esto y luego dejas los estudios... –A mi padre le temblaba la voz; luego, volviéndose a Tommaso, le preguntó: ¿Qué más quiere de mi hija?

El hielo se extendió por la mesa.

Tommaso me miró primero a mí y luego a él.

–Estoy enamorado de su hija y solo quiero lo mejor para ella.

–¿Y piensa casarse con ella?

–Bueno, ahora no puedo. Aún sigo atado a mi exmujer...

–¡Esto es demasiado! –dijo mi padre levantándose de la mesa–. ¡Vámonos a casa! –ordenó a mi madre, que se levantó lentamente, puso una mano sobre la mía a modo de despedida y lo siguió.

Nos quedamos mirándolos mientras llegaban a la salida y el camarero dudaba sin reunir el valor suficiente para acercarse.

Poco después mi padre volvió a aparecer ante nosotros.

–Le pido solo un favor. Póngase en mi lugar. ¿Qué haría usted si su hija diera una patada a su futuro para vivir el amor junto a un hombre veinte años mayor? Jamás daré mi aprobación. Para mi hija quiero más. Usted ya ha tenido su vida. Déjele vivir la suya. Es demasiado joven para usted.

Nos dejó así. Miré a Tommaso aterrorizada de que aquellas palabras lo hubieran convencido, por que pudiera cambiar de idea.

Pedimos algo y comimos en silencio. Estábamos disgustados. Yo tenía miedo de pedirle a Tommaso que me dijera lo que pensaba. Tenía miedo de que me abandonara y de encontrarme sola, de tener que volver a casa con los míos.

No ocurrió. Tommaso no volvió a hablar de aquella cena. Yo empecé a trabajar como si nada hubiera pasado y él continuó con su vida partida en dos. Fuera estaba su trabajo y su exfamilia; dentro estaba yo. No era lo bastante

mayor como para comprender qué consecuencias tendría todo aquello, estaba demasiado abstraída con el diseño de las nuevas lámparas que tenía en la cabeza. Y las diseñaría.

No hablé con mis padres, oficialmente, durante bastante tiempo. Sin embargo, mi madre me solía llamar a menudo, siempre a escondidas. Charlábamos un poco de todo y principalmente de mi trabajo. De vez en cuando me invitaba a comer y conseguíamos pasar un rato tranquilo solo para nosotras. Raras veces hablábamos de papá.

No existe la pareja perfecta. Nadie puede amarse para siempre, albergar una confianza infinita o construir una relación totalmente privada de amenazas. Solamente existen personas valientes que a pesar de todo lo intentan. Y a veces lo consiguen.

El despertador llevaba ya un rato sonando. Tommaso lanzó un gruñido. Eran las cinco y yo no tenía fuerzas para admitirlo, pero el avión a París no me esperaba. No conseguía recordar cuándo había sido la última vez que había podido dormir hasta tarde. Habían pasado meses, quizá siglos. Intenté pensar a qué podría renunciar para poder dormir unos minutos más. Me saltaría el desayuno y la maleta estaba preparada. Di vueltas en la cama antes de ir tambaleándome a la ducha caliente. Luego, descalza, me arrastré hasta la cocina con el pelo envuelto en la toalla para encender la cafetera, para que Tommaso encontrara el café caliente cuando se despertara. Poco después estaba sentada en un taxi que me llevaba al aeropuerto. Durante el vuelo revisé mis diseños y todo lo que tenía que estar en su sitio para la reunión.

La oficina de nuestros clientes se encontraba en un bonito barrio residencial. Avenidas con árboles y jardines bien cuidados. En cuanto entré en el edificio, una secretaria me preguntó si necesitaba algo. Hubiera querido pedir un teléfono para llamar a Tommaso, pero lo dejé pasar. Era un periodo extraño y le sentía lejano. Me respondí que quizá era normal después de tantos años de convivencia. Pedí un vaso de agua y entré en la sala de reuniones.

Volví de París bien entrada la noche. Como no había ido a buscarme al aeropuerto, cogí un taxi y llegué a casa.

Tommaso estaba en la cocina. Había abierto una botella de vino y estaba bebiendo solo.

–¿Qué ocurre? –pregunté.

–Tenemos que hablar –respondió.

Me temblaron las piernas. Nunca había oído aquel tono en su voz. Después de diez años había algo de él que me seguía resultando totalmente desconocido.

–¿No me preguntas por París? ¿Por el viaje? Ha sido un verdadero éxito, ¿sabes? –dije tratando de desdramatizar, confiando en alejar lo que creía que era solo un mal presentimiento.

–Ya no te quiero –dijo con la sencillez del corte de una guadaña.

–¿Perdona? ¿Qué? –murmuré.

Yo tenía casi treinta años. Era inteligente y autónoma. Él tenía casi cincuenta. ¿Era posible que pensara dejarme? Las cuentas eran demasiado crueles para que cuadraran.

–¿Hay otra?

–Esa no es la cuestión.

–Y, entonces, ¿cuál es?

–Te lo acabo de decir. Ya no te quiero.

–¿Es por el matrimonio? ¿Porque siempre estoy insistiendo? Puedo perfectamente abandonar la idea. No tenemos que casarnos si no quieres. Yo renuncio si eso hace que te sientas mejor...

–No es por eso, Emma. Sencillamente, creo que nuestra historia ha terminado. El amor tiene un principio y un fin. Nosotros hemos sido afortunados. Hemos sido felices. Y eso nunca lo olvidaré. Pero ahora creo que nuestras vidas necesitan otro...

–Pero yo te necesito...

–Todo irá bien. Eres maravillosa y tendrás una vida llena de satisfacciones.

Me quedé en la cocina. Sentada mirando fijamente un vaso sucio de vino y preguntándome cómo era posible. Moví la cabeza y traté de pensar en algo inteligente que decir o que hacer. La desigualdad que siempre había sentido con él, y que en los últimos años se había suavizado gracias al éxito en mi trabajo, reaparecía ahora con la misma fuerza que la noche que me había acogido en su casa, diez años antes. Pero ahora yo era una mujer y no podía en ningún caso permitir que terminara así. Debía luchar por aquello en lo que creía. Superaríamos aquel mal momento.

Poco después Tommaso volvió a la cocina.

–Naturalmente no hay ninguna prisa. Puedes tomarte el tiempo que necesites para marcharte. Yo estaré fuera con mi hijo este fin de semana, y así podrás organizarte.

Me quedé mirando el umbral por el que apenas acababa de desaparecer como si estuviera soñando y lo que apenas acababa de oír fuera fruto de mi atemorizada imaginación. ¿Lo había dicho realmente o era solo una pesadilla?

La puerta de entrada, al cerrarse, me sobresaltó. Todo era verdad. Corrí al salón. La casa estaba sumida en la luz de mis lámparas, la misma que iluminaba a Tommaso todos los días. Fui a la ventana y lo vi subir al coche. Ni siquiera se volvió. Me agarré a las cortinas y me deslicé hasta el suelo. Recuerdo haber sentido frío dentro y después fuera. Transcurrió un rato largo y extenso, tirante como una cuerda a punto de romperse.

Cuando volví a abrir los ojos advertí el dolor de las articulaciones, típico de quien está inmóvil en una postura incómoda durante demasiado tiempo. Reinaba el silencio. Fijé la mirada en nuestras fotos sobre el aparador. Estábamos sonrientes y éramos reales. Cogí una y reprimí el deseo de hablar con ella. Miré a mi alrededor. La casa estaba llena de nosotros, de nuestra vida y de todas las cosas que se pueden hacer en diez años. Pensé que todo volvería a la normalidad, porque no podía ser sino así, y me senté en el sofá con un extraño peso en el estómago.

A la mañana siguiente, Tommaso aún no había vuelto. El hombre que me había amado durante una década, por el cual me había puesto en contra de mi familia, escapándose de casa cuando era poco más que una niña, con el que me había peleado, hecho el amor, viajado, había desaparecido.

Había dormido con la ropa puesta y me sentía como si me hubieran dado una paliza. Cogí el teléfono. No había muchas personas a las que pudiera llamar. Tommaso tenía un hijo con el que hablaba poco y que se habría sorprendido mucho de una llamada mía, y luego un único amigo al que frecuentábamos con su novia de turno.

–¿Sergio? Soy Emma... Estoy preocupada por Tommaso, ¿sabes dónde puede estar?

–Bueno, yo... no sé... solo que quería ir con su hijo, hacía tiempo que intentaba organizar un fin de semana...

–¿Y adónde ha ido? –pregunté empezando a irritarme por la imperturbabilidad de Sergio.

–No debería decírtelo...

–¿Cómo? ¡Sergio, soy yo, Emma, su novia! –grité.

–Exnovia.

Me quedé sin aliento. ¿Tommaso se había ido hacía pocas horas, terminando conmigo sin demasiadas explicaciones, y su amigo más íntimo se refería a mí como a una ex?

–Pero ¿tú qué sabes? ¿Y cómo te atreves?

–No te enfades. Tommaso me lo ha contado muchas veces y pensaba que ya lo tendríais aclarado...

–¿Muchas veces? ¡Qué afortunado eres! Porque a mí me lo dijo de pasada ayer por la noche poco antes de desaparecer en la nada. Quizá no quería hacerme demasiado daño o, mejor aún, pensó que contártelo a ti sería suficiente... Hazme un favor, si hablas con él, dile que es un auténtico cabrón.

Y colgué el teléfono.

Me quedé mirando el aparato pensando que Sergio me volvería a llamar, pero no lo hizo. Vencí la tentación de marcar de nuevo su número para evitar sentirme aún más ridícula. Estaba mal y no sabía qué hacer.

Nunca había sospechado de la fidelidad de Tommaso, a pesar de que con frecuencia había estado celosa, mucho más de lo que él podía imaginar. Las cenas de trabajo en las que me sentía como un pez fuera del agua porque no lograba comprender más que el veinte por ciento de las conversaciones, las miradas de complicidad con las colegas que no conseguía descifrar, llamadas telefónicas a todas horas del día y de la noche protegidas por el secreto profesional habían pasado por nuestros días sin problemas. La verdad era que yo nunca me había sentido amenazada por ninguna otra mujer. Era joven y guapa y me sentía dueña de nuestra vida.

Aquella mañana hice lo que nunca había hecho. Busqué una pista, una respuesta, un detalle que pudiera explicar la grieta que se había creado entre nosotros.

Rebusqué en los cajones, en los bolsillos de sus pantalones, entre sus jerséis. Encendí su ordenador. Intenté escribir un par de contraseñas que me habrían dado mucha alegría, como mi nombre o la fecha de nuestro primer encuentro. Nada. La respuesta era siempre la misma. Me asaltó la misma curiosidad morbosa que se experimenta cuando se lee una revista de cotilleos. La misma parte de mí que en la peluquería se permitía ojear los artículos que se referían a discutibles personajes televisivos, estaba nerviosa y enfadada ante el rechazo informático. Me detuve pensando en lo devastador que sería descubrir una relación clandestina de mi novio y se me heló la sangre. Cerré su ordenador y me senté expectante.

Volví a coger el teléfono y me armé de valor.

–Sergio, tienes que decirme qué más te ha dicho Tommaso. ¡Tengo que saberlo!

–Ya no te quiere.

No respondí. Apoyé una mano en la pared para evitar caerme.

Colgué. Corrí al cuarto de baño y abrí el armarito de las medicinas. Cogí una caja de somníferos. Los miré fijamente. Habría podido tragarlos todos, pero dejé de lado, al menos durante un rato, la idea de hacerme daño. Solo tomé dos con un sorbo de agua. Me tumbé en nuestra cama aún intacta y me eché a llorar.

Dormí y me desperté a un ritmo casi regular hasta el domingo por la tarde. De Tommaso, ni el menor rastro. Me pregunté si volvería pero luego las palabras de Sergio me vinieron a la cabeza y me dieron escalofríos.

Cogí la maleta que aún no había deshecho del viaje a París y salí de casa. Jamás le permitiría que sintiera pena por mí.

–Emma, ¿qué haces aquí? –La expresión de mi madre era visiblemente de preocupación.

–¿Puedo quedarme con vosotros unos días?

–Por supuesto, cariño, pero ¿qué ha ocurrido?

Mientras intentaba encontrar alguna frase sensata que pudiera explicar cómo me sentía, me deshice en lágrimas en sus brazos.

Al día siguiente llamé por teléfono a mi jefe y le pregunté si podía trabajar en casa porque no me encontraba bien. Después del viaje a París había vuelto con un montón de proyectos que terminar, y si no me ponía con ellos rápidamente, no lo conseguiría. Sin embargo, cuando tenía el lápiz en la mano, lo único que lograba dibujar era su cara. Echaba de menos a Tommaso y mi único pensamiento era volver con él.

Solamente existe una manera de comprender el amor: hacer una lista minuciosa de todos sus detalles.

Ya no volví con él. Tommaso y yo nos encontramos varias veces, pero solo para discutir como nunca lo habíamos hecho. Era increíble: ahora que había terminado, nuestra historia parecía más auténtica de lo que había sido antes. Él mantenía su habitual recelo para abrirse, cosa que yo siempre había interpretado como buen carácter y discreción, mientras que yo me ahogaba entre el deseo de venganza y la necesidad de una explicación plausible. Que no existía. Nada me convencería de que eso fuera lo justo, y quizá era normal que fuera así. Mi corazón era consciente de que nunca lo olvidaría. Todo el mundo me decía que solo necesitaba tiempo. No me parecía posible. No era posible. Le sentía demasiado dentro para imaginarlo fuera de mí.

Tommaso, por otra parte, se comportaba como si no tuviera ninguna otra mujer a la que dedicarse. Respondía al teléfono como había hecho siempre, a cualquier hora, de día o de noche, y aceptó que fuera a recoger mis cosas durante un par de fines de semana sucesivos. En la casa se respiraba una atmósfera a medias, solo la suya. Ni la mía ni la de otra. No sabía si eso me hacía feliz o no. ¿Era posible que realmente ya no me quisiera? Yo que había aprendido a caminar sobre las que creía que eran mis piernas, ahora, sin él, no lograba dar un paso y no sabía cómo explicarlo.

Una noche, después de haber pasado varias semanas en casa llorando y haciéndome preguntas que no tenían respuesta, recibí de una compañera una invitación para salir. Acepté solamente para alegrar a mis padres y parecer menos triste de lo que estaba. La cena resultó mucho más interesante de lo que había previsto, porque en el primer plato descubrí que uno de los comensales frecuentaba a algunas personas que formaban parte de mi antiguo grupo de amigos. Me pregunté si Tommaso estaría en contacto con alguno de ellos. Ahora que estábamos separados debía de haber vuelto a salir él también. El corazón se me alegró. Tenía un objetivo claro. Brillar todo lo que pudiera. Si dejaba que me reconocieran y la noticia llegaba velozmente a los oídos de mi ex, quizá habría una reacción por su parte. La idea de que yo era libre en medio de gente nueva tendría a la fuerza que darle celos. No estaba segura, pero merecía la pena intentarlo.

De repente me volví muchísimo más simpática. Conté un par de chistes y comprendí que mi interlocutor se dedicaba al arte. Perfecto. Yo era una diseñadora de éxito. Tenía ideas, imaginación para vender y lo que mi jefe describía como una sonrisa muy difícil de evitar. Usé las tres, y al final del postre la conversación de la mesa se había concentrado solo en nuestras palabras. Tenía todos los ojos puestos en mí. Mezclé ironía y timidez. Ataqué y me puse a la defensiva para gustar a los hombres y no molestar a las mujeres.

El objeto de mis atenciones se llamaba Marco y era un coleccionista de arte. Tenía una mirada profunda que utilizaba cada vez que me dirigía la palabra, como si no hubiera nadie más a quien mirar en todo el restaurante. Me sentí halagada por sus atenciones.

Volví a casa pensando que sumándolo todo habría podido resultar mucho peor y que quizá debería considerar aquel encuentro como lo que era, un nuevo comienzo, y no una manera de dar celos a Tommaso. La verdad, sin embargo, era que el recuerdo de mi ex estaba más vivo que nunca en mi mente y en mi corazón.

Marco y yo empezamos a salir. Me sentí afortunada. Era como si reconociera en él la posibilidad de conseguir que yo estuviera mejor. Estaba emocionada de gustar tanto a otra persona, me sentía deseada como no me ocurría desde hacía mucho tiempo, quizá demasiado. Quería con todo mi ser que la nuestra fuera una relación cálida y encantadora, y que no terminara ahí. Marco y yo seríamos perfectos y Tommaso me echaría de menos.

Marco organizaba numerosas cenas o salidas en las cuales yo participaba, solamente después de haber pasado por la peluquería, y siempre con la esperanza de encontrar a Tommaso o a alguien que lo conociera.

Una noche ocurrió.

–Emma, ¿cómo estás? Qué alegría verte –dijo una compañera de mi exnovio con aspecto de ser sincera.

Le respondí con el mismo entusiasmo del que había hecho gala en los últimos tiempos. Le hice algunas preguntas, mostrando un afecto vivo y desinteresado. Ella me respondió cordialmente evitando con delicadeza nombrar a Tommaso.

–Me he enterado de que ahora estás con Marco..., me alegro mucho, es una persona realmente simpática –me dijo.

Me quedé sorprendida. Oírle pronunciar aquella frase me hizo estremecer. Era verdad. Estaba saliendo con una persona nueva y era muy atractiva. Dudé. Mi pensamiento fue solo uno: ¿Tommaso lo sabía? ¿Es posible que no hubiera

tenido ninguna reacción? Miré a la vieja conocida y le sonreí confiando en haber ocultado mi turbación.

–Y tú, ¿sales con el grupo de siempre? –le pregunté.

–Más o menos. Me he separado y he pasado una temporada difícil.

–Te entiendo perfectamente –respondí, convencida de crear una verdadera complicidad entre nosotras, pero ella permaneció inmóvil, probó el vino y comentó su sabor intenso y con cuerpo–. No sabía nada de tu separación, lo siento. –Quise recuperar el hilo de la conversación.

–Cosas que pasan. Relación agotada, después de tantos años se necesita aire fresco, ¿no crees?

«No», habría querido responderle. Pero algo me dijo que no estaba hablando para mí.

La miré a los ojos. No pude discernir nada. Si hubiera ido más allá, me habría hecho daño, así que me llevé el vaso a los labios y probé el vino.

–Tienes razón –le dije–. ¡Este vino es buenísimo! –y me alejé.

No sabía si Tommaso se había enterado de mi nueva relación, pero ya no estaba segura de cuál habría sido su reacción. Quizá se había sentido incluso aliviado.

Esa noche tomé una importante decisión: daría a mi vida una nueva oportunidad. Al menos debía probar. Volvería a decidir por mí misma.

Cuando nos rompen el corazón necesitamos solamente una cosa, una razón para levantarnos por la mañana.

En muy poco tiempo, nos habíamos vuelto inseparables. Marco me acompañaba a todas partes como si siempre estuviera libre. Un día intenté averiguar por qué nunca tenía compromisos laborales.

–Tengo muchos, pero yo trabajo con pocos coleccionistas y conozco perfectamente sus gustos. Cuando tengo una antigüedad entre las manos, empleo unos pocos segundos en colocarla.

–¡Un verdadero sueño! –exclamé, convencida de que realmente lo era.

Una mañana abrí la puerta a una decena de repartidores: cada uno llevaba un enorme ramo de rosas rojas. Fueron pasando por delante de mí uno tras otro preguntándome dónde podían ponerlos. Yo estaba embriagada por el perfume, el color y la sorpresa.

–Sobre la mesa... –balbuceé.

La tarjeta decía: «Tú eres la más guapa».

Me quedé sin palabras. Me sentí halagada, emocionada y feliz.

Le llamé inmediatamente. Dejé lo que estaba haciendo y corrí hacia él. Me acompañó a comprar jarrones.

PAUSA

Nos casamos seis meses después. Sin decírselo a nadie. Pocos días antes Marco me preguntó:

–¿Por qué no nos casamos a escondidas?

Lo miré. En aquella pregunta había algo que me gustaba, que satisfacía perfectamente a mi ser extravagante y a mi incesante deseo de sorprender. Pensé en cómo la noticia llegaría a oídos de Tommaso. Por fin había alguien que no deseaba otra cosa que casarse conmigo y formar una familia. Experimenté un placer intenso.

–¿Te imaginas las caras de nuestros padres? –respondí.

–Será divertido. Hagámoslo en Pascua. Menudo disgusto se llevará mi madre...

–No podemos casarnos el día de Pascua.

–¡Pero el día anterior sí!

Y así, casi como un juego, empezamos a organizar el que sería el día más importante de nuestras vidas.

Marco tenía las ideas más claras que yo.

–Tendremos que hacerlo fuera de la ciudad, porque aquí la noticia podría filtrarse...

–¿Y los testigos?

–De mi hermano y de su mujer nos podemos fiar. No dirán nada.

–Perfecto.

–Después hacemos una reserva en un bonito restaurante y por la tarde volvemos a casa a dar la buena noticia.

Me parecía una locura y algo muy excitante al mismo tiempo. Me había escapado de casa cuando ni siquiera tenía veinte años, pero luego había vuelto a una vida claramente convencional. Ya era hora de remover un poco las aguas y hacer algo por lo que ser recordados.

Es normal descubrir que no somos la persona en la que pensábamos convertirnos; lo que es difícil es descubrir que no nos parecemos a ella ni siquiera un poco.

Y de verdad nos fuimos fuera de la ciudad. Todo estaba preparado. Yo me había despedido de mis padres poco antes. Llevaba un traje de chaqueta gris claro, una blusa comprada para la ocasión y un precioso fular, regalo de Marco. Así vestida podía ir a cualquier parte, a tratar un asunto importante, a la comida de una primera comunión o a discutir una tesis doctoral. Nadie sospecharía nunca que iba a casarme.

La ceremonia fue rápida y pragmática, y al cabo de unos cuantos minutos era suya. Es difícil imaginar que un par de firmas te puedan cambiar la vida de ese modo.

La ley italiana lo dice claramente: para unirse en matrimonio bastan pocos segundos, pero si se considera que se ha cometido un error, o si lo entienden así las dos partes, se ven obligados a pensarlo durante mucho tiempo, hasta mayo de 2015, incluso tres años, que a menudo se multiplicaban por motivos económicos.

Después de comer llegó la parte más difícil, y también la más divertida. Fuimos primero a mi casa. Había llamado por teléfono desde una cabina a mis padres y les había pedido que estuvieran en casa a la hora de la cena. Tenía una importante sorpresa para ellos.

–Muy bien. No veo el momento –había respondido mi madre, convencida de que por fin me decidiría a presentarles al misterioso amor que me llevaba fuera de casa casi todas las noches.

Se me encogió el corazón durante un instante. ¿Me había precipitado? Quizá no debería haber llegado tan lejos. Apreté el auricular del teléfono contra el pecho y luego lo volví a poner en su sitio.

–Lo siento, mamá –susurré sin que nadie me oyera. Marco, ahora mi marido, se acercó a mí y me cogió la mano con dulzura.

–¡Vamos, ahora sí que empieza lo bueno! Eres la mujer adecuada para mí, hemos hecho bien en casarnos –dijo con un entusiasmo desconocido en él.

Entramos en casa juntos. Mi padre nos recibió con afecto, estrechando la mano de Marco y dándome un beso como si no me viera desde hacía mucho tiempo. Su comportamiento formal revelaba emoción y turbación.

Mamá salió de la cocina, después de meter una lasaña en el horno.

–Sentaos –dijo sonriendo.

Papá sirvió el vino.

–Contadnos, ¿habéis hecho hoy algo interesante? –preguntó con la intención concreta de romper el hielo.

–¡Nos hemos casado! –exclamé dispuesta a aprovechar aquella ocasión que era más única que rara.

Fue más fácil de lo previsto. Decidlo.

–Bien –respondió mi padre como si no me hubiera entendido–, ¿y qué tiempo hacía?

Me callé y lo miré fijamente a los ojos, esperando que su mente diera un paso atrás.

–¿Qué has dicho? ¿Qué habéis hecho? –farfulló mientras su mirada corría rápidamente a nuestras manos, en busca de la señal inequívoca que nunca habría querido ver.

Abrió la boca. Permaneció un instante inmóvil, luego se levantó y se refugió en la cocina.

Mi madre corrió hacia nosotros.

–¿Emma?

–Sí, mamá. Este es Marco, ¡mi marido!

Se sentó en el sitio de papá.

–Chicos, ¿estáis seguros de lo que hacéis?

–De lo que hemos hecho –respondió Marco como si quisiera subrayar que no

estábamos ahí para pedir una opinión, ni mucho menos un permiso.

Mi madre extendió una mano y la puso sobre la mía.

–Pero ¿no es demasiado pronto? ¿Qué prisa teníais?

–Queríamos hacerlo así. Nos queremos mucho...

–Si estáis seguros, entonces yo me siento feliz por vosotros –murmuró con un hilo de voz, mientras una lágrima le corría por la cara.

No entendería hasta después y demasiado tarde lo que contenía aquella reacción suya.

–Ahora es mejor que os vayáis –continuó–, yo hablaré con tu padre. Necesita un poco de tiempo. Siempre ha esperado el momento en que te acompañaría al altar, y ahora deberá comprender que te has hecho tan mayor que tomas sola tus decisiones, sin nosotros. No será fácil para él...

Nos levantamos y salimos de allí. Cuando la puerta se cerró a mi espalda, me eché a llorar.

–Pero ¿qué hemos hecho? ¡Hemos sido dos inconscientes! –dije a mi marido, convencida de que compartiría mi angustia.

–Somos libres de hacer lo que queramos y lo hemos hecho. Somos adultos. Nadie puede decirnos cómo debemos comportarnos y mucho menos dos burgueses apegados a las tradiciones.

Me quedé sin palabras. Me miré en el espejo del ascensor y durante un segundo intenté reconocerme. Había dado el paso más importante de mi vida. Me había unido a un hombre para siempre. No podía haber espacio para las dudas.

–Ahora sigamos el juego –añadió–, ya verás qué divertido lo pasamos con mi familia. Mañana es Domingo de Resurrección y mi madre se lo espera todo, ¡menos esto! –concluyó en un tono ligeramente diabólico.

En el coche, a pesar de mis silenciosas lágrimas, él no dijo nada. Me pregunté si tendría mis mismos pensamientos y si le habría disgustado lo que había ocurrido, pero cuando llegamos a casa, a la suya, en la que había estado pocas veces, sus palabras volvieron a sorprenderme:

–Tesoro, por fin esta morada la llevará una verdadera mujer.

Miré a mi alrededor, probablemente viendo de verdad aquel espacio por primera vez. No había nada que se me pareciera, que hablara de mí. La casa era preciosa, pero si hubiera podido la habría renovado de arriba abajo.

–¿Estás contenta? –me preguntó.

Asentí nada más, porque no habría sabido decir lo que estaba sintiendo exactamente.

Nos amamos como era de rigor durante nuestra primera noche de bodas. Las sábanas eran oscuras, él encendió velas y la atmósfera se volvió cálida y acogedora. Puso una música de fondo, que yo no conocía, una música sin palabras, exactamente como nosotros.

–Quiero regalarte una noche inolvidable...

Me perdí en sus ojos y en sus besos. Fue fuerte e intenso.

–Eres guapísima –susurró.

–Tú eres más guapo...

El corazón empezó a latirme con fuerza, la tensión se fundió en un río de deseos y permitió que mi cuerpo rígido se dejara llevar por sus manos cuidadosas y sus labios ardientes.

No podía volver atrás. Me había hecho mayor. Me había convertido en su mujer.

Amar realmente a alguien significa permitirle que nos toque el corazón sin defensas o precauciones.

A la mañana siguiente me despertó un rayo de sol que me hizo daño en los ojos. Marco no estaba a mi lado. Enseguida descubrí que mi marido dormía solamente unas pocas horas por la noche.

Lo encontré en la cocina, intentando arreglar un engranaje microscópico.

–Buenos días, tesoro, ¿has dormido bien? –pregunté.

–Te he preparado el desayuno. Pan caliente y mermelada.

–Qué maravilla. ¿Lo has hecho tú?

–Sí, esta noche.

Comí tratando de no pensar en lo que me había desagradado. Nunca había dormido con alguien que daba vueltas por la casa durante mi sueño. No sé por qué, pero me parecía poco sano.

–¿Has probado a tomar algo?

–¿Para qué?

–Para dormir un poco más.

–¡Por supuesto! Me suelo hacer infusiones de pasiflora y valeriana...

Me eché a reír porque creía que era una broma.

Él me miró fijamente a los ojos, serio como un profesor de física.

–¿Qué es lo que te hace gracia? ¿No crees en los remedios naturales?

–He oído decir que una gripe se cura en siete días si no se toma nada, y en una semana si se utilizan remedios naturales...

–¿Entonces soy un cretino?

–No he dicho eso. Era solo una broma...

–Seguramente todas las sustancias químicas nocivas que has consumido te han dañado también el cerebro. ¡Hablas como una ignorante inmadura!

–¿No crees que estás exagerando?

–¿Y tú? ¿No crees que hablas como una estúpida?

–Solo estaba bromeando...

–¡Volveremos a hablar de esto cuando estés enferma! –me dijo señalándome con el dedo.

Tenía la mirada de un desconocido.

–Yo no estoy enferma nunca –añadí, molesta, y para decir la última palabra.

–Eso no durará –me respondió tirando al suelo el frasco de la mermelada–. Antes o después te ocurrirá también a ti y estoy deseando ver qué harás...

Me dejó sola con una rebanada de pan en la mano, mientras yo, con un hilo de voz, murmuraba:

–Me curaré...

Me quedé allí mirando fijamente la taza que estaba ante mis ojos y escuchando los ruidos de su presencia en la otra habitación. Aquellos tendrían que haber sido los días más románticos de nuestra vida, y en cambio parecíamos ya una pareja casada desde hacía años. Pensé que quizá mi forma de ser requiriera un poco más de tiempo para ser comprendida. Tommaso había necesitado meses para llegar a no preocuparse demasiado por mi deseo de puntualizar o de tener razón. Como él decía, debía dejar de racionalizar siempre y empezar a soñar.

La confianza es un trabajo difícil de compartir.

Un par de horas después estábamos preparados para hacer nuestra entrada triunfal en la comida sagrada de su familia. El episodio de la mañana parecía superado y estábamos de nuevo en perfecta armonía.

Fuimos andando porque la casa en la que toda la familia se había reunido el Domingo de Resurrección se encontraba a escasos metros. Fue su hermano el que nos abrió, el mismo que había actuado de testigo para nosotros el día anterior. Nos sonrió y nos invitó a entrar sin anunciarnos. Me dijo que no hiciera ruido y me acompañó a la cocina, donde no había nadie. Marco desapareció.

Poco después el silencio disminuyó también en la habitación de al lado, en la que mi marido había entrado.

Me puse a escuchar.

–¡Buenos días, señores! Este es un día especial y no solo porque toda mi maravillosa familia está reunida aquí para celebrar la santa Pascua como toda buena familia cristiana, sino porque yo tengo que daros una maravillosa noticia: ¡ayer me casé!

Sentí escalofríos. Me pregunté cuántas personas podía haber en aquel salón y cuántas de ellas, en ese momento, estarían sonriendo con alegría.

–¡Os presento a Emma!

La puerta que estaba delante de mí se abrió de par en par y me encontré en el escenario sin haberme aprendido el papel.

Decenas de ojos de todas las edades estaban fijos en mí, en mi ropa, mis uñas comidas, el carmín inadecuado y mis ganas de escapar.

Me agarré a la mano de Marco como si fuera un salvavidas e intenté lucir la

mejor de mis sonrisas.

¿Cómo diablos había llegado hasta ahí?

Vi que una mujer anciana se acercaba a nosotros.

–Emma, esta es mi madre.

–Oh, señora, es un verdadero placer conocerla. Marco me ha hablado mucho de usted...

–Yo, en cambio, no he oído nombrarla nunca, pero para todo tiene que haber una explicación...

No sabía si continuar sonriendo o ponerme seria. No lograba comprender si me quería ofender o consolar.

–¡Ven conmigo! –me ordenó y me llevó a la cocina donde tuvo lugar la única conversación sincera entre la que sería mi suegra y yo durante muchísimo tiempo.

–¿Estás segura?

–Señora, le aseguro que soy una buena chica, y sé que lo que hemos hecho puede parecer increíble, pero debe usted confiar en mí...

–Quiero saber si estás segura de ser lo bastante fuerte.

–Soy joven pero tengo las ideas claras. No tiene que preocuparse.

–Sé perfectamente que eres una muchacha inteligente y no estoy en absoluto preocupada por tu buena fe. Pero mi hijo es un hombre muy difícil y quiero que seas consciente de ello...

–Ya se lo he dicho, todo irá bien. Estoy acostumbrada a tratar con personas complicadas. Tanto en la vida como en el trabajo. Y siempre me las he arreglado bien. Haré todo lo posible por hacerlo feliz. No tenga miedo...

–No tengo miedo de ti, tengo miedo por ti...

Después de aquel intercambio de frases nos trasladamos al comedor, donde el resto de la familia de mi marido esperaba para conocerme. Pero la atmósfera era extraña. Nadie hacía comentarios. Nadie se preocupó de preguntar por qué los habíamos excluido de un momento tan importante. Ninguna mirada de reproche o de disconformidad. Parecían solo ligeramente curiosos. Intenté no hacerles caso.

Me sentía alegre pero a disgusto, porque ellos eran realmente demasiados y difícilmente recordaría todos sus nombres. Estreché la mano de doce adultos y acaricié la cabeza de una prole de niños. Marco me cogió del brazo y me condujo ante un hombre anciano, de elegancia exquisita y mirada altiva. Estaba

sentado en una butaca y, por turnos, sus hijas mujeres se acercaban a él para asegurarse de que no necesitaba nada. Por un instante tuve la sensación de ser la protagonista de una novela por entregas, con una sorpresa en cada capítulo.

–Papá, esta es Emma. Mi mujer –dijo Marco mientras mi malestar subía a las estrellas.

–Qué tal. Encantada de conocerlo...

Hizo una seña y una de sus hijas, la más joven, corrió a darle el bastón.

–Espero que el cordero sea de su agrado, querida –me respondió mirándome fijamente de forma extraña mientras pasaba por mi lado para llegar a su puesto central en la mesa.

Nos acomodamos como si no hubiera ocurrido nada y la comida fue servida por un par de impecables camareras.

En casa, mi marido parecía satisfecho mientras yo me sentía como un trapo. La diversión del matrimonio secreto había terminado pronto, como todo buen juego que se respete, y yo me encontraba ahí, ama de una casa que no me gustaba, angustiada por el dolor que había infligido a mis padres y por las absurdas palabras que mi suegra me había metido en la cabeza.

–Salgo un momento –me dijo Marco.

Ni siquiera tuve tiempo de preguntarle adónde iba cuando oí que la puerta se cerraba de un portazo. Contuve la respiración un segundo y luego eché fuera todo el aire que tenía en el cuerpo. Estábamos casados desde hacía solamente dos días, y mi marido ya había intuido lo que yo necesitaba: estar sola.

Cuando volvió, traía un enorme ramo de flores.

–¿Dónde las has cogido?

–Hay una floristería siempre abierta en la calle del cementerio. Son para ti.

–Son preciosas.

–¡Y tú has sido hoy muy valiente!

–Pensaba que eran para que te perdonara por la discusión sobre las medicinas –dije en broma, pero al oír mis palabras su mirada cambió. Me puso las flores en las manos y se refugió en el dormitorio.

¿Había perdido otra buena ocasión para estar callada? ¿Era posible que consiguiera estropearlo siempre todo? En el fondo, lo que habíamos hecho lo habíamos decidido los dos juntos, y seguramente aquel día había sido más complicado para él que para mí.

Dejé las flores en la mesa y fui a buscarlo.

–Perdóname, ha sido una broma absurda y tú has sido tan encantador...

–¡Pues procura recordarlo! –me respondió en el tono frío de un día de invierno.

–Tendremos que organizar una fiesta –dije para desdramatizar e intentar pasar a otro terreno, menos minado.

–¿Por qué?

–Pues... por nuestra boda.

–¿Te gustaría?

–¡Claro que me gustaría! Creo que podría calmar un poco los ánimos en mi familia. No me atrevo a pensar qué estará diciendo mi abuela. Y, además, en realidad no lo sabía nadie, ni mis amigos ni mis compañeros de trabajo...

«Y tampoco Tommaso», pensé para mí, como si todo lo que habíamos hecho tuviera relación solamente con un objetivo de mi marido y no mío.

–¡Muy bien! Organicemos una gran fiesta. Tengo un amigo que alquila los pisos más lujosos de la ciudad y podemos alquilar también trajes de época para hacerla más original...

Esas eran las palabras que me hacían estar bien. Era como si él supiera dónde se ocultaba mi interruptor. Entonces simplemente lo pulsaba. A pesar del día difícil que habíamos pasado y de las incomprensiones, parecía ser capaz de captar lo que deseaba realmente. Nunca me había ocurrido que alguien comprendiera cómo era yo realmente sin considerarme demasiado extravagante y excesiva. Él sí, y entonces me di cuenta de que la cara de Tommaso entre mis recuerdos se iba decolorando día tras día. Me estaba curando.

–¡Qué buena idea la fiesta de disfraces! Será un verdadero acontecimiento y todo el mundo hablará de ella –exclamé echándole los brazos al cuello.

Era el hombre perfecto.

Mira siempre hacia adelante, cuenta solo con lo que quieres hacer ahora, y haz todos los esfuerzos que puedas para disfrutar de ese viaje.

En 1975 se introdujo el nuevo derecho de familia, que abolió la potestad marital y asignó a ambos cónyuges iguales derechos.

Unos días antes de la fiesta fuimos a un establecimiento a probarnos los trajes que íbamos a alquilar. Nos divertimos muchísimo. Nos reíamos como nunca lo habíamos hecho antes.

Recuerdo que, mientras daba vueltas con un traje de una elegancia indescriptible, tropecé con una mesita llena de objetos decorativos y los tiré al suelo. Me acerqué para disculparme y ayudar a recoger las cosas que se habían caído. Afortunadamente no había roto nada.

Marco me agarró de un brazo.

–¡Mira lo que has hecho! –dijo alzando la voz.

–No se preocupe, no ha sido nada –intervino la dependienta muy amablemente.

–¡Pide disculpas! –gritó Marco a mi espalda.

–Lo siento mucho –murmuré, humillada, mirando a mi marido a los ojos.

–No se preocupe. No ha ocurrido nada grave –susurró la mujer intentando no dar importancia a la reacción de mi marido.

Poco después Marco estaba pagando la cuenta y, como si nada hubiera pasado, se estaba poniendo de acuerdo sobre la entrega de los trajes. Yo me quedé un paso atrás, seria, como si tuviera que respetar su intimidad. Algo viscoso me estaba encogiendo el corazón.

La fiesta fue preciosa. Habíamos alquilado un piso antiguo situado en pleno centro histórico de la ciudad, con pinturas al fresco en los techos y puertas altísimas. Habíamos invitado a cerca de doscientas personas y aquella fue la última vez, durante mucho tiempo, en la que tendríamos tanta gente alrededor. Marco no me había puesto límites en nada. Elegí un *risotto* de espárragos y flores de calabaza, y un milhojas de ternera absolutamente exquisito.

Era un sábado por la noche, todos los invitados nos estaban esperando tomando champán. Pocos minutos después, una camarera los reunió en el salón principal, donde abrió de par en par una puerta impresionante por la que aparecimos nosotros. Yo vestida de María Antonieta y él como un lord inglés con faldón y sombrero de copa. Estábamos guapísimos, y como no se lo esperaban, los ojos de amigos y parientes nos miraron con la boca abierta.

Las sonrisas, las felicitaciones y los halagos estuvieron presentes durante toda

la noche. Si no hubiera tenido perfectamente claro que en determinadas circunstancias las personas saben decir lo que uno quiere oír, habría pensado que habíamos creado la fórmula del matrimonio perfecto.

Solamente mi abuela fue terriblemente sincera.

–Oh, Emma, pero cómo...

–Abuela, por favor. Tienes que estar contenta por mí...

–¿Contenta? ¿Y por qué? –me preguntó.

Nos miramos fijamente durante unos pocos segundos, justo un instante antes de verme arrastrada a una nueva oleada de fotografías.

«¿Y por qué? ¿Y por qué? ¿Y por qué?».

Sus palabras me golpeaban en la cabeza como un pico afilado mientras sonreía a los *flashes*, cortaba la tarta, charlaba para explicar nuestra extravagancia y, sobre todo, buscaba la mirada de mi padre, que parecía envejecido.

Me volví y vi mi imagen reflejada en un espejo del siglo pasado. Estaba ahí, envuelta en un vestido de seda y terciopelo marrón, con un peinado que me había costado un par de horas de paciencia, unida a un hombre al que apenas conocía. Aquel era el baile, pero no tenía la certeza de conocer bien los pasos. Tendría que improvisar porque la vida es, a pesar de todo, el más excitante de los viajes.

Besé a mi marido delante de la tarta nupcial y me dejé admirar por todos.

–Tendremos que pensar en el viaje de bodas, ¿verdad?

–Pero no ahora, no me puedo ausentar del trabajo estos días –respondí a Marco esa misma noche, poco antes de dormirnos–. Tengo un gran proyecto que llevar a cabo... –continué, pero él ya había dejado de escucharme.

Apagué la luz pensando que la palabra «trabajo», en aquella casa, asumía un extraño significado, como si dependiera de una elección personal y no de una exigencia. No parecía necesario.

Fui a París dos veces más después de la boda.

–¿Vuelves esta noche? –me preguntó la primera vez que tuve que ir.

–No, tendré que quedarme por lo menos un par de días.

–¡Eso ni hablar!

–¿Perdona?

–No está bien que duermas fuera de casa.

–¿Cómo que no? Pues díselo a mi jefe... –dije para desdramatizar la pésima

atmósfera que se estaba creando.

–Ya no eres una de esas que duerme en los hoteles. ¡Eres mi mujer!

–¿Una de esas que duerme en los hoteles? Dicho así parece otra cosa...

–Ahora has dejado de ser otra cosa. Ahora debes comportarte bien.

Me quedé helada. Habría querido levantar la voz, decirle que me estaba ofendiendo y que era inaceptable, pero algo me detuvo, el instinto quizá. Fue así, instantáneo. Yo siempre he intentado evitar el enfrentamiento. Incluso antes de que todo se precipitara, antes de que todo estuviera claro, pero sobre todo antes de llevar las de perder. Era como si lo intuyera sin ser consciente de ello.

–¡Deberías decírselo tú a tu jefe! Debes aprender a darte importancia. Realmente eres una cobardica.

Me quedé sin palabras y me marché llena de amargura. En el avión, sin embargo, me pregunté si él no tendría razón. Si todos los años pasados con Tommaso en una especie de suave quietud me habrían vuelto demasiado sumisa.

Primer error: pensar que una está equivocada.

Una vez en el hotel, en París, cogí por lo menos cinco veces el auricular para llamarlo. Lo levantaba, marcaba una parte del número de casa y colgaba. Después me armé de valor y lo dejé sonar. No podía dejarme asustar por una broma que no debía tener la menor importancia. Y así fue.

Marco estaba tranquilo. Hablamos de mi jornada de trabajo y de todas las cosas que habían ocurrido. Una conversación normal, hasta que él dijo:

–Ahora te dejo, tengo que salir.

–¿A estas horas? –pregunté de forma automática.

–¿Qué quieres decir? ¿Acaso no puedo?

–No, ¿qué has imaginado? Era solo por saber... ¿Y con quién vas?

–¡Solo! –me respondió como si fuera algo normal.

No pegué ojo en toda la noche. Me asaltaban los peores pensamientos. Me preguntaba si tendría una relación o, aún peor, si habría salido para buscar compañía ocasional. Hacia las dos de la mañana pensé en volver a llamar para averiguar si había regresado. Luego desistí para evitar otra discusión o para evitar descubrir algo que podría hacerme daño.

Dos días después, al volver a casa, encontré una maravillosa sorpresa. La casa estaba iluminada por la luz envolvente de las velas. Un cocinero había preparado

una cena deliciosa. Marco me ayudó a quitarme el abrigo y me cogió el bolso de las manos.

–Ahora basta de pensar en el trabajo. Esta noche eres mi princesa. Tenemos que relajarnos y disfrutar de esta exquisita comida.

Lancé un suspiro de alivio. Todo había sido un malentendido terrible. Aquella era la vida en la que me había zambullido de cabeza.

Fue una noche inolvidable. Él abrió la ventana del balcón y me sacó fuera. Estaba oscuro y podía haber ojos indiscretos por todas partes. Le dejé hacer porque estaba demasiado radiante para rebelarme y su voluntad era, como siempre, afilada como la hoja de un cuchillo.

No sentía frío, estábamos solamente nosotros dos. Buscó mi boca para besarme, un beso alcohólico y profundo. Sabía a crema pastelera y sus manos se abrían paso por mi cuerpo. Cuando las rodillas cedieron, me apoyé en la barandilla y dejé de controlar mi excitación.

En el viaje siguiente pedí a mi jefe que me dejara volver por la noche. Había inventado una excusa plausible y me lo concedió. Una parte de mí quería rebelarse. El trabajo antes de todo: siempre había sido mi prioridad. La otra parte me tranquilizaba haciéndome creer en las mentiras que había contado.

Nunca es precipitado. El descenso empieza siempre con un pequeño paso hacia abajo.

Nos fuimos de luna de miel poco antes de que empezara el otoño. Embarcamos en dirección a Córcega un domingo. Hacía un día diáfano y prometedor. La idea de dominar una isla salvaje en un periodo tan poco turístico era exactamente lo que yo necesitaba. La frecuencia de los transbordadores había disminuido, así como los precios. Lo que nos esperaba eran unas verdaderas vacaciones de recién casados. Sol, mar y mucha discreción.

Quizá demasiada.

El jueves siguiente la gendarmería corsa vino a nuestro encuentro. La recepcionista de nuestro hotel bajó hasta la playa a avisarnos y nos pidió que la acompañáramos.

–Los estamos buscando desde hace varios días. Deben llamar a su casa inmediatamente –dijo un hombre de uniforme.

Marco y yo nos miramos a los ojos. La policía se había puesto en contacto con la mayor parte de los hoteles abiertos para encontrarnos.

Telefoneamos rápidamente desde la recepción.

La voz de Vittorio, el hermano de Marco, temblaba.

–¡Papá ha muerto! ¡Tienes que volver inmediatamente!

La noticia llegó fría y cortante.

Mi suegro había muerto repentinamente el lunes por la noche.

Había tenido un ataque cardíaco durante la cena. Había sido inútil el intento del hermano de Marco de reanimarlo. El hombre tenía setenta y siete años y siempre había gozado de excelente salud.

–Lo siento –murmuré intentando abrazar a mi marido, que se había quedado inmóvil como una estatua mirando el vacío.

–¿Podemos hacer algo? –me preguntó la muchacha que estaba detrás del mostrador, después de haber comprendido la situación.

–Sí, ¿puede reservarnos billetes en el transbordador de esta noche? Tenemos que regresar inmediatamente.

–No hay servicio a Italia hasta el domingo.

–¿Cómo?

–Estamos en temporada baja y solo se realizan dos viajes a la semana. El último salió ayer por la noche.

Miré a Marco, que seguía inmóvil, y me sentí invadida por la más penetrante

sensación de impotencia. Su mirada fija no me gustaba, pero no podía hacer otra cosa que comprender lo que estaba sintiendo. Si me hubiera ocurrido a mí, no sé qué habría sido capaz de hacer.

Pregunté si por favor podía hacer otra llamada. Quería decírselo a mi familia y oírles.

–¿Qué haces?

–Llamo a casa. Quiero decírselo a los míos...

–¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? Estamos aislados del mundo. Pueden ir a ver a tu madre. Es mejor que hable con ellos...

–¿Mi padre ha muerto y tú quieres restregarme por la cara que los tuyos están estupendamente? ¿Quieres que aparezcan juntos y unidos frente a mi madre, que acaba de perder a su compañero? Te felicito por tu delicadeza –me respondió, arrebatándome el auricular de la mano y colgando.

Vi cómo la joven que estaba delante de nosotros tragaba saliva, muy violenta. Moví la cabeza pero no dije nada, tratando de convencerme de que aquella reacción suya era completamente normal, teniendo en cuenta la situación.

Subí a la habitación con él.

Allí fue la primera vez. Esa de la que toda mujer podría hablar eternamente porque, aunque el cardenal desaparece, la herida está destinada a permanecer.

Lo hizo con el palo de la sombrilla de playa que había elegido precisamente yo. En las piernas y en la cabeza. Sin explicación y sin motivo.

Porque las explicaciones y los motivos no existen. Jamás. Pero el camino para aceptarlo es largo y difícil, y se llama autoestima.

Me quedé en el suelo. Reprimía las lágrimas por la incredulidad. Lo veía moverse por la habitación como si estuviera reflexionando sobre algo importante, como si no acabara de pegarme. Después posó su mirada sobre mí. El miedo no había terminado. Él de pie, dominante. Yo en el suelo, indefensa.

La delgada línea de las cosas inexplicables.

Me sentía privada de pensamientos claros. Todo en mi cabeza se había ensombrecido. Durante un instante imaginé que solamente lo había soñado, pero las señales en la piel no sabían nada de fantasías. Marco, mi marido, me había

pegado. No lograba ni pensarlo ni decirlo. Me acurruqué sobre mí misma esperando ocupar el menor espacio posible, y así molestar menos.

Entendería mucho tiempo después que aquella no había sido solamente la primera violencia repentina, sino la última verdadera ocasión de huir de todo lo que vendría después. Habría debido escapar, pedir ayuda al director del hotel y a la empleada de la recepción que había asistido a su reacción poco antes, pero estaba en una isla en un país extranjero y el que me había golpeado no era un hombre al que yo reconocía como violento. Era el marido que había elegido y con el que me había casado sin pedir opinión a nadie, y volver atrás me resultaba aún menos posible. Él estaba viviendo un dolor intenso y cruel. Todo tenía una justificación. Y yo lo abracé con cariño.

Cerré los ojos y me volví a prometer pasar más tiempo con mis padres a nuestro regreso. Ese pensamiento me consolaba.

La situación empeoró en cuanto llegamos a casa. El funeral se había celebrado el mismo día que nos habían avisado. Marco estaba desconsolado. La idea de no haber podido despedirse de su padre le hundía en la desesperación. De repente el padre, del que antes no hablaba casi nunca, se había convertido en la única verdadera referencia de su vida. Muchos años después descubrí que mi suegro había sido un hombre autoritario y violento.

La noche de nuestro regreso, Marco encendió todas las luces de la casa y me dijo que no hiciera ruido.

–Nos están espiando –dijo.

–¿Quién?

–Mis hermanos.

No entendía nada.

–Pero ¿por qué iban a hacerlo?

–Porque han sabido que sospecho de ellos. Han asesinado a mi padre y el próximo seré yo.

Me temblaron las piernas. Si era una broma, era increíble y estaba fuera de lugar.

–Marco, el médico ha dicho que ha muerto de un ataque cardiaco.

–¿Y tú le crees? Es obvio que estás de acuerdo con ellos...

Y así continuó durante toda la noche hasta que se durmió.

Pensé que aquel delirio era fruto del dolor y me prometí que lo llevaría a alguien que pudiera ayudarlo, si se repetía.

La actitud de su madre no fue desde luego de ninguna ayuda. No nos recibió durante varios días, a pesar de que vivíamos en la puerta de al lado. Nos hizo saber que el inmenso dolor por la pérdida de su amado compañero no le concedía tregua y que deseaba estar sola con sus hijos. Los otros. Todos podían participar en aquel dolor, excepto Marco. Yo no lograba entenderlo. Era como si la culpa fuera nuestra. Haber estado de vacaciones en ese momento era imperdonable.

Cuando Marco volvió después de haber recibido la negativa a entrar en casa de su madre, se puso a gritar. Corrí al salón, donde se encontraba, convencida de que se había hecho daño.

–Es culpa tuya. Me llevaste fuera de aquí. Yo tenía que haberme quedado. ¿Estás contenta? ¿Ves cómo sufro? ¡He perdido a mi padre y me he casado con una inútil!

–Pero ha muerto de repente... ¿Cómo podíamos prever algo así? No abandonamos a un enfermo al final de sus días para ir a divertirnos. Ha sido una fatalidad.

Otra oportunidad de estar callada se había desvanecido.

Ya había repetido esas frases muchas veces. Parecía que debía justificarme por lo que había ocurrido. Esa vez esperaba que mis palabras lo hicieran reflexionar. No fue así.

Lo hizo con las manos. Me dio puñetazos en los brazos para que no se vieran los cardenales. Permanecí tirada en el suelo durante no sé cuánto tiempo. Solo recuerdo que cuando fui al dormitorio él dormía como si nada hubiera ocurrido.

Abrí la puerta de cristal para salir al balcón. Miré hacia un lado, a la casa de mi suegra, y después hacia arriba, a las de mis cuñados. Estaban todas cerradas y reinaba el silencio. Me pregunté si sería su costumbre atrincherarse en casa o lo hacían solo cuando era necesario. Para no ver. Para no enfrentarse.

Si hubiera pasado un ángel en aquel instante, seguramente me habría hecho señas para que me callara, como todo lo que había alrededor.

Pocas semanas después descubrí que estaba embarazada. No habíamos tomado precauciones y sabía que podía ocurrir, pero aun así me recorrió un escalofrío. Primero el frío y después el calor. Permanecí con el test de embarazo en la mano durante un tiempo indefinido. No conseguía sentirme feliz como habría debido. Una nueva vida estaba creciendo dentro de mí. Era la cosa que más había deseado. Me había imaginado siendo madre desde siempre y sabía que sería capaz de hacerlo bien, pero había una parte de mí que no lograba alegrarse. Miré

hacia el horizonte y pensé que, como decía precisamente mi abuela, los niños siempre traen algo bueno con ellos. También así sería esta vez.

Se lo dije, confiando en que esto modificaría las cosas entre nosotros. Que el amor por la criatura que llevaba en mi seno venciera su dolor por la pérdida de su padre que ahora nos estaba destruyendo.

Y efectivamente algo cambió. No volvió a pegarme, se limitó a insultarme. Palabras difíciles de escribir.

No me tocó durante nueve meses. Ni para hacerme daño, ni para ayudarme a bajar del coche cuando la tripa era ya demasiado grande y mis desplazamientos penosos y lentos. A pesar de las dificultades que encontraba tenía que continuar haciéndolo todo sola. Limpiar la casa, preparar la comida y trabajar. Mi madre venía a echarme una mano casi todos los días. Ella movía los objetos para quitarles el polvo y yo la seguía para ponerlos en el mismo sitio en que los había encontrado. Me ocupaba de que las toallas estuvieran colgadas todas a la misma altura y nunca superpuestas, que la ropa estuviera separada y ordenada por colores y que los zapatos nunca se quedaran por ahí desparejados. Después de varios meses y de algunas incomprensibles reacciones tuyas, todo se había vuelto automático. Era así y basta.

Cuando mi madre estaba en casa me sentía protegida, pero eso hacía que el humor de Marco fuera cada vez más negro. Él la evitaba y se comportaba de modo que siempre tuviera algo que hacer en otra habitación.

–¿Es posible que no puedas hacer las cosas tú sola? ¡Desde luego me he casado con una mujer que no vale nada! –me dijo una noche.

Era la señal. Mi madre ya no debía estar tan presente.

Los dolores llegaron durante la noche. Marco se levantó y me acompañó al hospital. Esperó fuera de la sala de partos.

El nacimiento de la niña firmó el final de una aparente tregua. Cuando volví del hospital me prohibió recibir visitas. Nadie podía entrar en casa. Debía dejar al otro lado de la puerta a mi madre cuando se presentaba con una tarta, regalos y el deseo de ayudarme a cuidar a su nieta para que yo descansara.

–La niña es demasiado pequeña para recibir visitas. Puede ponerse enferma. No quiero que nadie la toque y mucho menos que juegue con objetos cuya procedencia desconozco. ¡Quién sabe de dónde los habrán sacado!

No tenía fuerzas para insistir. Intentaba estar siempre despierta porque tenía miedo de que le hiciera daño. En realidad nunca ocurrió. Marco trataba a

Martina con delicadeza. Era su niña, solo suya. Lo acentuaba siempre cuando yo estaba presente. Y yo me proponía no hacer demasiado caso.

Era mi familia. Y lucharía por ella.

Amamantaba y hacía todo como a él le gustaba para que no encontrara ningún pretexto para enfadarse conmigo. De vez en cuando me desmoronaba, exhausta. Esperaba a que saliera a hacer la compra o fuera a pagar las facturas para dormir un rato. Acomodaba a Martina de modo que estuviera segura, y confiaba en que no se pusiera a llorar, que me dejara descansar. Alguna vez funcionó.

Mi madre insistía en formar parte de nuestra vida.

–Ahora no, mamá...

–Emma, pero ¿por qué?

–Te lo ruego, no hagas preguntas.

–¿Y qué puedo hacer?

–Marco tiene miedo de que...

–¿Te pega?

–No, cómo se te ocurre. Jamás lo haría –mentí, y aquellas palabras inventadas me proporcionaron un poco de serenidad–. Solamente tiene miedo de que la niña se ponga enferma. Es demasiado protector. Aún tiene que aprender...

Mi madre dio un paso atrás y me miró fijamente como si desde lejos consiguiera verme mejor, toda entera.

–Emma, escúchame...

–Por favor, mamá. Ahora vete a casa. Yo estoy bien.

–¿Por qué no vienes a pasar unos días con nosotros? Yo te puedo ayudar con la niña y tú puedes descansar un poco. Solamente unos días...

–Te digo algo mañana –respondí en tono poco convencido.

La idea de pedir a Marco que me dejara alejarme de casa me aterrorizaba.

Mi madre se fue, impotente.

Aquella noche recibimos una llamada de mi padre. Mi madre debía de haberle contado que estaba preocupada por mí. Contestó Marco.

–No, lo siento. Ahora Emma no se puede poner al teléfono. Está durmiendo. Ella te llamará.

Lo miré fijamente mientras pasaba por mi lado como si la protagonista de aquella conversación no fuera yo. Como si ni siquiera estuviera presente y perfectamente despierta a pocos pasos de él.

–¿Quién era?

–El gilipollas de tu padre.

–Quería hablar conmigo.

–Sí, pero te he evitado el hastío de escuchar sus estupideces. Ahora no te preocupes y ven a la cama.

Segundo error: hacer esfuerzos para quererlo.

No fue hasta después de la ley n.º 442 de 5 de agosto de 1981 cuando quedó abolido el «delito de honor»: según el código penal, quien mataba al cónyuge, la hija o la hermana «en estado de ira determinado por la ofensa hecha a su honor o al de la familia» tenía derecho a atenuantes que reducían la pena a una reclusión de tres a siete años.

Un día ocurrió algo que hoy definiría como una señal. Mientras hojeaba el periódico, mi atención se fijó en un artículo de sucesos. Incluía la foto de una chica joven. Había sido asesinada por su marido. Cerré el periódico. Apreté el papel con los dedos y volví a abrirlo. Miré la cara sonriente de aquella desconocida y leí todo el artículo. Me entraron escalofríos. El texto decía que la muchacha había denunciado muchas veces la violencia que se veía obligada a sufrir, pero nadie había intervenido. Respiré hondo. Pensé que no era posible y que probablemente no era verdad. Tenía que haber algo que no aparecía reflejado en aquellas pocas líneas. Parecía todo tan exagerado e inverosímil... Dejé el periódico en la mesa y me levanté. Necesitaba hacer algo, distraerme y dejar de sentirme culpable por aquellos pensamientos. No fue fácil.

Al día siguiente decidí reanudar los diseños, confiando en que eso me sirviera para quitarme de la cabeza la historia que había leído en el periódico.

El trabajo era, o al menos eso me parecía, mi única tabla de salvación. Lo hacía de noche, cuando la niña dormía. Lo hacía porque era el único momento en el que la casa estaba en silencio y él no daba vueltas a mi alrededor diciendo que lo que hacía era basura y que no trabajaría durante mucho más tiempo porque a nadie podían gustarle mis proyectos.

En realidad sí le gustaban a alguien. Mi jefe continuaba elogiando mi creatividad.

Un día me llamó por teléfono.

–Emma, tengo una extraordinaria noticia que darte.

Hacía muy poco que acabábamos de conseguir un gran cliente alemán y mi jefe me quería comunicar que iba a ser yo la que dirigiera el equipo de diseñadores, para idear una línea entera de utensilios domésticos e introducirlos en el mercado europeo. En un tiempo brevísimo podría admirar mis creaciones en cualquier tienda que tuviera listas de boda.

Me quedé sin aliento. Me levanté de la silla y me puse a saltar. Ganaría un buen pellizco de dinero y eso nos vendría muy bien. Podría comprar un montón de cosas para hacer mi vida más cómoda, como un lavavajillas y un horno microondas. También un nuevo ordenador donde instalar los programas de diseño gráfico para trabajar mejor, e incluso podría conseguir también un caballete y lienzos para pintar en los momentos de relax.

Pero había hecho mis cuentas sin tener presente a Marco.

Aquella noche en la cena le conté que había recibido la llamada telefónica. Él me escuchó sin decir una palabra. Guardaba silencio y mantenía la mirada baja como si pensara en otra cosa. Intenté no dejarme intimidar y llevar a término mi discurso. Le describí la empresa alemana y su forma de trabajar, enumeré los objetos innovadores por los que eran muy famosos y dibujé su logo en un folio para que también él lo pudiera recordar. Le hablé del proyecto, del equipo que yo dirigiría y de lo orgullosa que me sentía. Trataba de hacerle partícipe y de implicarlo en mis proyectos. Pensé que, si no se sentía excluido de mi trabajo, dejaría de odiarlo.

Marco se llevaba la comida a la boca con gestos automáticos y precisos. No me dijo nada. Al final de la cena, después de haberle servido tanto la sopa como el pollo, vi que se levantaba. Dejó los platos y la servilleta sucia en la mesa y se fue sin decir una sola palabra. Quitó la mesa, fregué los platos y preparé a la niña para la noche.

–Creo que lo mejor será que nos traslademos a la montaña –me dijo Marco a la mañana siguiente.

Martina tenía casi tres meses y nuestras actividades de cada día se habían ajustado a un ritmo en el límite de lo paradójico, pero extrañamente compatible con la vida. Comprendí que había estado madurando sus intenciones desde hacía semanas, pero la decisión definitiva no la había tomado hasta después de la conversación de la noche anterior.

No respondí nada porque él ya tenía las maletas preparadas. No me preocupé porque nunca habría imaginado que sería un traslado mucho más largo de lo previsto. Aún me quedaban varias semanas de permiso de maternidad antes de tener que volver al trabajo. Me convencí de que el aire de la montaña me haría bien y me proporcionaría nuevas inspiraciones. La casa era mucho más pequeña y ocuparme de ella me quitaría menos tiempo, que dedicaría a Martina y a mi creatividad.

Me levanté, envolví a la niña en una manta y le seguí como haría una reclusa con la guardia asignada a su celda.

Llegamos a San Biagio a las diez de la mañana. Era el lugar en el que había transcurrido mi infancia. Tenía muchísimos preciosos recuerdos de aquel sitio, pero las cosas estaban destinadas a cambiar.

Los primeros días fueron extraños. Marco había caído de nuevo en su

mutismo. No hablaba. Se movía por la casa como un autómatas y pasaba gran parte del tiempo en la cama.

Permanecía en silencio desde hacía no sé cuántos días y yo continuaba preguntándome por qué nos habíamos elegido, por qué estábamos allí. No había nada, aparte de la llegada de Martina, que me hiciera feliz. No era eso lo que había imaginado cuando había prometido que estaría a su lado a pesar de todo. Sin embargo, aunque por un lado era consciente de haber cometido un error, por otro me sentía invadida por el miedo de lo que podría ocurrirnos a Martina y a mí si me rebelaba.

La garganta me ardía, era como si fuera consciente de que pronunciar incluso una palabra me costaría un horrible castigo. Y cuanto más tiempo pasaba, más claro tenía que aquella no era la excursión campestre del fin de semana de una familia normal.

Era un secuestro. El mío.

El piso al que nos habíamos trasladado era de mis padres. Lo habían alquilado a una pareja durante muchos años cuando yo era pequeña, y luego los inquilinos, cuando habían tenido su primer hijo, lo habían dejado libre, y entonces mi padre había decidido regalármelo a mí.

Marco y yo habíamos ido allí varias veces durante nuestro breve noviazgo. No sabía por qué él había deseado volver. No había nada especialmente interesante, excepto el silencio. Un día salí al pequeño balcón. Cerré los ojos y traté de escuchar. Ningún ruido humano. Solo el crujido de las hojas movidas por el viento. El edificio tenía cuatro pisos. Dos eran propiedad de mi familia y los otros dos raras veces se utilizaban. Cuando mis padres los habían elegido, el silencio y la tranquilidad habían sido los motivos principales que los habían animado a comprarlos.

Miré a mi alrededor. Estábamos tan lejos de todo que nadie me oiría si alguna vez tuviera el valor de gritar.

Cuando volví a entrar en casa, fui a sacar a Martina de la cuna. Tenía un extraño presentimiento.

«Perdóname, preciosa mía, no eran estos los sueños que habría querido para ti».

Un día mis padres fueron a vernos. No nos habían avisado porque sabían que Marco no respondía casi nunca al teléfono y también porque raras veces me permitía hablar con ellos.

—¡Tus padres son el diablo! —me repetía.

Marco se asomó a la ventana y, como si hubiera visto alienígenas dispuestos a atacarnos, cerró todas las persianas y atrancó la puerta.

–¡Ven aquí, ayúdame! –me ordenó.

Corrimos la butaca y la pusimos delante de la puerta.

–Ahora apaga todas las luces y no digas ni una palabra. No nos encontrarán.

Permanecimos durante un tiempo interminable sentados en el suelo. Yo tenía a la niña en brazos con la precisa misión de no dejar que hiciera el menor ruido, que era lo que se me había ordenado.

–Emma, somos nosotros. Abre...

Mi hija empezaba a agitarse porque necesitaba que le cambiara el pañal.

–Emma, por favor, abre la puerta. Os hemos traído un regalo para la niña.

Le puse una mano en la boca como jamás habría creído que pudiera hacer.

–Emma, somos nosotros...

Las lágrimas me surcaban la cara en silencio, estaba inmóvil, como paralizada.

–¿Estáis bien? Por favor, estamos preocupados...

Después de un cierto tiempo, cuando fuera ya estaba oscuro, mi marido me ordenó que me levantara y fuera a encerrarme en el dormitorio. Sin embargo, dejé la puerta entreabierta y mantenía los oídos atentos, porque me aterrorizaba que hiciera daño a mis padres. Di de mamar a Martina. La acunaba entre mis brazos pero al mismo tiempo trataba de calmar la horrenda sensación de haber dejado de ser dueña de mí misma. La imposible sensación de tener que aceptar que tu cuerpo y tu cerebro, a pesar de ser tuyos, ya no te pertenecen.

Esa noche no comí nada. No fue necesario. Mi estómago estaba lleno de un vacío sin fondo.

Hasta después de muchos años no supe que aquella noche mis padres la habían pasado en el descansillo. Mi madre había llevado mantas y almohadones. Había ido a buscar también un refrigerio, porque mi padre se había quedado sentado con la espalda pegada a la puerta de nuestra casa y no quería moverse de allí.

Me pregunté mil veces qué habría ocurrido si me hubiera rebelado. Si hubiera aprovechado una distracción suya y me hubiera precipitado hacia la puerta gritando mi desesperación. Quizá me habría salvado. O quizá lo que habría hecho era solamente permitir que les hiciera daño también a ellos, del modo sangriento que siempre tenía la delicadeza de describirme con los más mínimos detalles.

Tercer error: pensar que se tiene la situación bajo control. Ser condescendiente es solo una manera de prolongar la agonía.

Habían pasado varias semanas. Continuábamos viviendo en San Biagio. Cada vez que abría las ventanas para dejar que entrara aire fresco y respirar a pleno pulmón, Marco se ponía a mi lado y las cerraba.

–¿Quieres que nos pongamos todos malos?

–Pero es solo un poco de aire.

–No quiero, alguien podría vernos.

–Pero si no hay nadie en un radio de kilómetros...

–Están escondidos, nos espían...

En esos casos me quedaba inmóvil y hacía lo que él quería.

–Tienes razón –suspiraba bajando todas las persianas. Solo así se tranquilizaba.

Durante los meses fríos la población de San Biagio se reducía a unos pocos cientos de personas. Solamente permanecían abiertos una pequeña tienda de alimentación, un bar y una pequeña oficina de correos. Una vez a la semana llegaba una furgoneta que vendía fruta y verdura. Marco me mandaba a hacer la compra con una lista que escribía y rompía miles de veces antes de considerarla perfecta. Bastaba que una letra estuviera mal escrita para romper el papel y volver a escribir la lista desde el principio. Yo lo miraba en silencio. Después me daba dinero y cuando volvía estaba obligada a enseñarle todos los tiques de compra y el cambio. Era su forma de impedirme que llamara a alguien. Si hubieran faltado, aunque solo hubieran sido doscientas liras, me habría castigado.

Mi baja por maternidad estaba a punto de terminar y tenía que volver al trabajo.

–¡Tú no vuelves a ese puesto en el que solo trabajan las putas!

–Pero tengo que volver o me despedirán...

–No importa. Pues que te despidan. ¿Qué cosas piensas hacer? ¿Diseñar cafeteras durante toda la vida? No lo necesitamos.

–Pero la niña debe ver a sus abuelos, ir a la guardería, frecuentar el parque infantil..., ¿cómo lo hacemos viviendo aquí?

–¡Tú quieres regresar solo porque esperas que tu jefe vuelva a follarte!

Me quedé sin aliento durante un instante. Sabía que si perdía mi trabajo las

cosas irían mucho peor.

–Pero ¿qué dices?

–¡Ya estamos con lo mismo de siempre! Lo defiendes porque es tu amante, ¿verdad?

–Por supuesto que no...

–¡Claro que sí! Pero yo no soy un hombrecillo cualquiera, no soy de esos a los que se engaña en sus propias narices, ¿sabes?

Se me puso delante. Creía que quería pegarme y levanté los brazos por delante de la cara para defenderme. Me agarró por la muñeca y tiró de mí. Me arrastró por el suelo del salón. Después por el descansillo y por las escaleras. Recuerdo el frío, escalón tras escalón, hasta el sótano. Abrió la puerta de metal y me encerró dentro.

–Ahora quédate ahí a pensar. Ya verás como se te pasan las ganas de ser una perra en celo.

«Dios mío, te lo ruego, protege a mi niña. No me importa lo que me pase a mí, pero te lo suplico, cuídala a ella».

Nunca había rezado antes. Lo hice durante horas aquella noche. Ininterrumpidamente. Marco nunca había hecho daño a nuestra hija, quizá porque ella le pertenecía. Yo confiaba en que todo siguiera así, que siempre fuera yo su único problema.

No sé cuántas horas pasaron: en la oscuridad y el frío se pierde la noción del tiempo. Solo sé que, cuando abrió la puerta para liberarme, estaba tan cansada y hambrienta que me costó mucho mantenerme de pie. Estaba aterrorizada, pero diría cualquier cosa con tal de ver a Martina, comer algo y darme una ducha.

–No pongas esa cara, tú te lo has buscado.

–Perdóname, no volverá a ocurrir –respondí.

Durante la noche había reflexionado mucho. Sus comportamientos eran repetitivos y cada vez menos repentinos, como el engranaje de un reloj. Podía hacer algo para reducir su tensión. Intentar satisfacerlo.

–Ahora ve a lavarte, que tengo ganas de sexo.

–Déjame ver a la niña...

–Está bien. Ahora ocúpate de tu marido.

Obedecí. Obedecí.

Porque necesitaba tiempo. Para comprender mejor a quién tenía delante y para recuperar las fuerzas.

Fue difícil y penoso.

La expresión «amor mío» es un oxímoron. El sentimiento más libre y el adjetivo más posesivo.

Llegó la tregua y con ella varios días aparentemente normales que me hicieron feliz. No solo por mi salud sino porque de alguna manera empezaba a vislumbrar sus mecanismos. Marco era preciso y metódico, tanto en la forma en que ordenaba sus cosas como en aterrorizarme. Yo debía entender eso. No podía tomar nota de sus cambios de humor y de su crueldad. Si me descubría, lo desestabilizaría y me costaría muy caro. Debía hacer un intenso esfuerzo de memoria.

En esos días me ocupaba de la casa y de Martina mientras Marco parecía tranquilo. No me insultaba y una noche incluso me ayudó a quitar la mesa. Por un momento pensé que mis plegarias habían sido escuchadas, que alguien allá arriba existía realmente y había hecho un pequeño milagro solo para mí. Sin embargo, conté los días tranquilos porque dentro de mí sabía que no durarían mucho.

Una mañana lo encontré fuera de sí.

–Me he casado con la mujer equivocada. ¿Cómo he podido ser tan estúpido para no darme cuenta?

No dije nada. Había empezado a comprender las modalidades en las que perdía el control. Cogí a la niña y la llevé a la cuna. No tenía la certeza de que se detendría ante ella. Prefería que me pegara solo a mí.

–Es culpa tuya. Me sedujiste, me hiciste creer que eras distinta, mejor... y sin embargo mírate... ¡das asco!

Sabía que no pasaría mucho tiempo antes de que me atacara.

–Debí casarme con Giovanna, ella sí que era perfecta. Era una mujer maravillosa, una de esas mujeres de las que uno puede sentirse orgulloso.

Pensaba en Giovanna muy a menudo. Muy a menudo, en los momentos de rabia de mi marido debidos a mi incapacidad como ama de casa, me comparaba con ella. También esto parecía una fórmula matemática. Todo lo que cocinaba, lavaba, planchaba y pensaba no estaba a su altura. Giovanna, a pesar de que no había tenido hijos, era la mejor de las madres.

Había sido su novia durante unos meses, antes de que nos conociéramos. Marco me había contado que la había dejado porque «era una persona de la que no se podía fiar, una mujer a la que le gustaba ir por ahí haciendo que la miraran

otros hombres. El único motivo por el que me había elegido a mí había sido el dinero».

Al principio le había creído, porque sabía ser convincente y porque no tenía motivos para pensar lo contrario. La idea de que pudiera verme de una forma diferente, en realidad, me enorgullecía. Yo era la mujer adecuada para crear una familia. Era mejor que Giovanna.

No duró mucho. Repentinamente, el vacío dejado por su ex parecía repetirse con constancia y puntualidad, y en cada etapa ella se iba volviendo más maravillosa en todo. Y yo no.

Muchísimas veces me pregunté quién sería aquella mujer que me hacía expiar todo esto. ¿Qué había hecho o dicho para quedarse dentro de él de aquel modo? Pero sobre todo me preguntaba si alguna vez había sido consciente del peligro del que había escapado y si alguna vez, en otra vida, podríamos llegar a ser amigas.

Todas las discusiones se volvían después contra mí, contra mi ineptitud y mi incapacidad para hacerme respetar en el trabajo. Sobre lo decepcionado que estaba de haberme elegido.

Cuarto error: pensar que uno es la única persona que puede ayudar a alguien a resolver sus problemas.

Durante varios días el teléfono se puso a sonar en distintos momentos del día. Marco se precipitaba a cogerlo y la conversación se interrumpía.

–¿Acaso piensan que soy imbécil?

Me estremecí. Sabía que podía ser mi padre, que esperaba hablar conmigo, pero debía mantener una actitud distante.

–Será la compañía telefónica o alguien que se equivoca de número... – balbuceé y seguí fregando los platos.

–¡Claro! ¡Y yo soy el tonto del pueblo!

Se encerró en el dormitorio. Suspiré aliviada. Si Marco se hubiera ido, habría podido llamar a mis padres... Pero no dio tiempo.

Marco abrió la puerta del dormitorio y gritó:

–Quiero que tus padres vengan a cenar.

–¿Qué?

–¿Estás sorda? ¡Coge el teléfono y diles que muevan el culo y vengan!

Tuve miedo. ¿Qué tenía en la cabeza? Aquella exigencia estaba fuera de sus acostumbrados esquemas y me asustó muchísimo.

Cogió el auricular y me lo tiró con fuerza a la cara.

–¿Eres capaz de marcar el número e invitarlos?

–Quizá esta noche no puedan... –balbuceé esperando ganar tiempo.

–¡Llámalos!

Marqué el número.

–Hola, mamá... A Marco y a mí nos gustaría cenar con vosotros esta noche – dije ignorando el estupor de mi madre al oír mi voz.

Escuché el silencio de la otra parte. Era como si estuviera intentando descifrar el tono de mi voz.

–Por supuesto, tesoro. Iremos.

Había comprendido, y no supe si eso era un bien.

Vacilaba entre el alivio y la desesperación. Alimentaba la esperanza de que aquello fuera sin embargo un paso hacia delante, una esperanza, una pequeña luz.

Poco después él se sentó a elaborar la lista de la compra. La escribió por lo menos diez veces. Repetía las palabras «pollo», «pimientos» y «patatas» hasta el infinito, como si estuviera hechizado. Yo esperé y obedecí. Fui a hacer la

compra. Recuerdo haber sonreído a la señora que me daba la bolsa y el cambio. Volvería a ver a mis padres y Martina volvería a ver a sus abuelos. Sabía que sentiría la emoción en sus ojos. Estaba deseando que llegara el momento.

–Ahora cocina. ¡Aquí está la receta!

Leí, en un trozo de periódico roto, el modo de hacer el pollo con salsa de especias.

Seguí las instrucciones al pie de la letra. De vez en cuando Marco se acercaba y la espalda se me ponía instintivamente tensa. Odiaba darle la espalda. No me tocó.

Hacia las siete de la tarde todo estaba preparado y ellos llegarían poco después.

–¿Puedo ir a darme una ducha? –pregunté casi en un susurro.

–No te hace falta.

–No me puedo presentar así.

–Es que no te presentarás. ¡Los he invitado a ellos, no a ti!

–¿Qué?

Se levantó, me agarró de un brazo y, sin importarle mis gritos, me arrastró fuera del piso. Estuve encerrada en el sótano hasta la mañana siguiente.

Lloré todas las lágrimas que tenía. Cuando me fue concedido volver a casa, esperaba encontrar lo peor. Arrastraba los pies por los escalones, seguida de mi marido, temiendo descubrir que había hecho daño a mis padres.

La casa estaba reluciente. No había rastro de la cena, del pollo y tampoco de mis padres.

–¿Dónde están?

–En su casa.

Respiré hondo.

–¿Martina?

–En su habitación.

Era como si todo, la invitación, la cena, la llamada a mi madre, lo hubiera soñado.

Corrí a la habitación de mi hija. ¿Notaría algo en sus ojos? Esperaba que no. Martina estaba sentada en el suelo coloreando en una hoja de papel. La abracé y ella se acurrucó contra mí.

Años después supe lo que había ocurrido. Mis padres habían entrado en casa y habían encontrado a Marco sentado a la mesa con un bate de béisbol en la mano.

La puerta estaba entreabierta y ellos habían entrado pronunciando mi nombre.

–Ella ha preferido cenar fuera –había rugido Marco.

Mi padre apretó la mano de mi madre y se puso delante de ella.

–Marco, ¿dónde están Emma y Martina?

–¡No son asunto vuestro! –había respondido él agitando el bate en el aire.

–Baja eso y hablemos. Podemos aclarar...

–No hay nada que aclarar. Vosotros sois unos gilipollas y merecéis ser tratados como gilipollas. Emma no quiere volver a veros. Me ha pedido que os lo diga. ¡Permaneced lejos de nosotros!

Mi padre había intentado dar algún paso hacia la mesa pero él le había impedido moverse amenazándolo con el arma que apretaba entre las manos.

–Y ahora quedaos quietos, tengo que acabar de comer.

Los dejó ahí, petrificados, hasta que terminó de cenar, y luego los acompañó a la puerta.

–No volváis a vernos ni a oírnos, no habléis de nosotros con nadie o, si no, la hago pedazos y os los mando de uno en uno.

Era creíble. Espantoso y creíble. Como una pesadilla.

Antes de que ellos llegaran, Marco había dado de comer a Martina, ya destetada, y la había encerrado en su habitación, sola durante todo ese tiempo. Probablemente ella no se había dado cuenta de nada.

Perdonar es un arte divino y no tiene nada que ver con el olvido.

Un día llamó mi jefe.

Contestó Marco. Como siempre.

–Emma tiene una enfermedad muy mala. Tendrá que prescindir de ella durante bastante tiempo...

Me llevó un rato comprender que no era una broma. Lo había dicho con la máxima naturalidad y me había impedido volver a llamar. Como todas las veces en las que proporcionaba informaciones falsas sobre mi salud, en ningún momento me miró a los ojos.

Esa noche no me pegó, quizá porque se consideraba bastante satisfecho del daño que me había hecho por la tarde sin haber tenido que ensuciarse las manos.

No conseguí coger el sueño. Daba vueltas en la cama intentando no despertarlo. Me levanté. Entré en la habitación de la niña. Dormía como un ángel y durante un segundo la envidié.

En una de las últimas peleas, Marco había pronunciado la peor frase que yo podía oír.

–Me he equivocado, pero juro que te cambiaré, tan cierto como que soy un hombre, y si todo se pone difícil, cogeré el coche con Martina y me tiraré por un viaducto. Tampoco ella se merece una madre como tú...

La acaricié y decidí que tenía que hacer algo para poner a salvo a mi hija, aunque no sabía qué.

Me encerré en el cuarto de baño. Fuera aún estaba oscuro y todo permanecía en silencio. Pensé coger a Martina. Dudé. Era demasiado peligroso llevarla conmigo. La oscuridad, el bosque y el frío... Yo aún no estaba preparada y no tenía un plan concreto. Marco no salía casi nunca de casa pero sabía que, si me llevaba a mi hija, nos encontraría. Necesitaba más tiempo. Debía encontrar un modo de sobrevivir y solo tenía una idea. Salí por la ventana. Bajé por el canalón. Vivíamos en el primer piso y cualquiera habría podido entrar por allí en casa. Salté al jardín y caminé por el sendero hasta la parada, donde esperé a que pasara el primer autobús de la mañana, con el terror de que Marco se diera cuenta de mi ausencia. Tenía en el bolsillo unas pocas liras que había conseguido sacar de la cartera de mi marido. En el pueblo esperé a que llegara el primer tren y subí a él.

Llegué a mi ciudad hacia las siete de la mañana. Me dirigí al estudio de

Tommaso. Era demasiado pronto. Esperé. Llevaba puesta ropa vieja y una chaqueta que yo misma había zurcido. Si me hubiera mirado en un espejo, me habría compadecido de mí misma. Era como si hubiera envejecido de golpe.

–¡Emma! Oh, Dios mío, pero ¿qué te ha ocurrido?

Mi exnovio estaba inmóvil delante de mí. En cuanto lo vi me eché a llorar.

–Necesito ayuda. Por favor...

–Por supuesto. ¡Entra!

Me dio algo de beber y llamó al bar que estaba debajo de su estudio para pedir un capuchino frío y un cruasán con chocolate. Recordaba mis gustos, y eso me encantó. Hubiera querido hablar con él un rato. Si hubiera sido otro tipo de encuentro, habríamos podido aclarar qué le había pasado a nuestra relación, pero yo tenía cosas más urgentes que afrontar. Debía volver con Martina.

–¿Qué ocurre? –me preguntó visiblemente preocupado, mirando la ropa vieja que llevaba, y es que no habría podido pedir a Marco que me comprara algo nuevo. Habría sido señal de coquetería y de deseo de practicar el sexo con otros.

–No puedo contarte nada. Tienes que fiarte de mí. Estoy en una situación difícil, pero te ruego que no hables de esto con nadie. ¿Me lo prometes?

–¿Qué puedo hacer?

–Necesito somníferos potentes, buenos analgésicos y tu silencio.

Tommaso abrió un armario lleno de fármacos. Hizo una selección y reunió varias cajas.

–Gracias. Te debo un favor inmenso –dije antes de salir.

–Emma, espera... Toma esto.

Tommaso abrió un cajón y me dio todo el dinero que había dentro. Las ganancias del día anterior.

Tendría que haberlo rechazado, pero no podía. Lo cogí y me levanté de la silla. Me detuve en la puerta y dije:

–¿Puedes llamar a mi padre? Dile que estoy bien.

Y sin mirarlo a la cara me fui corriendo.

En el portal de la casa de San Biagio metí el dinero en el sujetador y los fármacos en las bragas, y subí. Solo por mi hija.

Marco no estaba. Martina estaba sentada en la trona. Su sonrisa me llenó de alegría.

–Mamá ha vuelto, tesoro. Todo irá bien.

La examiné cuidadosamente pero todo parecía estar en su sitio, como si en mi ausencia él se hubiera comportado mejor de lo previsto. Como un padre.

Escondí los fármacos en un cuenco en la despensa.

–Te he buscado por todas partes. ¿Dónde diablos has estado? –gritó cogiéndome por el pelo.

Pensé que esta vez me había llegado el final, que había vuelto a casa solo para ver a Tommaso, pero no le había dicho nada, que mis padres siempre se preguntarían por qué.

Lo hizo con el cinturón. Con fuerza.

Cuando la razón apaga la luz no se puede hacer nada para volver a encenderla. Imaginad vivir una pesadilla, y empeoradla.

Me dejó ahí. Sangraba por una gran herida que me había hecho en un brazo y me dolían las piernas.

–Ahora ve a hacer de madre. Prepara la cena.

Fui cojeando a la cocina. Martina empezó a llorar de hambre. Preparé una sopa. Puse un poco aparte para mi hija y diluí tres pastillas del somnífero en el plato de Marco. Acabé de dar de comer a Martina y lo miré mientras tomaba cucharada tras cucharada. Cayó primero sobre la mesa y después lentamente al suelo. Cogí los analgésicos, los disolví en agua y me los tomé. Llevé a Martina a su habitación y volví a sentarme en una silla en la cocina, junto a él. Estiré un pie y le toqué el pelo, empecé a moverle de un lado a otro la cabeza, como si fuera una pelota, como si estuviera jugando. Pensé en las mil formas que existían de matarlo, pero aquel monstruo siempre sería el padre de mi hija. Quizá me arrepentiría para siempre, pero la fuerza que necesitaba no la tenía. Probablemente aún no. Entonces, en el desconsuelo de mi honestidad, me eché a llorar mientras los analgésicos volvían mi cuerpo invulnerable.

Quinto error: pensar que en una guerra la piedad será premiada.

Meses después, mi plan estaba bastante ensayado. Disolvía un poco de somnífero en todo lo que bebía. En el café de la mañana, en la sopa o en el zumo, y después en el whisky que le gustaba tomar antes de acostarse. El efecto era una flojedad persistente que le impedía hacerme demasiado daño y que le obligaba a una indolencia constante.

–Me llevo a Martina a dar una vuelta –me dijo un día.

–Voy con vosotros –le supliqué.

–¿Y dejar de limpiar la casa? Olvídalo..., mira en qué pocilga vivimos – respondió sacando a la niña por la puerta.

Estaba desesperada. Él no salía nunca. ¿Por qué ese día tenía que ser diferente? Ignoraba que estaba bajo el efecto de los somníferos que le suministraba, y eso podía ser muy peligroso para Martina. El miedo a no volver a verla me hacía caminar hacia delante y hacia atrás como un animal enjaulado.

Pensaba en lo que me había prometido.

«Si todo se pone difícil, cogeré el coche con Martina y me tiraré por un viaducto. Tampoco ella se merece una madre como tú...».

No podía ser. Fui a la cocina a buscar una de las viejas facturas que Marco conservaba en perfecto orden, como un maniático, y me dirigí al teléfono. Llamé a la tienda de alimentación del pueblo.

–Buenos días, señora, soy Emma, ¿ha visto por casualidad a mi marido y a mi hija?

–Sí, cariño. Acaban de pasar por delante ahora mismo. Martina está cada vez más grande y más guapa. ¿Quiere que les diga algo?

–No, no señora, por favor, no diga nada...

Saqué los detergentes y me puse a sacar brillo a la casa de arriba abajo para ganarme la salvación, al menos por aquella tarde.

Poco antes de su regreso, volví a coger el teléfono.

Tenía dentro un vacío enorme y solamente había una persona que podía llenarlo.

–¡Mamá!

–¡Oh, Dios mío, Emma!

Después un largo silencio. Sus lágrimas y luego las mías.

–¿Dónde estás? ¿Cómo estás? Dime, ¿qué podemos hacer? Papá ha ido a ver a

los *carabinieri*, pero dicen que no pueden hacer nada si no eres tú la que lo denuncias...

Me vino a la cabeza la muchacha sobre la que había leído en el periódico unos años antes. Quizá también se había encontrado en esa situación. Quizá también ella se había visto obligada a denunciar a su marido por la desesperación de su madre. Quizá, si no le hubiera denunciado, aún estaría viva. Me quedé helada ante aquel pensamiento. Nunca había hablado con nadie de ese artículo. Luego me di cuenta de que quizá había sido la última vez que había hojeado un periódico, y que no sabía nada de lo que ocurría fuera de mi vida.

–Lo sé, mamá, estoy buscando una solución, pero necesito más tiempo... –me limité a responder.

–¿Cómo está Martina?

–Bien, mamá, ella crece y él la trata bien... Confía en mí... Ahora tengo que dejarte, te llamo en cuanto pueda.

Colgué preguntándome cuánto tiempo hacía que no oía a los hermanos y a la madre de mi marido. No recordaba una llamada de cortesía. A veces llamaba al hermano de Marco, pero solo para preguntarle cosas que tenían que ver con la administración y la gestión de algunos fondos. Eran conversaciones estériles en las que raras veces se nombraba a la madre. Me pregunté si ellos serían conscientes de lo que ocurría aquí dentro y si, peor todavía, les hacía felices o les convertía en cómplices.

Las palabras que su madre me había dicho el día que la había conocido se me aparecían entonces más claras que nunca:

–No tengo miedo de ti, tengo miedo por ti.

La casa brillaba y la cena estaba lista. Pero eso no parecía haber puesto de buen humor a Marco. Era como si el hecho de no encontrar nada que no estuviera bien le contrariara más. Tendría que hacer un esfuerzo de fantasía para inventar un motivo para pegarme.

Noté que Martina parecía serena, como si se hubiera divertido. Intentaba, en su italiano vacilante, contarme lo que había hecho con su padre, mientras yo lo veía como en una película.

Había leído en alguna parte que también los torturadores del Tercer Reich sabían ser padres y maridos amorosos.

Mi hija demostraba estar encariñada con su padre, cosa que habría hecho feliz a cualquier madre. Excepto a mí, y por eso me sentía mezquina y desconsiderada.

–He comprado harina en el molino. Desde mañana Martina y yo haremos el pan en casa...

Miré a Marco porque la idea me parecía absurda.

–Tenemos que ahorrar y será divertido...

La palabra «ahorrar» me hizo estremecer. No accedía a mi cuenta corriente desde que nos habíamos trasladado y no veía mis tarjetas de crédito desde que él me las había secuestrado, con la excusa de controlar mis cuentas y mi pésima forma de administrar el dinero.

Después de que Marco me impidiera volver al trabajo, había visto llegar una carta de despido pero, así a ojo, lo que había en mi saldo –considerado nuestro modesto tren de vida– quizá bastaría aún para varios meses.

Unas semanas después el cartero llamó a la puerta para entregarnos un paquete. Habían sido días bastante tranquilos, entre un calmante y otro y la elaboración del pan. Martina parecía contenta, a pesar de que no salía a menudo, y Marco seguía moviéndose un poco a cámara lenta.

Mi marido cogió un cuchillo y abrió la caja.

–¡Oh, Dios mío! Lo que hay que ver –comentó en tono de burla.

Mientras se me helaba la sangre, lo vi sacar vestidos de mujer. Un regalo de mi madre.

–¿Qué se ha creído esa tonta del culo? ¿Qué yo no puedo comprarte cosas? De todas formas, solo podían venir de una mujer así... No toques esos vestidos. ¡Seguramente estarán infectados!

Se levantó y pasó por delante de mí con un par de tijeras en la mano. Contuve el aliento y di un paso atrás.

Cogió las prendas y las fue cortando de una en una en muchos trozos pequeños, casi todos iguales.

Me dirigí a la cocina. Cogí una dosis doble de somnífero y la eché en un vaso de ron añejo.

–Tesoro, ¿brindamos?

–¿Qué? –me preguntó como si le hubiera pillado por sorpresa.

–¡Sí! Tenemos que brindar por nuestro gran amor y por nuestra familia perfecta. Ningún gilipollas podrá llevarme lejos de ti... –dije mientras le veía dejar el mejunje químico sin probar, y por un segundo me preguntaba si algo de él se me habría pegado.

Se levantó y fue a tumbarse en la cama.

Esperé unos minutos. Posé el vaso y lloré sobre los trozos de tela que tanto

sabían a mamá y papá.

Una violencia repentina es siempre un desgarró. Aunque puedas volverlo a coser, siempre será un trabajo mal hecho.

Los días siguientes continuó haciendo pan y dulces y jugando con la niña. La llenaba de halagos y, sobre todo, resaltaba a continuación que afortunadamente no se parecía a mí en nada y por eso estaba destinada a un futuro de satisfacciones y de éxitos.

Yo pensaba en mis viajes por Europa, miraba los harapos que llevaba puestos y trataba de no hacer demasiado ruido.

Un día, mientras ellos estaban fuera, me armé de valor y llamé a mi antigua oficina. Tenía que recuperar mi trabajo. Me daría fuerzas.

–Emma, pero ¿dónde diablos te has metido? Ni siquiera has venido a recoger tus cosas...

Empecé a sollozar. Imaginé que al otro lado mi comportamiento debía de parecer infantil e incomprensible. Estaba disgustada porque nunca habría querido decepcionar a mi jefe.

–No he podido hacer nada por ti. Has sido despedida por absentismo...

–Perdóname. Jamás lo habría hecho. Tengo un problema enorme.

–¿De salud? Debiste mandarnos los certificados médicos...

–No es de salud, pero no puedo explicártelo por teléfono.

–Entonces veámonos, ¿cuándo puedes?

Pensé en los kilómetros que nos separaban y en mis escasas posibilidades de movimiento, y respondí.

–Exactamente no lo sé. Yo te llamaré...

–Emma, ¿estás segura? ¿Puedo hacer algo?

–Necesito trabajar pero no puedo ir a la oficina. ¿Puedes ayudarme?

–Déjame unos días para intentar ver si sale algo...

Mi jefe siempre había estado dotado de una gran sensibilidad. Estaba segura de que, a pesar de no saber nada, había comprendido que vivía una situación difícil.

–Otra cosa.

–Dime...

–Llama a mi padre y dile que me ponga dinero donde solo él sabe... Gracias.

Me sentí aliviada, como me pasaba cada vez que oía una voz amiga. Si podía

volver a trabajar y conseguía ganar un poco de dinero, tendría mayor autonomía. Mientras tanto, esperaba que llegara el valor, el verdadero.

Dos noches después, no podía dormir. Marco estaba fuera de combate por la doble dosis de somníferos que había tomado, la primera de su propia mano y la segunda suministrada por mí. Oí que un coche aparcaba enfrente de casa. Me levanté y me acerqué a la ventana. Miré por entre las rendijas de la persiana. Era el coche de mi padre. Estaba haciendo lo que mi jefe le había pedido.

Cuando era pequeña teníamos la costumbre de dejarnos las llaves, el dinero para la compra u otras comunicaciones en un lugar secreto. Una baldosa rota oculta detrás de una maceta. Bajé corriendo las escaleras con lágrimas en los ojos, sin importarme qué sentiría si me viera en aquel estado, porque solamente tenía ganas de abrazarle. Pero cuando llegué a abrir el portal, solo tuve tiempo de ver las luces rojas de su coche alejándose. Fui al lugar secreto y encontré un millón de liras envueltas en una bolsita de nailon para resistir a la lluvia. Me fui a un rincón y me senté en el suelo. Marco dormía profundamente a causa de los somníferos. Tenía un ratito solo para mí.

Lancé los billetes al aire sobre mi cabeza para verlos revolotear y caer a mis pies. Me dolía un brazo y estaba llena de cardenales, pero durante unos segundos descubrí que aún me apetecía bromear. Ahora solo tenía que encontrar un lugar seguro para mi tesoro. Pensaba que antes o después me serviría para escapar, o tal vez para comprar a escondidas algunas cosas que podían servirme para vivir un poco mejor, como medicinas y comida que escondería en el sótano para los momentos más difíciles.

Las personas que te hacen daño no pisotean tu dignidad, tiran al suelo la suya.

El tiempo pasaba inexorablemente.

Era el día del tercer cumpleaños de Martina cuando Marco se presentó en casa con todo lo necesario para organizar una fiesta. Serpentinatas de colores, globos y confetis.

–¿Quieres que haga una tarta? –pregunté.

–Si fueras capaz... pero seguramente te saldrá asquerosa. Mejor infla los globos.

Obedecí sus órdenes, como de costumbre.

Si alguien nos hubiera visto, habría imaginado que estábamos esperando al menos a veinte niños.

Poco después cogió un rotulador y dibujó los ojos, la nariz y la boca a todos los globos que estaba inflando.

Me hice la tonta. Lo vi atar los globos a las sillas y luego llamó a Martina.

–¡Mira, tesoro! ¡Han llegado tus amigos!

Respiré hondo, como si estuviera a punto de caer al vacío. Vi a mi hija mirar a su alrededor con curiosidad. Él la cogió de la mano y la acercó a la mesa.

–Aquí están, tesoro. Puedes escoger tú sus nombres...

Martina no dijo nada. Me pregunté si ya había aprendido la lección. Aquella vida absurda de reclusión no podía dejarla indemne, a pesar de que, seguramente, para ella todo aquello era la normalidad, la única que había conocido. La vida de Martina se había desarrollado exclusivamente dentro de las paredes de casa. No conocía a nadie que tuviera su edad. Nunca había ido a la guardería y raras veces la habíamos llevado a jugar al pueblo donde podía conocer a otros niños. En mi corazón sabía que eso no podía ser bueno para ella, y que pronto necesitaría enfrentarse al mundo exterior.

Pedí a Dios que por lo menos eso no fuera un problema demasiado grande que resolver.

–Son globos –murmuró Martina con un hilo de voz.

–¡No, son tus amigos!

–Son globos –insistió la niña.

Marco la miró fijamente a los ojos.

Era testaruda como yo y, por miedo a que le pegara, me acerqué.

–¿Ves lo que pasa cuando se tiene una madre tan estúpida? Ahora me voy de

aquí a descansar y cuando vuelva quiero que los globos tengan un nombre. Explícaselo...

No eran los globos y mucho menos los amigos lo que le interesaba. Buscaba un pretexto para castigarme. La casa estaba limpia y en los últimos días no había tenido fuerzas para pegarme. Por eso la amenaza había aumentado.

–¡Si gritas o pides ayuda, lo pagará tu hija!

Repentinamente, en sus palabras, Martina se había convertido solo en hija mía.

Había tenido que añadir este detalle porque, al acercarse el verano, era mucho más probable encontrar a alguien. Entonces conseguía prever los matices de su mente. Cuantas más personas teníamos cerca, más en peligro se sentía, y se volvía peligroso. Sabía que ese era mi punto débil y sabía cómo utilizarlo.

Esa noche me obligó a dormir en el sótano.

Yo había escondido unas galletas y me las comí.

Me dejó volver a casa a la mañana siguiente, hacia mediodía. Martina estaba sentada en el sofá. Había llorado.

–Tesoro mío, ¿qué ha ocurrido?

–Es culpa tuya... –me respondió mi hija.

–Oh, Dios mío, cariño... ¿Por qué? ¿Qué te he hecho?

–Eres mala... Papá ha tenido que tirar todos mis juguetes porque eres mala.

–Lo siento, tesoro... lo siento muchísimo.

Me asomé a la ventana y vi a mi marido terminar su obra. Estaba destruyendo los juguetes de madera que había construido mi padre cuando yo era pequeña, el único entretenimiento al aire libre de nuestra hija.

Teníamos que escapar. La situación era demasiado peligrosa. Hasta ese momento nunca había tocado a Martina, pero yo ya no estaba segura de que, para hacerme más daño, no la tomaría también con ella. No tenía en la cabeza un plan concreto. Habría podido coger a Martina por la noche y llevarla con mis padres, pero tenía miedo. Un miedo que me paralizaba.

Sus palabras seguían estando vivas, como si él estuviera siempre ahí, a un centímetro de mí.

–Si se te ocurre escapar, que sepas que te iré a buscar. Primero mataré a tu padre y a tu madre, y después a tu hija. Tú serás la última, para que puedas disfrutar del espectáculo.

El dinero que me había dado mi padre no era suficiente para llegar tan lejos

que nunca pudiera encontrarme. Pero habíamos vivido con lo que yo tenía reservado, y sabía que entonces ya no había mucho en mi cuenta.

–No tenemos dinero –dije un día.

Lo intenté. Entonces estaba segura de que el dinero casi se había terminado, y eso también era un problema para él.

–Yo no puedo trabajar –me respondió.

–Yo sí.

–Eso ni hablar. Tú solo quieres ir por ahí...

–Puedo trabajar desde casa y enviar los proyectos. No creo que sea necesario que salga muy a menudo. Necesitamos dinero. Ya no tenemos.

No me respondió y eso, por extraño que parezca, no era una mala señal.

Al día siguiente me dijo que podía volver a trabajar desde casa.

Me pareció que había llegado la primavera. Podría encontrar una solución, si recuperaba mis contactos.

–Muy bien, como quieras. Ahora tengo que pedir a mi antiguo jefe que me dé algo que hacer...

Aquella noche se emborrachó y se durmió pronto.

En mi antigua oficina ya no me necesitaban. Me habían sustituido, como era previsible teniendo en cuenta mi desaparición injustificada y, además, después de mi última llamada telefónica, no había vuelto a dar señales de vida, pero mi antiguo jefe encontró una solución.

–¿Puedes ir a París en mi lugar la semana que viene? Te puedo pagar como profesional independiente y luego vemos. Siempre he tenido confianza en ti, en tus capacidades creativas y en tu habilidad para tratar con los clientes. Te mando el expediente del proyecto que estamos discutiendo. He puesto mucho en esto. Te ruego que no me decepciones.

No había tenido valor para decirle la verdad. Me daba vergüenza. Me avergonzaba no poder ir a París, haberme casado con un hombre como Marco, vestir como una pordiosera.

–Gracias –murmuré–, espero poder ir.

Me acerqué a Marco. No demasiado.

–Hay una solución muy bien retribuida.

Él me miró con gesto interrogativo.

–Tendría que ir unos días a París. Hay una feria y podría sustituir a mi antiguo jefe. Podremos ganar bastante para tirar un par de meses...

Hablé solamente de dinero porque había comprendido que era siempre un argumento sensible.

Marco agachó la cabeza y no dijo nada. Volví al dormitorio. Esperé su reacción durante unos minutos. No llegó. Me hice la ilusión de que lo había entendido o de que estaba demasiado cansado.

Saqué del armario viejos vestidos conservados para estas ocasiones, confiando en que mi delgadez me permitiera ponérmelos.

Cuando salí del cuarto de baño después de haberme dado una ducha, fui al dormitorio. Encontré todos los vestidos cortados. Marco estaba sentado entre los trozos y me miraba con desprecio.

–Cuando te he dicho que volvieras al trabajo, no me refería a que hicieras de puta por ahí.

Se levantó y salió de la habitación sin tocarme.

Me senté en la cama y me apreté la boca del estómago con las manos. Hubiera querido arrancármelo y dejarme morir allí, en medio de mi vida cortada en multitud de trocitos.

Martina entró en la habitación.

–Mamá, ¿por qué lloras?

Su voz. Bastó su voz.

–No pasa nada, tesoro. Todo está bien. Ahora sal de aquí y enseguida me reúno contigo...

No podía ceder. Tenía que coger como fuera ese avión al día siguiente. Mientras buscaba algún vestido que se le hubiera escapado, me cogió por los hombros y me lanzó contra el armario.

Cuando volví a abrir los ojos estaba aturdida, no sabía qué me había pasado y dónde me encontraba. Después, una violenta bofetada me fracturó la nariz. Me desmayé.

A la mañana siguiente me ayudó a vestirme y tapó la herida de la nariz.

–Ahora vete. El taxi te espera fuera. Al llegar dirás que has tenido un accidente durante el trayecto al aeropuerto, o si no desapareceré con Martina y no nos volverás a ver nunca más.

Me empujó fuera de casa. Evité despedirme de mi hija porque no quería que me viera así.

No fui a París. No tenía valor para presentarme en ese estado. Volví a casa

inmediatamente después. Pensé que me haría más daño, pero no fue así. Me ignoró durante varios días. Era como si no existiera.

Me concedió recuperar el trabajo desde casa pero con los tiempos que decidía él, sin ninguna consideración a mis necesidades y sin dejar de insultarme.

Sexto error: avergonzarme.

La vergüenza es el peor de los sentimientos cuando estás en público. Mientras permanecí encerrada entre cuatro paredes me parecía más fácil de soportar, pero fuera estaban las miradas, los juicios y las críticas que te agreden cuando estás en la cola de correos o de la panadería. Mil miradas que saben quién eres y que se desvían cuando eres tú la que vas a buscarlas.

Detrás estaba yo, aterrorizada y con una niña pequeña que poner a salvo. Son pocas las palabras que sirven para explicar semejante situación y solamente puede pronunciarlas quien la ha vivido. Lo demás es solo cháchara y soluciones simplistas.

Pero lo peor aún estaba por llegar.

Pocos días después descubrí que estaba otra vez embarazada.

Hacer proyectos, imaginar otros escenarios, ponerse las pilas. Hasta que sea así, será un nuevo sueño que cumplir.

Sabía que el niño jamás sobreviviría a aquella situación, y existía el riesgo de que Marco me hiciera abortar a patadas. Estaba aterrorizada. No sabía si decírselo o guardarlo para mí. No sabía qué hacer, pero no podía obligar a otra vida a vivir en aquel infierno.

En mi cabeza la solución estaba clara.

Su reacción fue imprevisible como de costumbre.

Parecía que habláramos de trabajo o de hacer una compra no demasiado importante.

Me dijo que habría tenido que estar atenta y que era mejor evitar que volviera a ser madre otra vez, teniendo en cuenta lo asquerosa que era.

Y luego, como si fuéramos personajes de una película, le pedí permiso para abortar.

–Sí, puedes. Ve a pie. El coche lo dejas aquí. Lo necesito –me respondió.

¿Para qué, para ir a la iglesia? Vivíamos en la montaña, y el único uso que se hacía del coche era para ir a hacer una compra un poco más consistente, una vez al mes. Lo usábamos tan poco que a menudo ocurría que había que cargar la batería con los cables que mi padre tenía en el sótano.

Salí al amanecer, cogí el dinero que me había dado mi padre y lo utilicé para hacer la peor cosa del mundo. Matar a mi hijo esperando que Dios, por lo menos Él, comprendiera, porque para mí era realmente difícil.

Recuerdo ese día.

La espera del autobús y luego el tren y otro par de autobuses. La sala de espera y todos los documentos que firmé. Los estribos helados contra las piernas y el miedo a que descubrieran algún cardenal que había olvidado. La mascarilla para la anestesia y unas terribles náuseas al despertar. La vergüenza y el repentino odio hacia aquel médico que en el fondo estaba haciendo lo que yo le había pedido. Después el gran peso que desde aquel día llevaría sobre los hombros.

Explicué a una enfermera que no tenía a nadie que me fuera a buscar. Me miró con gesto de comprensión y me dijo que la siguiera. Me dijo que me tumbara en una consulta médica que no se utilizaría hasta la tarde siguiente. Intenté darle dinero pero no lo aceptó.

–No se preocupe. Yo también he pasado por eso...

Y sus palabras fueron más cálidas que un fuerte abrazo.

En cuanto pude volví a nuestra casa de la ciudad, donde también vivía la mayor parte de la familia de mi marido, muy cerca de la clínica.

Llamé a Marco.

–Voy mañana. ¿Cómo está la niña? ¿Me la pasas?

–Hablarás con ella cuando vuelvas –me respondió, y colgó.

Empecé a temblar. Tenía fiebre y creo que perdí el conocimiento. Cuando volví a abrir los ojos estaba sola, tirada en el suelo, con mi suegra como única vecina. Estaba desesperada. Llamé a Tommaso, porque no habría podido contar a mis padres cómo había llegado hasta allí.

Dejé la puerta entreabierta para que mi exnovio pudiera socorrerme. Me dejé tomar el pulso y lo oí llamar a una ambulancia.

La desesperación venció a la vergüenza y le conté hecha un mar de lágrimas lo que había ocurrido. Él se sentó detrás de mí y me cogió en brazos.

–Pienso que todo ha sido culpa mía –me susurró en el pelo.

No encontré palabras para responder. Nunca las encontraré.

En el hospital me ingresaron y Tommaso pidió a un amigo suyo que se quedara conmigo. Me preguntaron si quería avisar a alguien.

–¡Llama a tus padres!

–No puedo...

–¿Cómo que no puedes? ¿De qué tienes miedo? Aunque tu padre sea muy severo, volaría a tu encuentro en menos de un minuto, y creo que no espera otra cosa.

–No, no puedo hacerle también eso.

Él, un hombre, me apretó la mano como si hubiera comprendido.

Llamé a Marco y le pasé con un médico.

–Mi marido es un hombre difícil –murmuré, tratando de ponerlo en guardia.

El doctor asintió como si estuviera acostumbrado y le explicó a Marco que yo estaba muy débil y desnutrida, y que necesitaría que me hicieran unas pruebas.

Cualquier marido del mundo habría corrido a mi lado. Él no se dejó ver. Esa noche tuve una crisis. Fue una especie de colapso emocional. Todo lo que me había ocurrido se me echó encima. Empecé a llorar sin poder parar. Me dieron ansiolíticos y me ingresaron, con mi consentimiento, en la unidad psiquiátrica del hospital. Necesitaba una buena noche de sueño.

A la mañana siguiente Tommaso me llevó el desayuno y se ofreció a acompañarme a casa.

–¿Adónde vamos? –pregunté viendo que la dirección no era la de San Biagio.

–Antes quiero que hables con una persona. Es un amigo.

–¿Quién?

–Un psiquiatra. Es el doctor Scavi.

Lo miré. Lo había oído nombrar muchos años antes y no sabía que se hubieran hecho amigos. No sabía si sentirme feliz o si desesperarme. Si Marco hubiera sabido que me encontraba en un coche con Tommaso y que tenía intención de consultar a un especialista, para Martina y para mí habría sido el fin.

No dije nada. Estaba demasiado cansada y dejé que los acontecimientos me condujeran a donde quisieran.

Unos minutos después nos encontramos en una consulta médica en el centro. Estaba ubicada en un palacio antiguo y elegante. Subimos en ascensor y esperamos unos pocos minutos antes de que un joven de aspecto amable y amistoso me estrechara la mano. Sentí vergüenza. Llevaba puesta una ropa vieja y de mala calidad. No me duchaba desde hacía tres días y ya no estaba acostumbrada a ver gente, y mucho menos a encontrar la mirada de un hombre atractivo.

Tommaso me presentó y me esperó fuera.

–Tome asiento –me dijo señalando la silla que estaba frente a la suya.

No sabía por dónde empezar.

Luego me armé de valor y las palabras brotaron como un diluvio. Me confié a él.

–Mi marido me pega, me obliga a vivir en una casa pequeña en la montaña, y a pesar de que está aislada de todo, baja las persianas en pleno día por miedo a ser espiado, y a menudo me encierra en el sótano durante toda la noche. Él decide cuándo y qué puedo comer. Impide a mi hija ir a la guardería y visitar a sus abuelos y...

–¿Cuál fue el factor desencadenante?

–¿Qué?

–Imagino que no pudo ser siempre así. ¿Desde cuándo su comportamiento cambió?

–Desde la muerte de su padre. Lo supimos mientras estábamos de viaje de novios y no pudimos asistir a su funeral. Es como si desde ese momento algo se hubiera activado dentro de él...

–¿Está en contacto con el resto de su familia? ¿Tiene hermanos? ¿O amigos?

–Tiene seis hermanos pero los mantiene a distancia. Ningún amigo.

–¿Y usted? ¿Consigue hablar con ellos?

–No, no me deja. Si se enterara de que lo hago se pondría como una furia, como de costumbre.

–¿Qué dice de sus parientes?

–No habla mucho de ellos. Siempre sospecha de todos. Dice que no lo quieren, que son unos malvados y que traman algo a sus espaldas.

–¿Y usted qué piensa de ellos?

–Creo que saben más de lo que quieren hacer creer. Desde que nos casamos no se les ha visto el pelo, menos para la gestión de la propiedad. Nunca se han preguntado por qué nos trasladamos a la montaña de un día para otro. Nunca nos han llamado por teléfono, nunca preguntan por la niña. Es como si hubiéramos desaparecido en la nada, y quizá es lo que esperaban...

–¿Usted consigue mantener el contacto con sus padres?

–Me lo prohíbe. Raras veces consigo llamar a casa. Lo hago a escondidas, pero cada vez resulta más difícil porque...

Me interrumpí. Las lágrimas me estaban corriendo por la cara. Hubiera querido hablar de mis padres pero el dolor era demasiado intenso.

–Señora, ¿qué le parecería si yo ahora fuera a su casa para hablar con su marido? Aunque no es terreno de mi competencia, puedo buscar que me apoye algún colega de la zona.

–¡No! –grité echando hacia atrás la silla como si me quisiera alejar–. Si supiera que he llamado a alguien, que incluso lo llevo a casa, podría hacer de todo. ¡Tiene a mi hija! Podría hacerle daño..., no es posible.

Un par de imágenes terroríficas me pasaron por delante de los ojos.

–Tiene necesariamente que irse de allí, y debe encontrar un modo de traer aquí a su marido. Por lo que intuyo, es presa de un delirio psicótico con trasfondo paranoico y puede ser muy peligroso, pero podemos ingresarlo para un tratamiento sanitario obligatorio.

–Pero yo no podré traerlo aquí, él no sale casi nunca de casa...

–Tiene que haber un modo. Debe inventar algo, y no tiene mucho tiempo. Pida ayuda a sus familiares.

–Me parece algo imposible...

–Señora, escúcheme, tiene que razonar y encontrar una solución. Busque a alguien que pueda ayudarla. Sé que no es fácil pero tiene que hacer el esfuerzo. Usted lo conoce mejor que nadie y debe saber cómo sacarlo de casa. Solo así podremos curarlo. Los individuos que padecen ese tipo de trastorno viven en el

terror de que alguien les haga daño. Es como si vieran enemigos por todas partes. Al principio no es así. Confían en alguien, que lentamente se transforma en otro enemigo. Usted está en esa fase, y su vida depende de hasta qué punto aún la considera su aliada.

–¿Aliada? –exclamé estupefacta.

–Sí. Si no fuera así, la situación sería todavía peor. Él realmente está convencido de que los demás quieren hacerles daño, y por eso la mantiene aislada, para protegerla, pero podría no durar mucho tiempo. Tiene que liberarse de esta situación antes de que las cosas cambien y él la vea como su enemiga. Tiene que ser alguien que aún no haya entrado en su esfera, alguien de quien aún no sospeche, que pueda ayudarla a conseguir que él haga algo distinto de lo acostumbrado. Piénselo. Estudie un plan, pero hágalo deprisa.

Lo miré a los ojos y debí de parecerle poco convencida porque se sintió en la obligación de insistir:

–No tiene mucho tiempo...

Una punzada me atravesó el estómago.

Cerré los ojos y seguí llorando. La tensión era demasiada.

Me dio unos somníferos muy potentes. Me aconsejó que los utilizara si era necesario. El único verdadero problema era que él no podía intervenir en la zona de San Biagio. Tenía que llevar a Marco a la ciudad.

Me levanté para irme, pero en la puerta me detuve.

–¿Por qué no me ha aconsejado que vaya a la policía?

El hombre me miró. Habíamos hablado durante todo ese tiempo sin que ninguno de los dos hubiera mencionado lo más obvio. Denunciarlo.

–Yo soy médico, no abogado.

–Si fuera mi hermano, ¿qué me aconsejaría?

–Escuche. Hay que curar a su marido. En este país la violencia doméstica está considerada como un asunto privado y no como un delito que se hace público. No lo mantendrán lejos de usted.

Salí de la consulta. Estaba muy abatida. Tenía un diagnóstico en la mano. No había imaginado nada de todo lo que había ocurrido, mi marido estaba seriamente enfermo, pero eso no parecía hacer que me sintiera mejor. Pensé en Martina y en la urgencia de ponerla a salvo. Luego me detuve. Fue un instante. Aquel artículo del periódico, aquella muchacha muerta me volvieron a la cabeza. Ella había intentado denunciarlo pero eso no la había salvado. Me pregunté si, en cambio, la habría condenado.

Tommaso me abrazó y me acompañó. No me quedaba mucho tiempo. Tenía

que salir de aquella situación.

Le dije que me dejara en la entrada del pueblo, detrás de la oficina de correos.

Caminé hacia la parada del autobús. Me crucé con una mujer que me miró durante un breve instante y luego bajó los ojos al suelo. La vi tirar un cigarrillo y entrar en la oficina de correos como si fuera su casa.

Tommaso me había dado dinero. Compré el billete y esperé que pasara el autobús.

Estaba de nuevo en casa.

Habían pasado dos días. Había descansado y recuperado las fuerzas. Martina se echó a llorar y corrió a mi encuentro.

–Mamá, ¿pero no estás muerta?

Miré a mi marido.

¿Era posible que le hubiera dicho una cosa semejante?

–No, tesoro, mamá ya está bien... solo ha sido una broma de papá.

Parecía que había cambiado su comportamiento. Comprendí que la idea de que me hubiera puesto en contacto con alguien que pudiera intervenir lo había asustado, y por primera vez me pidió disculpas y me prometió que sería más tolerante conmigo. Se volvió amable y tranquilo.

Pero no me podía seguir engañando. Cada gesto suyo llevaba consigo algo extraño. En cuanto se acercaba a mí, y aunque no tuviera ninguna aparente mala intención, yo me ponía tensa y buscaba una excusa para alejarme.

Pensaba a menudo en las palabras del psiquiatra y en el peligro concreto que estaba corriendo. Sabía que su calma tenía los minutos contados.

Un día me dejó sola en casa. Se había acabado la harina con la que se empeñaba en hacer el pan y decidió ir a comprarla. Se llevó a Martina con él. Me pilló desprevenida. ¿Por qué había decidido llevarla? Me pregunté si lo habría hecho para impedir que me escapara con mi hija. Era de día y habría podido salir por la puerta de casa. Me entraron escalofríos. ¿Era yo la que empezaba a pensar como él o era él el que había entrado cómodamente en mi cabeza?

La tregua estaba a punto de terminar, o quizá nunca había empezado. Intenté no pensar en lo que podría sucederle a mi hija mientras estaba fuera y se me ocurrió una idea.

Llamé por teléfono a mi cuñada. Fue muy difícil. No hablaba con ella desde hacía muchísimo tiempo y me sentía muy violenta.

–¡Emma, cuánto tiempo! ¿Cómo estáis? –empezó como si nada.

–Nada bien.

Silencio.

–Maria Elena, ¿sigues ahí?

–Sí, claro. Dime, ¿qué es lo que pasa?

–Se trata de tu hermano. No está bien.

–¿Está enfermo?

–Digamos que necesita seriamente que le curen...

–¿Has llamado al médico?

–No finjas que no entiendes. Es algo muy serio, creo que debe ingresar en el hospital y someterse a una cura psiquiátrica.

–Emma, pero ¿qué quieres decir?

–Creo que está aquejado de un trastorno paranoide –declaré, segura del diagnóstico que guardaba en mi corazón.

–¡Oh, tesoro! ¿No te parece que estás exagerando? Estará un poco estresado...

–Se está volviendo violento.

–¿Violento? Marco nunca ha hecho daño ni a una mosca...

Su actitud de hacerse la tonta me molestó.

–Me pega con mucha frecuencia, no me permite salir y nos tiene secuestradas desde hace años en esta casa. Tenemos que hacer algo antes de que sea demasiado tarde para Martina y para mí.

Escuchaba su respiración confiando en que Marco no estuviera ya en el camino de vuelta.

–¿Has entendido de qué estoy hablando? –le pregunté con insistencia.

–Por supuesto que lo he entendido. Lo hablaré con mis hermanos, te lo prometo. Tú resiste, te llamaré pronto. Mientras tanto estate tranquila y no hables con nadie. Me pondré en contacto contigo.

Me quedé allí delante del teléfono. Había sido más fácil de lo previsto y gracias a aquella brizna de confianza veía el fin del túnel, lejano pero alcanzable.

No volví a recibir noticias ni de Maria Elena ni de ningún otro.

La serenidad duró poco. Unos días nada más.

Una mañana sonó el teléfono. Pensé que oiría la voz de uno de mis cuñados, pero ante mi gran estupor era el médico que me había atendido en el hospital.

–Señora, ¿cómo está?

Me quedé estupefacta.

–Me gustaría que le dijera a su marido que hay algo que no está bien en sus

análisis y que debe venir aquí. No es verdad, señora, los análisis están perfectos, pero vi los cardenales que tiene usted y quizá podría hablar con su marido y ayudarla...

Marco se acercó.

–¿Con quién hablas? –gritó como si se sintiera traicionado.

–Gracias, doctor, iré pronto a recoger los análisis. Ha sido muy amable al llamar –me apresuré a decir, rechazando la débil ancla de salvación.

Se acercó a mí. Me acurruqué en un rincón. No me tocó, pero su mirada no la olvidaré nunca.

Una tarde llamaron a la puerta. Eran mis padres. Habían pasado meses desde la noche en que los había invitado a cenar y no los había visto.

No los habíamos oído aparcar el coche en el empedrado y no habíamos cerrado las persianas y apagado las luces, cosa que, quizá, ellos habían interpretado como una tregua.

–Emma, somos nosotros. ¿Cómo estáis? Solo queremos veros.

La casa se congeló. Imaginé que Tommaso debía de haberse puesto en contacto con ellos y les había contado mi ingreso. Oír sus voces me alegró. Habría querido correr hacia ellos, pero solo conseguí dar unos pocos pasos. Mi marido cogió el bate de béisbol que había comprado con mi dinero y me dijo:

–Si abres, lo utilizo para romperles la cabeza.

Sabía que sería capaz.

Me acerqué a la puerta y, carraspeando y forzando la voz, dije:

–Marchaos. ¡No os queremos ver!

–¿Estás bien, amor? –La voz de mi madre atravesó la puerta.

Me tragué las lágrimas. Apoyé la mano en la puerta imaginando que ella estaría haciendo lo mismo.

–Sí..., marchaos..., os lo ruego.

Y después la expresión satisfecha en la cara de él.

Séptimo error: creer que una sola puede cambiar la situación.

Una mañana abrí los ojos y todo me pareció más claro. Debía volver a ponerme en contacto, de algún modo, con sus hermanos y mis padres. Todos juntos encontraríamos una solución. Necesitaba tiempo para poder explicar la situación y hacerla comprender. Tenía las ideas clarísimas pero no sabía cómo actuar, porque ni siquiera tenía fuerzas para levantarme. La noche anterior había vuelto a pegarme y mis fuerzas para enfrentarme estaban muy debilitadas. Me había golpeado en la espalda. Sin piedad.

Había algo en él que, a pesar de todo, era diferente, algo incomprendible. Su intolerancia para todo había llegado a ser incompatible con la vida. Pretendía que comiéramos solamente cosas cocinadas en casa, que la niña no aceptara juguetes de nadie y que yo limpiara lo mismo durante horas. Necesité casi dos semanas para dejar de sentir el dolor de la espalda y volver a caminar erguida.

Aquella noche me había agarrado por el cuello y lo había apretado con tanta fuerza que me había dejado tirada en el suelo más muerta que viva.

Necesitaba ayuda o estaba perdida.

Tenía que salir de aquella situación. Las palabras del psiquiatra me daban vueltas en la cabeza, y sentía una rabia espantosa por el comportamiento de mis cuñados. Aún no sabía qué podría hacer, pero entonces estaba segura de que en cualquier solución que pudiera encontrar tenía que implicar también a su familia.

Si hubiera llamado al servicio local de salud mental, el problema habría sido solo mío. Toda la gestión habría quedado en mis manos y su familia habría continuado fingiendo que no pasaba nada. Jamás vendrían a la montaña a hacerse cargo de él. Mientras estuviera lejos, ninguno de ellos se preocuparía. Ninguno hablaría del asunto.

Por eso debía llevarlo a su casa. Era el único modo de liberarme de aquella situación. Seguía depositando alguna esperanza en mi cuñado Vittorio, por su carácter razonable, y me arrepentí de no haberlo llamado a él antes que a su hermana Maria Elena, que evidentemente no pretendía mantener la promesa que me había hecho y que no había cumplido. En este punto solo podía fiarme de mí misma.

Debía razonar. Sabía que si me escapaba sola, Marco no saldría de casa para ir a buscarme. Nunca lo había hecho. Intentar la fuga con Martina era demasiado peligroso; si no lo conseguía, le haría daño para castigarme.

Necesitaba un cómplice que le atrajera a la trampa. Alguien de quien se fiara. Una noche, que estaba encerrada en el sótano, tuve una inspiración.

Huiría en el corazón de la noche. Tenía que llegar al pueblo con el primer autobús. Ya lo había hecho y sabía que podía volver a conseguirlo. Allí, llamaría a mi cuñado Vittorio, un hombre débil pero honrado. Probablemente Maria Elena le había hablado de mi llamada telefónica sin darle demasiada importancia. Pero yo ya no podía esperar. No les permitiría seguir fingiendo que no pasaba nada.

La verdad era que yo solo quería que Marco recibiera la atención psiquiátrica que necesitaba y tener un poco de paz. Sabía que si iba a la policía podría acusar a sus familiares de omisión de auxilio o algo parecido. Utilizaría ese argumento para amenazarlos y obligarlos a intervenir. Harían cualquier cosa con tal de evitar el deshonor público. Había encontrado su punto débil.

Vittorio obedecería, sobre todo si conseguía asustarlo en el punto justo.

Marco tenía que pensar que su familia me mantenía como rehén, que me había capturado para devolverme a él. Solo así iría a recogerme, para demostrar su autoridad delante de todos.

Solamente tenía una grandísima duda: habría tenido que llevar también a mi hija, pero entonces la empresa habría sido mucho más complicada. Tendría que hacerla caminar de noche y con el frío. El invierno en la montaña era demasiado duro. Para esa noche las previsiones anunciaban nieve.

El tiempo pasa. Los pensamientos se ordenan. El objetivo se acerca. Después organizamos el plan.

DESPUÉS
DE 1997

Hasta 1981 no encontraría espacio en nuestro ordenamiento la figura del «matrimonio reparador», que preveía la extinción del delito de abuso sexual en el caso de que el violador de una menor condescendiera a casarse con ella salvando el honor de la familia.

Marco había sido ingresado en la unidad psiquiátrica de nuestra ciudad. Después de recuperar la conciencia había empezado a insultar a todo el mundo y a romper cosas. Estaban presentes un médico y los policías municipales a los que había avisado su hermano después de que Martina y yo nos hubiéramos ido.

Sus familiares no me ofrecieron ninguna ayuda económica ni mucho menos un poco de hospitalidad, señal de que nuestra guerra aún estaba en sus comienzos.

Llamé a mi madre. En su rostro había unas arrugas que nunca antes había notado.

Mi hija casi no había visto nunca a sus abuelos y los había oído llamar «los monstruos».

Nos instalamos en mi antigua habitación. Mi hija permanecía de pie en la puerta del cuarto. En cuanto mi padre se acercaba, ella corría a esconderse detrás de mis piernas.

–Necesita tiempo –dije intentando justificar una situación obvia.

–Lo tendrá.

La senté en la cama a mi lado.

–Tesoro, tenemos que hablar.

–¿Ahora?

–Sí, es importante...

–¿Cuándo volvemos a casa?

–No volveremos nunca más. Por ahora este será el lugar donde viviremos, pero pronto encontraremos una casa nueva, solo nuestra.

–¿Y papá?

–Papá no está bien.

–¿Está enfermo?

–Sí, preciosa, está muy enfermo pero ahora lo están curando, pronto estará mejor y vendrá a verte.

Martina me miró a los ojos para buscar la confirmación de lo que le decía y me puso la cabeza sobre las piernas.

–Tengo hambre –dijo mientras le acariciaba la frente.

–Vamos a preparar algo bueno.

–Yo me quedo aquí...

Hacía falta un poco de tiempo para que decidiera explorar la casa y confiar en sus abuelos.

Fueron días extraños pero tranquilos. Celebramos la Navidad de un modo tibio y reservado. Nadie sabía aún que había vuelto a casa. Se necesitaba tiempo.

Vivir con personas que se esforzaban por hacer que nos sintiéramos bien me inducía a pensar que todo se resolvería de la mejor manera. Nunca hablábamos de lo que habíamos vivido. Aún era pronto. Marco estaba ingresado en el hospital y no nos podía hacer daño, y Martina empezaba a comer cosas que normalmente le habían estado prohibidas, como el chocolate. Yo intentaba volver a ponerme en forma, respirar la libertad y sobre todo no quedarme sola. Necesitaba compañía, palabras dulces y alguna sonrisa.

Después ocurrió algo increíble.

Dos días más tarde fui al hospital. Marco estaba bajo el efecto de fármacos antipsicóticos. Me dejó sin palabras.

–¡Emma! –gritó en cuanto me vio, pero no tenía su acostumbrado tono agresivo y arrogante. Por un instante reconocí al hombre con el que me había casado–. ¿Qué te he hecho, Emma? No puedo vivir así. Soy un monstruo. Amor mío, perdóname, porque ese no era yo y si pudiera ahora mismo me quitaría la vida, porque ni siquiera me atrevo a mirarte a la cara...

Abrí la boca pero no fui capaz de decir mucho. Marco tenía la cara trasfigurada, como si tuviera delante un fantasma, como si tuviera miedo.

Me armé de valor y me acerqué a la cama donde estaba atado. Era increíble verlo así. Tumbado sin posibilidad de moverse, privado de todo efecto personal y constantemente vigilado.

Me senté en una silla y me quedé mirando las lágrimas que le salían de los ojos. Pensé en todas las veces que había llorado yo, en las que me había encerrado en el sótano o en el garaje. Nuestras miradas se cruzaron.

–¿Cómo hemos llegado a esto? –pregunté.

–Lo siento...

–Tú eras un muchacho estupendo, me conquistaste. Sabías cómo tratarme y además me hacías reír. Me habría bastado, ¿sabes? Para amarte, quiero decir. Habría necesitado pocas cosas...

–Lo siento, Emma.

–Tampoco tenías que trabajar. No me molestaba nada que fueras licenciado o no, incluso habrías podido no hacer nada de la mañana a la noche. No me habría importado. Me habría roto la espalda para llevar a casa lo necesario para tener

una vida digna, y habríamos renunciado a aquello que no nos hubiéramos podido permitir.

–Cómo he podido...

–En cambio la espalda me la has roto tú, además de los brazos, las piernas y el corazón, y yo estoy aquí diciéndote que me habría contentado con poco... Quizá sea precisamente este mi problema. Quizá habría debido de encontrar fuerzas para matarte...

–Emma, estoy desesperado.

–¡Lo creo! Si ahora los fármacos te han hecho volver en ti, no puedo imaginar el infierno que estás viviendo..., bueno, en realidad sí, lo imagino.

Me levanté y me fui. Di unos cuantos pasos rápidos a través del pasillo y me detuve. Me apoyé en la pared para no caerme. Era todo condenadamente absurdo, injusto y sin motivo. Yo, la vida que había llevado, los golpes, los gritos, la humillación. ¿Qué sentido podían tener? ¿Cómo podían convertirse en los elementos de una historia que contar? Había una desconexión total entre lo que acababa de ver y lo que tenía en la cabeza.

Una enfermera se me acercó.

–Señora, ¿se encuentra bien?

Me volví. Sonreí.

–Ahora sí. ¡Solo espero que por lo menos dure un poco!

A la mañana siguiente me llamaron del hospital. Marco había intentado prenderse fuego con un mechero que se había dejado alguien durante una visita. Se había hecho quemaduras en la mano y en el brazo izquierdo. Continuaba gritando mi nombre y pidiéndome perdón.

Me quedé con el auricular en la mano.

–Debemos ir a ver a un abogado –dijo mi padre esperando que yo no cambiara de idea.

–Se ha prendido fuego.

–¿De verdad? ¿Y...?

–Solo se ha herido.

–Qué lástima –respondió dirigiéndose a la cocina.

Poco después me llamó mi suegra. No había dado señales de vida en ninguno de esos días, hasta el punto de que no creía siquiera que se lo hubieran dicho.

–Emma, no puedes dejarlo así. Él te quiere... ¿no te basta con lo que ha hecho esta noche? ¿No tienes ni una pizca de compasión?

Me quedé sin palabras. La oleada de violencia a la que estaba acostumbrada

parecía dispuesta a volver a invadirme, y durante un instante todas las heridas de aquellos años empezaron a latir al mismo tiempo. Tiré el teléfono al suelo.

Empecé a temblar mientras los brazos de mi padre me agarraban para que no me cayera, como si hubiera comprendido, como si realmente me quisiera.

Los recuerdos, sobre todo los dolorosos, no nos dicen en qué nos hemos convertido sino de dónde hemos partido.

La tregua duró poco. A Marco le dieron el alta cuatro semanas después con un diagnóstico lapidario –trastorno paranoide– y el compromiso de curarse. Yo había ido a ver a una abogada con la que mi padre me había puesto en contacto. Se iniciaría un periodo del que no se podían prever las incógnitas. Yo quería que a Martina me la confiaran exclusivamente a mí, y el divorcio. Lo que quería Marco era imprevisible, como siempre.

Un día me llamó por teléfono y me pidió poder pasar la tarde con Martina. No se veían desde que lo habían hospitalizado y su voz al teléfono era amable y tranquila. Pensé que los fármacos le habían hecho efecto y accedí.

Vino a buscarla puntualísimo y al regresar solamente se retrasó diez minutos. Todo parecía haber salido bien. Martina estaba tranquila. Me contó que había ido a tomar un chocolate y después había dado una vuelta con su papá. Hacía muchísimo tiempo que no la oía pronunciar esa palabra. Me sentí feliz. Pensé que quizá las cosas podían arreglarse mejor de lo previsto, y que gracias a las medicinas aún podría esperar lo mejor para Martina.

Mis padres me habían ayudado a encontrar una casa y una psicóloga que tratara a mi hija. Yo estaba prácticamente sin blanca.

Poco tiempo después, sin embargo, de pronto volvió a aparecer algo que yo conocía perfectamente.

Marco fue a recoger a Martina. La llevaría a tomar un helado a unos cientos de metros de donde vivíamos y luego volvería a acompañarla a casa. Cuando entró en casa miró a su alrededor sin cambiar de expresión. Luego acarició a la niña y escuchó mis instrucciones. Parecía tranquilo. Yo me acerqué a la ventana para verlos mientras se alejaban por la dirección adecuada.

Después, sin embargo, esperé sentada delante de la puerta todo el tiempo. Se me llenó la cabeza de cosas horribles. ¿Me había equivocado? ¿Y si no había tomado las medicinas? ¿Si le había hecho daño? Me entraron ganas de vomitar y empezaba a estar demasiado agitada para permanecer sentada. Me puse a caminar hacia delante y hacia atrás. Luego sonó el telefonillo. Martina apareció sola delante de la puerta.

–¡Eres mala! Te odio –gritó.

–Martina, pero ¿qué dices?

En un segundo el mundo se me cayó encima. ¿Es posible que hubiera sido tan tonta como para creer que todo se había resuelto?

Mi niña me miraba con los brazos cruzados.

–Has hecho daño a papá y ya no lo quieres...

Intenté no perder el control, no llorar y recordar los consejos que me había dado la doctora que se ocupaba de su sufrimiento.

No conseguí tranquilizarla hasta muchas horas después, seguramente más por el cansancio añadido que por otra cosa.

Una tarde se presentó en la puerta un hombre de uniforme.

–Señora, su marido dice que hoy debería ver a su hija pero que usted no la deja salir...

–Pero el día de visita es mañana, no hoy. Espere que voy a buscar la orden del juez.

Me volví y me dirigí al dormitorio.

–¿Dónde la has escondido?

Se me heló la sangre en las venas. Corrí al recibidor pero Marco ya había entrado en casa mientras el *carabiniere* esperaba saber de qué parte estar.

–¡Deténgalo! –grité.

–Martina, ven con papá –gritaba mi exmarido abriendo de par en par todas las puertas y tirando al suelo todo lo que encontraba. Era exactamente él, el hombre que había conocido durante todos esos años.

El oficial se abalanzó sobre él y lo esposó arrastrándolo fuera de casa. Parecía que mi piso había sido atravesado por un tornado.

Corrí al cuarto de baño, después a los dormitorios, para acabar deteniéndome en la cocina.

Martina estaba sentada debajo de la mesa con la cabeza entre las piernas. Los contornos de las cosas empezaron a borrarse. Mis ojos a llenarse de lágrimas y de rabia. Debía aprender a descifrar todas las señales de mi hija, decía su doctora. Pero aquella no necesitaba explicación. Era miedo.

Volvieron a llamar a la puerta. Miré por la mirilla. Era otra vez el hombre de uniforme.

–Lo siento mucho, señora.

Abrí.

–Usted no puede permitir estas cosas... Venga conmigo –le ordené dirigiéndome a la cocina y, señalando a mi hija encogida debajo de la mesa, añadí–: Si quiere que le perdone, ayúdeme a sacarla de ahí.

Entonces se quitó la chaqueta del uniforme y se sentó al lado de Martina. Lo oí hablar en voz baja como si quisiera contarle un cuento. Unos minutos después alargó una mano hacia ella. Martina puso la suya encima y se dejó llevar fuera de su escondite.

Cuando oí el sonido de su voz me tuve que sentar. Lo conseguiría.

Los errores son como los objetos que llevas al sótano. Cosas que ya no te sirven, de las que puedes prescindir, que estorban pero de las que no logras desprenderte.

–Mi clienta está aquí para pronunciarse sobre la custodia exclusiva de su hija Martina, de cinco años, porque a su marido le ha sido diagnosticada una grave forma de síndrome paranoico, y el pasado 11 de marzo irrumpió en casa de mi clienta tratando de llevarse a la niña. Intervinieron las fuerzas del orden. Teniendo en cuenta el estado de ánimo irritable del marido solicitamos que los encuentros con la niña se lleven a cabo en lugares protegidos y en presencia de personal especializado. A tal propósito hemos adjuntado al expediente el examen médico de la doctora Sassi, psicóloga que está atendiendo a la hija de mi clienta, en el que queda demostrado cómo los continuos cambios de humor, la conducta y las escenas violentas a las que la pequeña ha asistido durante un tiempo prolongado le han producido trastornos de ansiedad y emocionales. También solicitamos el mantenimiento económico de la hija en función de los ingresos del padre.

–Nuestra postura es muy sencilla. Rebatimos todas las demandas hechas por la parte contraria. Las acusaciones de violencia doméstica no son demostrables. La señora nunca ha presentado una denuncia y ninguno de los familiares ha tenido nunca noticia de las presuntas palizas. Mi cliente no trabaja porque durante el matrimonio, como consecuencia de los acuerdos tomados conjuntamente por los cónyuges, quedó establecido que fuera la mujer la que se ocupara de los asuntos económicos mientras a mi cliente le correspondían las funciones domésticas y el cuidado de la hija. Por lo tanto, también mi cliente solicita la custodia conjunta y una pensión alimenticia por parte de su exmujer por la suma de un millón de liras al mes.

Nunca había oído tantas mentiras juntas.

El juez, afortunadamente una mujer, levantó los ojos hacia Marco.

–¿Así que usted no trabaja?

–No, señora juez.

–¿Puede decirme por qué?

–No era necesario. Teniendo en cuenta que a mi mujer no le gustaba estar en casa con nuestra hija y ocuparse de las labores domésticas, lo hacía yo. Así nos habíamos repartido las tareas. Y ahora para mí es muy difícil, por motivos de edad y de salud, encontrar un trabajo adecuado.

–Ya me habían dicho que este era un oficio en el que nunca se deja de aprender –comentó la juez mirándome a los ojos durante un solo segundo–. Me retiro a deliberar.

Controlarnos a nosotros mismos hace que nos sintamos fuertes y libres para expresarnos. Querer controlar a los demás es la consecuencia, en cambio, del miedo y de la inseguridad. Difícilmente estas dos tendencias se llevan bien.

Transcurrieron varios días antes de tener el veredicto de la juez.

Martina empezó a asistir a la escuela infantil. La psicóloga me había aconsejado que la mandara unas pocas horas al día. Debía acostumbrarse a nuevas reglas, a los compañeros de clase, a ser una niña como las demás. Había jugado solamente conmigo y nunca demasiado. Ahora tenía a su disposición juegos, música, tiempo y otros interlocutores, pero parecía desorientada. Las maestras estaban al corriente de lo que habíamos pasado y habían recibido el consejo de no forzarla. Ella, por otra parte, había pasado la primera mañana sentada en un rincón sin decir una palabra.

–No ha comido nada y no ha querido que la coja en brazos. Ha estado todo el tiempo ahí, inmóvil, mirando a su alrededor –me dijo la profesora el primer día.

–No se preocupe. Solo está obediendo órdenes –respondí.

No me sorprendía. En absoluto.

El colegio estaba a dos pasos de nuestra nueva casa y la organización para llevarla a las nueve de la mañana e ir a buscarla a mediodía era digna de una de las más refinadas agencias de espionaje durante la Guerra Fría.

La maestra debía cumplir la orden de sacar a Martina por la puerta de atrás, donde yo la esperaba. Para mayor seguridad, mi padre y mi madre daban vueltas en coche alrededor del colegio, dispuestos a intervenir si él se presentaba.

Todo funcionó como un reloj hasta el 2 de abril.

Sonó la campana, pero de Martina ni la sombra. Entré corriendo por la puerta de atrás donde la estaba esperando y subí a su clase, al tercer piso. Luego los gritos de una mujer me hicieron asomarme a la ventana.

–¡Suéltala! –gritaba una mujer sujetando a Martina por un brazo.

Mi hija era el objeto de la disputa, y si hubiera podido me habría tirado por la ventana solamente para llegar antes.

Marco estaba tirando de ella con fuerza. A pocos metros había un coche que nunca había visto, con el motor encendido y la puerta abierta. La señora, un poco

mayor que yo, que intentaba retenerla era la madre de otro niño, a la que había contado buena parte de mi historia en un momento de confidencias y que estaba tratando de evitar que ocurriera un desastre.

Quien habría podido ayudarme y yo estábamos demasiado lejos.

Eché a correr escaleras abajo. Tropecé en los últimos escalones y me di un golpe en la rodilla. Me volví a levantar a toda velocidad, pero cuando llegué a la acera, con el corazón en la garganta, la señora estaba en el suelo y de Martina no había ni rastro.

–Lo siento. He intentado detenerlo pero nadie me ha ayudado, porque en este barrio es siempre mejor ocuparse de los propios asuntos que ensuciarse las manos para hacer el bien... ¿No es verdad? ¡Sois todos un rebaño de hipócritas! –gritó.

Sus palabras, sin embargo, chocaban contra mi desesperación. Vi aparecer el coche de mi padre, que aquel día llegaba con un ligero retraso.

–¡Papá, se la ha llevado!

Su rostro cambió. No sé cómo. Nunca había visto aquella expresión. En ninguna cara.

Corrimos a casa y desde allí llamé a la policía.

–¡Tienen que detenerlo! Ese hombre está loco...

–Señora, ¿cuánto hace que ha desaparecido su hija?

–Unos minutos.

–Es demasiado pronto para hablar de secuestro. Si no vuelve, nos llama mañana.

–¿Mañana? ¿Pero no pueden hacer nada?

–No, señora. Ya verá como su marido aparece dentro de poco para tranquilizarla.

¿Tranquilizarme? Él no conocía el significado de esa palabra.

Me senté en un rincón cerca del teléfono. A las dos había llamado a mi exsuegra, a todas mis cuñadas. Había empezado por las mujeres porque esperaba que comprenderían mi angustia. Todas eran madres. Había olvidado que, si hubiera dependido de ellas, Martina y yo estaríamos todavía encerradas en aquella casa. Ninguna sabía nada, todas repetían la misma cantinela. Que yo estaba demasiado nerviosa, demasiado asustada, y que Marco nunca haría daño a la niña.

El miedo a perderla era peor que todos los miedos que había conocido hasta ese momento. Y no eran pocos.

Oí el ruido del ascensor y fui corriendo al descansillo. Mi madre estaba ahí delante de mí, pálida.

–Emma...

–Mamá, se ha llevado a Martina... yo no sé... yo no puedo...

–Vamos a buscarla.

No sabíamos adónde ir, pero no podíamos quedarnos allí. Mi padre se puso al volante.

–Piensa en todos los lugares a los que puede haberla llevado.

–A la montaña o a la casa de aquí, en la ciudad...

Fuimos primero a ver a mi suegra, mi exvecina de casa.

Llamé al timbre con insistencia.

–Emma, pero ¿qué haces aquí?

–Deme las llaves de la casa de Marco –ordené.

No podía llamarla nuestra casa. Aquella especie de museo nunca me había pertenecido.

–¡No pensarás que la ha traído aquí!

–¿Y entonces dónde? ¿Usted lo sabe? ¡Tiene que decírmelo! –grité agarrando a aquella mujer, que era tan alta como yo, por el jersey.

–¡Suéltame ahora mismo! Eres una pobre loca que solo quiere alejar a una niña inocente de su padre... y él se ve obligado a comportarse así. ¡Es solo culpa tuya!

–¡ABRA AHORA ESA PUERTA O JURO QUE LE PONGO LAS MANOS ENCIMA! ¡QUIERO A MI HIJA!

Mi suegra fue a buscar las llaves, pero desgraciadamente en casa no había nada, ni la menor huella de su paso.

Miré por todas partes, abrí la nevera y toqué todos los grifos. Estaban inutilizados desde hacía tiempo y la luz estaba desconectada. Sabía que, después del hospital, Marco había vuelto a vivir con su madre para que lo cuidara. Antes de irme fui al salón y abrí el cajón del aparador. Las llaves de la casa de San Biagio estaban ahí. El mismo llavero, los mismos recuerdos. Me armé de valor y lo cogí.

Nos dirigimos a la montaña. Una hora y media de coche. Íbamos en silencio. Mi madre lloraba intentando no hacer demasiado ruido y yo trataba de acordarme de respirar.

Bajé del coche mientras mi padre aún estaba aparcando. Me había jurado a mí misma que jamás volvería a aquel infierno por ninguna razón. Llegué corriendo al portal y luego subí los escalones de dos en dos. La cerradura hizo solo un

medio giro. Marco debía de haber echado la puerta abajo la mañana en la que había ido a recogerme a casa de su hermano, y eso significaba que tampoco los encontraríamos allí. Entré solo por si acaso. Todo estaba como lo había dejado.

Miré la taza que seguía sucia de la leche que Martina había tomado el último día. Estaba llena de moscas y apestaba.

Volví a cerrar la puerta a mi espalda y bajé.

Subimos al coche y ahora éramos los tres los que llorábamos en silencio, porque aquella carretera llena de curvas parecía no acabar nunca y contaba algo que yo no quería escuchar.

No podía confesar a mis padres todas las amenazas que Marco me había hecho.

«Si te portas mal, cojo a Martina y nos tiramos por un puente».

En casa, más tarde, esperé hasta el infinito que sonara el teléfono. Pero nada.

Nos quedamos esperando toda la noche.

Al amanecer, en la comisaría, denuncié la desaparición de mi hija.

–Pero ¿está con su padre?

–Sí, pero él tiene un trastorno paranoide y nos ha tenido secuestradas ¡durante cinco años!

–Señora, ¿tiene usted la custodia exclusiva?

–Aún no. Pero el juez deliberará dentro de poco...

–Entonces su hija está con su padre.

–¡La ha secuestrado de la guardería por la fuerza!

–Tiene derecho a ir a recoger a su hija al colegio.

–Usted no me cree. Si fuera todo como usted dice, yo estaría durmiendo tranquila en mi cama. ¿Le parezco tranquila? Dígame la verdad. ¿Qué parezco?

–Señora, casi todos los días asistimos a casos de personas que pierden el control por la preocupación...

–Yo no he perdido el control. ¡Yo solo quiero a mi hija!

–De acuerdo. Ahora intentaremos ponernos en contacto con los familiares.

Miré a ese hombre mientras salía de la habitación, preguntándome si todo aquello tendría alguna vez fin.

El sol había salido hacía poco y echaba de menos a Martina más que nunca.

Me levanté y me fui de la habitación.

–¿Adónde vas, Emma? –me preguntó mi padre.

–Tenemos que encontrar a la juez y pedirle que dicte sentencia.

–¡Llama a tu abogada!

–La juez no escuchará a un letrado. Escuchará a una madre.

Y salí corriendo de allí.

Volvimos a casa. Cogí el listín de teléfonos y busqué el número de aquella mujer.

–Vendrá a nombre del marido...

–Sí, pero alguien debe conocerla...

Llamé a un par de madres y a las maestras de la guardería. Habíamos buscado en el listín todos los números que podían estar relacionados con ella. No eran muchos.

Cada uno de nosotros tenía por lo menos un par de números que comprobar. Sabía que tenía pocas esperanzas, pero hacer algo era mejor que estar esperando.

El primero que hubiera conseguido alguna noticia útil debía llamar por teléfono al bar que estaba debajo de mi casa. Mary, la camarera más simpática del mundo, recogería las noticias y me las contaría. Yo la llamaría cada hora.

La llamé hacia mediodía.

–Soy Emma.

–¡Tesoro, por fin! Una amiga de tu madre acaba de llamar diciendo que sabe cuál es la casa de la juez. Vive en el mismo edificio que ella. ¡Espera, que te doy la dirección!

No podía creerlo. La había encontrado.

Ahora me tocaba actuar a mí.

Llamé a un taxi y le dije que me llevara allí.

Permanecí fuera del portal durante unos cuantos segundos, y luego, como si la hubiera llamado urgentemente, me encontré con ella delante de mí. La mujer me evitó como si no me hubiera reconocido. Como si yo solamente fuera una de tantas.

–¡Juez!

–¿Sí?

–Quizá no se acuerda de mí, pero usted está siguiendo mi caso...

–No hablo de ningún caso fuera del tribunal.

–Lo sé, pero esto es una emergencia.

–No me interesa. No puedo infringir la ley. No me obligue a llamar a la policía.

–¿Es usted madre?

La mujer se detuvo.

–Mi exmarido ha secuestrado a mi hija en la guardería y no tengo noticias tuyas desde ayer por la mañana. Él está mentalmente perturbado, pero la policía no puede buscar a la niña si usted no dicta una sentencia de custodia exclusiva. Se lo pido solo para poderla buscar... Por favor.

Ni siquiera se había vuelto para mirarme. Continué observando su espalda y su pelo recogido.

–Vuelva a casa inmediatamente. Esta conversación nunca ha tenido lugar.

Negué con la cabeza y la vi alejarse.

Me desplomé en el peldaño de su portal y por un instante sentí el deseo de romperlo todo. Después me invadió el miedo, el de verdad, el que no tiene escapatoria.

A las dos de la tarde recibí la llamada de mi abogada.

–La juez ha tardado menos de lo previsto. ¡Tienes la custodia exclusiva! ¡Tenemos que celebrarlo!

–¡Ahora no! Ha secuestrado a Martina. Debo tener el documento inmediatamente. Llévame a la comisaria en cuanto puedas, mejor dicho, ¡ahora!

La adrenalina había vuelto a circular y mis piernas se movían solas, a pesar de

que no descansaban desde hacía más de veinticuatro horas.

Las fuerzas del orden peinaron la ciudad, telefonearon a todos los parientes y conocidos, pero de mi hija no había el menor rastro.

Después, como si hubiera tenido una iluminación del Señor, grité:

–¡La vieja casa, deben de estar allí!

Durante nuestro noviazgo Marco me había hablado a menudo de la vieja casa en la que había crecido con sus abuelos. Era un lugar que él quería mucho pero, como su otra casa, era oscura y lúgubre. Estaba llena de muebles como si fuera un almacén. Una noche, cuando aún éramos novios, me había llevado. Recuerdo que no conseguí dormir tranquilamente. Había algo en aquella casa que me contrariaba, como si estuviera infestada de fantasmas. Se hallaba un poco a las afueras de la ciudad. No recordaba el camino pero sabía que podía encontrarla.

Cuando llegamos estaba fuera el mismo coche que había visto en el colegio.

–Están ahí dentro. Voy a buscarla –dije bajando del coche de la policía.

–Espere, señora. No sabemos en qué condiciones está su marido. Deje que vaya yo delante. Usted permanezca escondida y esté preparada para coger a su hija y salir corriendo...

Obedecí y me agaché detrás de una pared. El coche de mis padres estaba a poca distancia, ya orientado en la dirección adecuada.

–Señor, estoy aquí solo para ver cómo está Martina. Su exmujer está muy preocupada.

–Esa mujer es una imbécil. Sabía perfectamente que algún día nos iríamos...

–Su mujer dice que no lo sabía. Basta con que yo vea que la niña está bien y todo se resolverá.

–Lo sabían todos. Mi madre y mis hermanos. Todos sabían dónde me encontraba...

–Sí, claro, estoy seguro de ello. Y ahora, ¿me deja hablar un momento con Martina? Solo quiero saber si está bien y después me iré. Al menos podré tranquilizar a su mujer. Ya sabe cómo son las mujeres, se alteran por nada. Yo también tengo esposa, por eso lo puedo entender...

Después de un instante de silencio oí la voz de mi hija.

El *carabiniere* la hizo salir por la puerta. La tomó del brazo y corrió hacia mí.

–¡Emma, cójala!

Agarré a mi hija mientras mi corazón desplazaba una masa enorme de sangre

dentro de mí, y corrí rápidamente al coche de mi padre, que tenía el motor encendido y la puerta abierta. Huimos.

En el espejo retrovisor vi al *carabiniere* empuñar una porra y amenazar a Marco para hacerlo retroceder. Había ocurrido de verdad. Primero la juez, después un *carabiniere*. Yo había puesto a salvo a mi hija y a mí.

Estábamos apretujadas la una contra la otra como dos fugitivas, pero sentir su respiración era todo lo que deseaba. Le aparté el pelo para verle la cara. Estaba expectante y aterrorizada. Me pregunté cuánto tiempo necesitaríamos para poder olvidar. ¿Un día, un año, una vida? La abracé muy fuerte y busqué su oído.

–Eres lo más importante de mi vida. Te quiero muchísimo, cariño mío. Haría cualquier cosa por protegerte.

–Lo sé, mamá –me respondió, y eso fue precioso.

Miré a mi padre. Conducía concentrado mientras las lágrimas le corrían por las mejillas. Le puse la mano en el brazo y él, sin apartar los ojos de la carretera, porque aquella era su misión, asintió como si lo hubiera comprendido todo.

Pocas horas después estábamos en casa. Martina dentro de la bañera de agua caliente y yo sentada en el borde viéndola jugar. La había examinado por todas partes y no tenía ninguna señal, ningún cardenal.

Mi madre estaba en la cocina preparando algo de comer. Envolví a mi hija en una toalla y fui allí para ayudarla a poner la mesa, dejando a mi padre la tarea de vestir a Martina.

–Emma, tengo que preguntarte una cosa –me dijo mi madre aprovechando que estábamos solas.

–Sé lo que quieres saber.

–¿Por qué? ¿Por qué has tardado tantos años en pedir ayuda?

Temía aquella pregunta más que cualquier otra cosa, pero ya no podía escapar. Ordené mis ideas e intenté ser sincera, aunque sabía que iba a ser doloroso para ambas.

–Al principio no hice nada porque pensaba que eran solo episodios relacionados con la pérdida de su padre. Después, con el tiempo, cuanto más temía por mi vida más pensaba que me salvaría solamente si conseguía salvarlo a él, ayudarlo. Creí que no todo estaba perdido.

Respiré hondo mientras la voz de Marco me repetía en los oídos que yo no valía nada.

–Después llegó la vergüenza y empecé a seguirle la corriente. Él no quería que

viera a nadie, y en el fondo eso era también lo que yo deseaba. Si no me encontraba con otras personas, no tendría que dar explicaciones.

Me llevé un vaso de agua a los labios. Las palabras me estaban secando la garganta.

–Me avergonzaba de todo y me sentía culpable. No quería reconocer que había elegido al hombre equivocado y que había fracasado. Entonces me convencí de que mi recuperación solamente llegaría salvando a mi familia y ayudando a mi hombre a quererme. Por eso empecé a seguirle la corriente.

Mi madre se levantó porque no quería que la viera llorar.

–Es extraño, ¿sabes? Pero fue el miedo a salvarme. El mismo que me tenía encerrada en casa me llevó a reaccionar. Una noche creí que me moría. Y por mí lo aceptaba, pero no por Martina. Tenía que sacarla de allí.

Mi madre abrió mucho los ojos y se llevó la mano a la boca.

–Era como si hubiera visto comenzar la cuenta atrás de mi vida. Yo por fin conseguiría la paz, él sería castigado, pero Martina se quedaría sola. No podía permitir que las cosas fueran así. El miedo, mamá, el miedo a morir me salvó la vida.

Mi madre me miraba fijamente. Tenía la cara bañada en lágrimas silenciosas, las mismas que la habían acompañado durante aquellos largos años desprovistos de lógica.

–Dime la verdad. ¿Ha sido culpa nuestra? ¿Tendríamos que haber hecho más?

Aquellas palabras fueron más duras que cualquier puñetazo. Extendí la mano hacia la suya y murmuré:

–Si alguien tiene alguna responsabilidad en todo esto, desde luego no sois vosotros. No hubiera podido desear unos padres mejores. He sido afortunada de teneros. Si ahora estoy aquí, si nunca he creído realmente que no valía nada, os lo debo a vosotros. Parece absurdo decirlo, pero el desgraciado ha sido precisamente Marco. Él no tenía a nadie en quien confiar, nadie que lo quisiera realmente... ¡Su familia es la causa de todo!

Nos abrazamos hasta que Martina y mi padre aparecieron y se unieron a nosotras.

Después de la cena sonó el teléfono.

–Señora, solo quiero decirle que duerma tranquila. Esta noche pondremos vigilancia enfrente de su casa y nadie la molestará –dijo la misma voz que por la tarde me había ordenado que me escondiera detrás de la pared de la vieja casa–. Apunte mi número de teléfono y llámeme para cualquier cosa.

–¡Gracias! Gracias de todo corazón –murmuré.

Después me asomé a la ventana y un coche encendió las luces dos veces.
Necesitaba descansar.

En astronomía la llaman energía oscura. Y es la causa principal de la expansión acelerada del universo. Aquí, en el planeta Tierra, la reconocemos en cada mujer capaz de ponerse a salvo.

Mi nueva casa era preciosa. Pequeña pero luminosa. Hubiera necesitado un poco de dinero para hacerla realmente acogedora, pero su aspecto de libertad no tenía precio. Al principio lo ponía todo en orden. Lo hacía de forma automática. Marco me obligaba a disponer las pocas cosas que teníamos en fila o en gradación cromática. Lo había hecho durante años y lo repetía como una oca amaestrada. Tenía que librarme también de eso.

Entonces, una mañana, mientras Martina estaba en el parvulario, lo intenté. Salí de casa y volví a entrar. Tenía que ver las cosas de otra forma. Fui al cuarto de baño y amontoné las toallas, giré el champú para que la etiqueta no estuviera en línea con la del acondicionador y arrugué la alfombra. Después fui a la cocina. Abrí la nevera, tomé un sorbo de leche directamente del cartón y lo volví a dejar goteando. Me volví y cambié de sitio los platos hondos, pero no todos. Puse el aceite en la mesa sin algo que protegiera la madera. En el salón miré las cortinas y quité solo un par. Las otras las dejé ondeando. En el pasillo sonreí al yeso saltado en un rincón. Empezaría por las pequeñas cosas y por mi hija.

Aquella misma tarde decidí seguir la recomendación de la psicóloga a la que iba por consejo de Tommaso. Asistir a una asociación que se ocupaba de las mujeres maltratadas.

—¿Está segura de que es una buena idea?

Tenía miedo de que escuchar otras tragedias no me liberara de mi pesadilla.

—El sentido de pertenecer a un grupo le hará mucho bien. Solo le doy un consejo: evite los contactos demasiado intensos.

—¡Por supuesto! —exclamé en un tono ligeramente irónico—. Dudo mucho de que una mujer como yo fuera una buena compañía.

Sin embargo, cuando llegué a la puerta de la asociación, dudé. Una mujer me sonreía con comprensión desde detrás de una mesa.

—Pase, por favor.

Me puse rígida. La cabeza me estaba diciendo que me fuera sin decir una palabra.

—Yo no...

—Está en el lugar adecuado. Pase.

Me acerqué. No entendería hasta más tarde hasta qué punto nosotras, las

mujeres maltratadas, parecíamos todas iguales a los ojos de los expertos. Todas tenemos ganas de huir y estamos dispuestas a negarlo todo.

–¿Cómo te llamas? –me preguntó entonces pasando a tutearme.

–Emma.

–Hola, Emma. Yo soy Federica. Ven conmigo...

La seguí al interior de otra habitación.

–Chicas, esta es Emma, ¡una de nosotras!

Todas, rubias, morenas, altas, robustas, bajitas, blancas o negras se volvieron hacia mí y a coro me dijeron:

–¡Hola, Emma!

Sentí un escalofrío.

Me senté y retomaron la conversación en el punto en que las había interrumpido, lo mismo que se hace en casa, entre amigos.

Una chica sudamericana estaba hablando del simpático vicio que tenía su marido de meterle la cabeza dentro de la bañera llena de agua sujetándola por el pelo, y soltando la presa poco antes de que ella perdiera el conocimiento.

No podía oír eso, aún no. Me levanté, salí rápidamente y tropecé con Federica, que parecía saber cuándo aparecería, y me abrazó. Era extraño. Una sensación dulce y breve como el consuelo.

–¿Te apetece un café?

Asentí y fuimos a una especie de cocina donde había una cafetera preparada y varias galletas de mantequilla en un plato.

–Siéntate. ¿Azúcar? ¿Leche?

–Solo, gracias.

Se movía de un modo natural. Me daba la espalda como si se fiara de mí.

–Lo siento. No quería faltar al respeto a nadie...

–¿De qué hablas?

–De antes. Me fui corriendo mientras esa chica contaba lo que ha sufrido. Es terrible, pobrecilla...

–Es injusto, pero también es normal que hayas salido huyendo. De las cosas malas hay que escapar... y por eso estás aquí, ¿no?

Me quedé quieta con la taza de café caliente en la mano.

–Espero a que se enfríe –dije–. Él me obligaba a tomarlo rápidamente para que me quemara la boca...

Federica me puso una mano en la mía.

–Puedes esperar todo el tiempo que quieras.

Y, de hecho, necesité bastante para comprender que muchas de ellas, por la noche, volverían a casa de sus carceleros. Algunas no decían nada, otras buscaban valor para vencer el miedo, otras saltaban de un pensamiento tortuoso a otro, de la humillación a la resignación. Me pregunté si habría tenido valor para visitar la asociación durante mi cautividad. ¿Habría tenido valor para venir aquí a hablar de él, a escuchar mi historia con mi voz y volver a casa? Me parecía imposible, como si estar fuera fuese incompatible con volver dentro. Cuando eres prisionera, ¿eres solo prisionera de tu carcelero?

Durante los primeros encuentros siempre permanecí callada. Escuchaba historias absurdas y familiares. Era como si en cada relato buscara el núcleo que lo uniera con la historia anterior. Miré a mi alrededor y captó mi atención una mujer de unos cuarenta años. Iba bien arreglada. No vestía la ropa barata de casi todas las demás y llevaba el pelo recogido. Me pregunté si pertenecería al personal o si sería una periodista o una psicóloga. Entonces se presentó.

–Me llamo Cinzia y enseño física cuántica en la universidad.

Busqué en las demás mujeres el mismo estupor. ¿Qué hacía allí una profesora?

En aquella habitación no había privilegios de clase y de cultura. Lo que nos hacía semejantes era la actitud, la postura de defensa que asume el cuerpo después de haber sido violado muchas veces, incluso cuando, aparentemente, no haya ningún peligro.

Ante la violencia todos somos iguales.

En estos sitios las mujeres no se tocan. No por pudor, sino porque saben que podrían asustar a sus compañeras. Un gesto brusco, una mano en el hombro o en el brazo pueden producir ansiedad o rigidez. Se comportan con cuidado.

Un tiempo después, en el tablón de anuncios habían colgado un artículo recortado del periódico. Me acerqué porque la foto me parecía familiar. Era Cinzia, la profesora. Había sido asesinada el día anterior. En su casa habían encontrado un billete de avión para Inglaterra hecho pedazos. Cinzia tenía la intención de huir a otro país y borrar sus huellas, como si nunca hubiera existido. No tenía hijos y nadie la habría buscado nunca. Su marido la había descubierto y la había detenido. Cinzia, la profesora, había muerto sola en el hospital. Su marido la había dejado agonizando en la cocina después de haberle dado una descomunal paliza y había salido de casa para ir al bar en el que solía emborracharse. Ella había conseguido llamar a la ambulancia pero no había logrado salvarse.

Con los dedos acaricié su foto en el periódico, como se hace con la cara de

una persona querida. Volví a leer cada palabra y durante un breve espacio de tiempo la escena se presentó claramente en mi cabeza. Su casa era como la mía, las palizas de aquel hombre eran como las del mío. Ella era como yo.

Apunté el día y la hora del funeral y fui. En la iglesia me senté en una nave lateral. Un grupo de personas estaban visiblemente doloridas. Podían ser vecinos, conocidos o algún colega. Había también un grupo de chicos jóvenes, sus alumnos, pensé. Durante la ceremonia, el sacerdote habló de la dolorosa pérdida de Cinzia, una mujer culta dedicada a la instrucción de los jóvenes. Una mujer de la que muchos sentirían su ausencia y de la que guardarían un maravilloso recuerdo.

Una mujer que dejó de sufrir porque las personas como nosotras son como enfermos terminales. La muerte está siempre detrás de la esquina.

Amar verdaderamente a alguien más allá de las propias limitaciones es la experiencia más satisfactoria, pero con frecuencia también la más peligrosa.

Cuando volví a la asociación a la semana siguiente, algo en mí había cambiado. Era mi momento. Me armé de valor y levanté la mano.

–Soy Emma. Trabajo de diseñadora y mi marido me ha aislado y pegado durante cinco años porque es un enfermo mental.

Respiré. Mi voz me parecía amplificadas. La mirada voló al tablón de anuncios donde las palabras deformadas de Cinzia me estaban mirando fijamente, y lo hice. Me aclaré la garganta y repetí:

–Soy Emma. Trabajo de diseñadora y mi marido me ha aislado y pegado durante cinco años porque es un pobre cabrón, y no ha habido día en que no haya pensado en la muerte. Ahora estoy aquí y, aunque parezca extraño decirlo, estoy contenta.

Al salir de allí, fui directamente a una tienda de telefonía. Comprar un móvil era el primer paso hacia la libertad. No era fácil. Eran muy caros, no me lo podía permitir en ese momento, pero el pensamiento de que, en caso de necesidad, podría salvarnos la vida, me convenció.

Con mi preciosa compra en el bolso corrí a recoger a Martina. Se había reunido con su padre en un piso administrado por el ayuntamiento para encuentros tutelados de menores, bajo la vigilancia de una asistente social.

Llegué demasiado pronto y estaba tranquila. Iría a tomar un café al bar de

enfrente y no entraría hasta después de haber visto a Marco salir del encuentro. Era mejor evitarnos.

Pedí, bebí y esperé. Me acerqué a la ventana y hojeé un periódico sin mirarlo porque continuaba fijando la vista en la puerta. Empezaba a ser tarde. Habían pasado por lo menos diez minutos del fin de la visita. En un instante mi mente visualizó las cosas peores. Marco que inmoviliza a la niña y amenaza a la asistente social. Marco armado, Marco violento. Salí corriendo y entré en el portal del edificio gritando el nombre de mi hija. En la tercera planta encontré la puerta cerrada. Estuve llamando hasta que me abrieron.

–¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido?

–Señora, cálmese. Está por allí.

–¿Y está bien? ¿Qué le ha hecho?

–Nada. No se ha presentado.

De repente mis nervios se relajaron. Respiré y entré en la habitación en la que estaba Martina desde hacía casi dos horas. Sola.

–Pero ¿por qué no me han avisado? ¡Habría venido a recogerla antes!

–No podíamos saber que no vendría...

–Quizá no inmediatamente, pero después de media hora podían haberlo sospechado. Han dejado a una niña sola durante todo este tiempo en una habitación horrible, esperando a un padre que obviamente no iba a aparecer... ¡Me pregunto si ahora tendré que solicitar encuentros que la protejan también de ustedes! –les increpé tirando a mi hija de la mano.

Me detuve en la escalera.

–Hagamos una cosa. ¿El próximo encuentro es el martes? Bien, entonces me quedaré fuera esperando, y si después de veinte minutos aún no ha aparecido, me llaman y me la llevo –añadí en tono perentorio y poco dispuesto a la réplica.

No es hasta 1996 cuando, después de casi veinte años de proceso legislativo, gracias a la ley n.º 66 la violencia sexual es reconocida como un crimen contra la persona y ya no contra la moral pública y las buenas costumbres.

La semana siguiente transcurrió sin problemas, cosa que, para una persona normal, habría pasado absolutamente inadvertida. Pero no para mí. Yo no vivía días tranquilos desde que había conocido a Marco y era consciente de que él no podía haberse volatilizado.

Todas las noches comprobaba por lo menos cuatro o cinco veces que la puerta estuviera cerrada con dos vueltas. Había colgado una cuerda larga, a la que había atado unas campanillas que harían mucho ruido si alguien intentara abrirla, y un barreño con agua delante de la entrada que me haría ganar varios segundos, útiles para pedir ayuda. Intentaba conciliar el sueño sin soltar el móvil de la mano. No era fácil. No saber dónde estaba mi exmarido era peor que tenerlo al alcance de la mano.

El martes siguiente tenía que llevar a Martina con los asistentes sociales para que se encontrara con su padre. No sabía si desear que no se presentara, pero tampoco sabría entonces cómo explicar a mi hija su total y repentina ausencia.

Aparqué fuera del edificio donde tendría lugar el encuentro, esperando verlo pasar. Miré el reloj y esperé. Poco después apareció. Estaba raro. Estaba guapo. Bien vestido y sonriente. Miraba la acera con una sonrisa extraña, la que se tiene después de haber recibido una buena noticia. Me asaltó una oleada de sentimientos contradictorios. Le temía cuando estaba serio. Le temía cuando estaba alegre.

Una parte de mí quería subir a vigilar. La otra se limitó a comprobar que el móvil estaba encendido.

Abrí las ventanillas del coche porque así oiría mejor los gritos. Encendí un cigarrillo y esperé a que pasara el tiempo. Después de aproximadamente media hora, Marco estaba de nuevo delante del portal. Esperé a verlo marchar y, con el corazón en la garganta, subí al tercer piso sin ni siquiera cerrar el coche.

–Ha salido antes. Ha dicho que tenía una cita con el médico que no había podido retrasar. Quiere curarse del todo. Ha estado tranquilo, parecía sereno...

No respondí. Cogí a Martina y salí despidiéndome con educación.

Aquella noche casi no pude dormir. Me despertaba continuamente y lo primero que veía era su extraña sonrisa.

A la mañana siguiente, después de haber acompañado a la niña al colegio y haber comprobado que estaba segura en clase, fui a nuestra antigua casa, donde

Marco había vuelto a vivir al lado de su madre. Aparqué bajo un gran árbol que no estaba muy lejos y miré las ventanas. No sabía qué estaba haciendo y no tenía ningún plan, pero había algo que me obligaba a estar allí. No ocurrió nada durante varias horas. Cuando estaba a punto de encender el motor y marcharme, Marco salió de casa. De nuevo guapo. De nuevo elegante. Llamé a mi madre y le pedí que corriera al colegio a recoger a Martina. Tenía miedo de que también él fuera directamente allí y tenía que adelantarme.

Iba a pie con pasos rápidos. Esperé a que pasara un autobús y subió. Dejé que se interpusiera otro coche y lo seguí. La dirección no tenía nada que ver con el colegio o mi nueva casa. Bajó en pleno centro de la ciudad y se sentó a la mesa de un bar.

Avancé un poco para poder verlo por el espejo retrovisor.

Pocos minutos después una guapa mujer morena se sentó a su lado. Sonreía y se tocaba el pelo. Yo nunca la había visto antes. ¿Era posible que tuviera una amiga? ¿Una amante? Era un hombre violento, ¿era posible que fuera libre de pasear despreocupado por la ciudad mientras yo estaba obligada a comprobar cien veces al día que había cerrado bien la puerta?

Todo era muy extraño. Nunca había visto a Marco enfrascado en una conversación con una mujer que no fuera yo. Y normalmente no sonreía. Ahí no había ni rastro del hombre que había estado dando vueltas por la casa en pijama y bata durante años, que se atiborraba de fármacos para el dolor de cabeza y encerraba a su mujer en el sótano. Viéndolo así parecía un ejecutivo que acababa de salir del trabajo o un profesional en la pausa del almuerzo. Lo veía reír y gesticular mientras su acompañante lo miraba fascinada. Estaba escenificando su guion. ¿Había desplazado su atención de mí a ella? ¿Había bastado con tan poco? ¿Tendría que haber dejado que las cosas fueran como quería el destino? ¿Dejar de ocuparme? ¿Pensar solo en mí? No podría intentar salvar a otra persona si antes no me sentía completamente a salvo.

A pocos metros de mí estaba el mismo hombre que me había roto un brazo a patadas y no me había permitido ir al hospital. Por su culpa ya nunca conseguiría levantar el brazo derecho por encima de la cabeza. Algo no iba bien; me invadía una sensación de la que no me libraría fácilmente.

Tenía que poner en guardia a aquella pobrecilla.

Esperé a que terminaran de comer, los vi despedirse con un beso en la mejilla como si no fueran demasiado íntimos, y luego la mano de él la retuvo. Sentí un escalofrío y apoyé los dedos en la manilla del coche. Ella lo miró y sonrió. Yo estaba dispuesta a bajar y avisarle. Marco dijo algo y ella asintió complacida, y

luego cada uno siguió su camino. Solté un largo suspiro, encendí el motor y la seguí a ella, sabiendo que de ahí en adelante saldría del agujero en el que había buscado refugio.

Qué difícil es comprender el significado de las propias decisiones.

No recorrimos mucho camino. La veía andar con gracia, un paso después de otro, mientras su pelo y su abrigo se movían con el viento. Era guapa, en realidad muy guapa. Podía tener mi edad. La de una vida sin palizas, imagino, una vida normal. No esta. No una vida llena de perturbaciones y rota.

Se metió en un portal abierto del que salieron varias personas a las que ella saludó, y desapareció. Debía de ser su lugar de trabajo. Aparqué y bajé del coche. Las placas expuestas en la entrada indicaban una compañía de seguros y un bufete de abogados. Traté de memorizar los nombres y volví a subir al coche. Necesitaba saber más cosas de aquella mujer. Quizá no era lo correcto, quizá no era asunto mío, pero sentía que debía hacer algo.

Decidí que volvería para esperarla. Antes o después saldría de allí. Fui a casa para ayudar a Martina a hacer los deberes y luego pedí a mi madre que le diera la cena y la llevara a dormir a su casa. Yo no sabía a qué hora regresaría y me quedaría más tranquila sabiendo que mi hija estaba en lugar seguro.

Cogí el coche y volví al edificio donde trabajaba aquella mujer. Cuando apareció de nuevo delante de mí, llevaba el pelo recogido y caminaba con la mirada baja. Se dirigió a la parada del autobús y subió.

La seguí. En la estación cambió de línea. Yo seguía al autobús a corta distancia. En cada parada comprobaba quién bajaba. Después, cerca del estadio, allí estaba de nuevo en la calle. La vi entrar en una tienda y salir con una bolsa con pocas cosas dentro. La cena para una persona sola, pensé. Luego se dirigió a un portal. Ahora ya sabía dónde vivía.

Espié a aquella mujer los días siguientes. Me situaba enfrente de su trabajo para ver si Marco aparecía por allí y luego frente a su casa, por la noche, para ver si salía y con quién. No estaba orgullosa de mí pero no podía evitarlo, y seguirla a ella era menos peligroso que dejarme ver frente a la casa de mi exmarido.

Una noche ocurrió algo. La mujer morena bajó de su casa y se quedó allí esperando durante unos segundos. Un coche se detuvo y ella subió a él. Nunca había visto ese coche y estaba segura de que al volante no estaba mi exmarido, pero eso no me tranquilizaba. Si estaba interesado en ella y descubría la presencia de otro hombre, las cosas no podrían sino precipitarse.

El coche misterioso se detuvo delante de un restaurante y pocos instantes

después los vi bajar. El hombre que estaba junto a ella era alto y tenía aspecto de deportista. Parecía de su misma edad. Los vi entrar y sentarse a una mesa cerca de la ventana. Me alejé para ir a comprar un bocadillo en un bar cercano y me puse a espiarlos.

Hablaron con el camarero y luego se miraron largamente. Ella empezó a dar vueltas a un mechón de pelo con los dedos. Parecía nerviosa, él bebía y miraba a su alrededor. Comieron una *pizza*. Él con apetito, ella con desgana. Parecían dos extraños. Después, como por arte de magia, empezaron a comunicarse. Primero ella, después él. La mujer movía la cabeza mientras él parecía empeñado en explicarle algo. Ella se levantó y salió del local. Estaba allí, delante de mí, inmóvil, como si esperara que él se reuniera con ella. El hombre lanzó la servilleta a la mesa. Ella encendió un cigarrillo y empezó a caminar hacia delante y hacia atrás, y luego tiró la colilla al suelo, la apagó con el pie y volvió dentro. Permanecieron en silencio sin mirarse hasta que la mujer empezó a llorar. Él pidió la cuenta y la acompañó fuera. Pasaron por delante de mí. Ella hecha un mar de lágrimas, él en silencio. Los seguí hasta la casa de ella, la mujer bajó y dio un portazo sin ni siquiera esperar a que el motor se apagara. En pocos segundos desaparecieron, tanto ella como el coche al que había seguido. Había asistido a una ruptura. Miré hacia arriba y vi luces encenderse. Me estaba preguntando si se habría echado en el sofá o en el dormitorio cuando un taxi se detuvo delante de mí y la luz de la ventana que estaba mirando se apagó. Esperé para ver quién la había llamado, porque tenía un mal presentimiento. Ella volvió a aparecer delante de mí y subió al coche blanco que la llevó directamente a la boca del lobo. Mi antigua casa. Esa que estaba repleta de objetos que perturbarían a cualquiera, esa en la que no había nada mío, esa en el centro del corazón de su familia y donde él se sentía invencible.

Me quedé allí fuera un rato. Estaba alterada como si fuera yo la que había entrado en aquel lugar. Habría tenido que detenerla pero no sabía cómo, y quizá en ese momento ya era demasiado tarde.

Las luces del amanecer me despertaron. Había pasado la noche en el coche frente a la casa de Marco. Me había quedado dormida mientras velaba a una desconocida que, quizá, nunca comprendería mi comportamiento. Miré la hora. Eran casi las seis y necesitaba un café y un baño. No era prudente dejarme ver por allí. De aquella mujer ya sabía bastante.

No lograba quitármela de la cabeza. Volví a casa y me metí bajo la ducha pensando en ella, me preparé un café y comí un trozo de tarta pero era como si

su pelo negro estuviera en la habitación. Me tumbé en la cama para descansar un poco, pero con los ojos cerrados era como si la tuviera encima. Salí a la terraza y fumé un par de cigarrillos. ¿Cómo podía entrar en la vida de aquella desconocida sin hacerme más daño?

Mi mente echó a volar en un torbellino de pensamientos absurdos. Me pregunté si Marco habría cambiado, si se estaría curando o si simplemente estaría hambriento de una nueva presa. Me entraron escalofríos y al final de la mañana fui a recoger a Martina al colegio. Pasar la tarde con mi hija era la única manera de que transcurriera el tiempo de un modo sereno y lejos de mi pesadilla. Fuimos al cine y en la oscuridad de la sala, donde podía ser cualquiera, decidí que me ocuparía solamente de mí misma y de mi hija. Estaba convencida de que era lo adecuado, y sin embargo aquella noche no conseguí conciliar el sueño hasta después de haberme prometido que haría algo. Tenía que intervenir, y el sabor amargo de las horribles ideas me llenó la garganta.

Una aventura, una traición o un gran éxito. Eso es lo que queremos contar cuando busquemos una coartada que nos ponga a salvo.

Al día siguiente caminaba por mi nueva casa como un animal en cautividad. Tenía una terrible ansiedad. Sabía que si a esa mujer le ocurría algo, no lo sabría antes de la noche. O quizá no lo sabría nunca. Me puse la chaqueta, cogí el bolso y salí. ¿Cuál es el mejor momento para entrar de lleno en la vida de una desconocida? No podía irrumpir en su puesto de trabajo y la pausa del almuerzo podía suponer un riesgo, el riesgo de encontrar a Marco. La esperaría frente a su casa después del trabajo. Ahora conocía sus horarios, e incluso si pensaba ir a cenar fuera, había muchas posibilidades de que pasara por su casa para cambiarse. En ese momento solamente tenía que dejar pasar las siguientes ocho horas y la preocupación de que la noche anterior le hubiera sucedido algo. Pensé comprar un periódico, pero era demasiado pronto para unos hechos ocurridos durante la noche, y entonces decidí llamar por teléfono al *carabiniere* que me había ayudado.

–Soy Emma...

Un instante de silencio.

–La madre de Martina. ¿Recuerda? Usted me ayudó a llevarla a casa.

–Sí, es verdad. Me acuerdo perfectamente. ¿Cómo está? ¿Ha ocurrido algo? ¿Dónde se encuentra?

–No, no, estoy bien.

–Me alegro.

–Perdone pero no sabía a quién llamar. Tengo un extraño presentimiento y quería saber si había ocurrido algo malo esta noche...

–La pregunta es un poco vaga. Cosas malas pasan todas las noches. Hemos arrestado a varios traficantes de drogas y hemos sacado a unos chicos de entre los herrajes de un coche... ¿Está segura de que está bien?

–Sí, estoy bien. Perdóneme si lo he molestado, es que de vez en cuando me asaltan terribles pensamientos...

–Lo comprendo, a mí también me pasa. Pero no se disculpe, me ha gustado oírlo. Quizá una tarde podríamos tomar un café...

Me quedé de piedra. Esas palabras delicadas y humanas me desagradaron. Era como si no supiera cómo comportarme. La verdad era que a sus ojos, y quizá también a los del mundo entero, éramos solamente un hombre atractivo que invitaba a salir a una mujer a la que apenas conocía. No había nada más normal.

La verdad era que a mí me parecían solo piezas de un puzle que nunca encajarían.

Sentí un fuerte calor, como si tuviera fiebre. Balbucí algo por educación e interrumpí la comunicación. Era un hombre amable, pero seguía siendo un hombre. Sentí la urgencia de alejarme. No volvería a caer en el mismo error. No caería de ninguna manera. Un hombre significaba vacío, precipicio, vorágine. Todas las cosas de las que había que mantenerse muy lejos.

Para distraerme acompañé a Martina a la clase de baile. Estábamos en la fase «quiero ser bailarina» y a mí me parecía la cosa más normal y reconfortante del mundo.

A las cinco y media me dirigí a casa de la desconocida. Cogí el autobús y bajé delante de su portal, precisamente mientras ella estaba entrando. Eché a correr para impedir que se cerrara la puerta y me dejara fuera. La vi subir la escalera. Era ágil y rápida como una gacela. Me sentí feliz de verla bien.

Pero ¿qué estaba haciendo?

Me armé de valor y la seguí. Oí cerrarse la puerta de su casa. Estaba a salvo y yo había decidido alterarlo todo.

Llamé.

Abrió casi inmediatamente.

–¿Qué desea?

–Buenas tardes. Perdona si la molesto. Necesito hablar con usted solo un momento.

–Pero ¿usted quién es? ¿Y qué quiere? No necesito comprar nada.

–No, no. No vendo nada. Quiero hablar de Marco.

Su expresión pasó del nerviosismo a la curiosidad.

–Y, dígame, ¿usted es...?

–¡Soy su exmujer!

–¡Ah, la chiflada! Me dijo que estaba completamente loca... ¡No tenemos nada que decirnos! ¡Váyase! –dijo cerrándome la puerta en las narices.

Me quedé sin palabras y sin aliento. Marco había previsto mis movimientos incluso antes de que fuera yo la que decidiera qué hacer. ¿Cómo podía estar tan seguro de sí mismo?

Retrocedí y bajé al portal. Después, llena de rabia, volví a subir corriendo y toqué el timbre. Ella abrió la puerta.

–Déjeme explicarle.

–Pero ¿qué diablos quiere de mí? Si no ha conseguido retener a su marido, desde luego no es culpa mía.

–¡He sido yo la que le ha dejado!

Su expresión era un signo de interrogación.

–Me encerró en casa durante años. Me pegaba y me amenazaba con matar a nuestra hija...

–Sí, claro, y ahora imagino que levantará el brazo derecho para que vea que no puede moverlo porque él se lo rompió a patadas, ¿verdad? Como ve, lo sé todo. Marco me ha contado las maldades que dice de él solo para llevarse a la niña. Escúcheme bien, los hombres violentos son horribles, pero las mujeres que inventan la violencia para alejar a sus maridos son todavía peores.

La puerta se cerró en mi pie. No podía permitirle que creyera en sus palabras.

–Míreme a la cara –le ordené–. Lo que le estoy diciendo es la verdad. Marco me pegaba violentamente siempre que quería, con o sin un pretexto. Lo hacía porque está enfermo. Mire aquí.

Saqué del bolso la hoja del alta del hospital. El diagnóstico estaba escrito en letras mayúsculas debajo de su nombre. Le enseñé también la hoja que explicaba por qué Marco tenía que ver a Martina solamente en presencia de una asistente social.

La desconocida que estaba delante de mí abrió la boca y dio un paso atrás. Entré en su casa, pero solo un instante.

–¡Deténgase! –dijo–. Quiero que se vaya de mi casa ahora mismo. ¡No tiene ningún derecho a venir aquí!

Poco después estaba de nuevo en el descansillo preguntándome por qué le resultaba tan difícil creerme. Solamente las mujeres maltratadas son capaces de reconocerse entre ellas. Para las demás somos invisibles.

Estaba deprimida. Bajé a la calle. Miré hacia arriba y un pensamiento me golpeó como si me hubiera caído una piedra en la cabeza. Si no me había creído, se lo contaría todo a Marco. De nuevo me había puesto en peligro. Corrí a recoger a Martina y me fui a casa. Necesitaba hablar con alguien.

–¿Dígame?

–Soy Emma.

–Sí, lo sé. He memorizado su número...

–¿Y puede hacerlo?

–¿Cree que no es profesional que un *carabiniere* tenga el número de una mujer a la que ha ayudado?

–No lo sé, ¿lo es?

–Se lo preguntaré a mis superiores, y si me dicen que no, entonces lo

borraré...

Me eché a reír y él se rio conmigo. No recordaba cuánto tiempo había pasado desde que había bromeado con un hombre. Tenía la voz cálida como un viento del desierto. La voz apropiada. La voz que quieres oír cuando tienes la cabeza llena de dudas y el corazón lleno de miedos.

–Hoy he hecho algo extraño. Algo que quizá no habría debido hacer...

–¿Qué?

–He intentado poner en guardia a una persona.

–¿A quién?

–A una mujer que creo que está saliendo con mi exmarido.

–¿Cómo ha llegado a saber con quién está saliendo?

–Bueno, los he visto en un bar del centro...

–Emma, ¿puedo tutearla?

–Por supuesto.

–¿Los estabas siguiendo?

–No es lo que parece...

–Nunca es lo que parece, pero si los has seguido y él presenta una denuncia, la custodia de Martina se puede poner en tela de juicio.

–No, eso no..., pero yo tenía que hablar con esa mujer...

–Emma, ¿dónde estás ahora?

–En casa.

–¿Crees que estás en peligro?

–Tengo miedo, sí.

–¡Voy para allá! Podemos tomar algo juntos y me cuentas qué ha pasado.

Estaba aturdida. Comprobé que la puerta estuviera cerrada. Preparé la cena a Martina y la acompañé a su habitación para leerle un cuento.

Poco después llamaron a la puerta. Estuve a punto de abrir pero el instinto me detuvo. Miré por la mirilla. La cara de Marco aparecía deformada por la pequeña lente. Pensé en el portal que siempre estaba abierto y la sangre se me heló en las venas, lo mismo que me pasaba cuando todo estaba por ocurrir: poco antes de que él me golpeará, mi cuerpo dejaba de defenderse.

–Sé que estás ahí. Sé lo que has hecho. Me las pagarás.

Sus palabras se deslizaron por debajo de la puerta como hojas de papel finas y cortantes. Malvadas y cargadas de odio.

Después oí sus pasos alejarse y las piernas se me aflojaron.

La ley que se ocupa de las «Medidas contra la violencia en las relaciones familiares» es la n.º 154 de 4 de abril de 2001. Esa ley tiene el objetivo de contrastar toda forma de violencia perpetrada en el interior del núcleo familiar. Por lo tanto, a partir de 2001 el juez puede adoptar medidas urgentes en favor de la víctima de la violencia doméstica, como el alejamiento de un familiar del domicilio común con carácter preventivo, para evitar que la situación perjudicial para la víctima se prolongue; impedir el acercamiento a determinados lugares frecuentados por la familia; pagar una asignación en favor de las personas convivientes que, a causa del alejamiento de la persona violenta, se quedan sin un respaldo económico adecuado.

–¡Ha estado aquí!

–¿Cuándo?

–Hace poco... –dije tratando de esconder mis manos temblorosas.

–Ahora siéntate.

De aquel *carabiniere*, que siempre había visto con uniforme, no sabía el nombre.

–Es gracioso pero ni siquiera recuerdo cómo te llamas.

–Filippo. Si quieres puedo dormir aquí esta noche. En el sofá, me refiero..., por seguridad.

Me quedé sin habla porque me parecía algo tan dulce como irreal.

–No sé qué decir..., no quiero que te molestes.

–Aunque no estoy de servicio, sigue siendo mi trabajo... Me quedaré aquí y mañana por la mañana me iré pronto, pero al menos podrás descansar un poco más tranquila. Lo necesitas.

–Gracias –murmuré, e intercambiamos una sonrisa.

–Y ahora, ¿quieres contarme lo que ha ocurrido hoy? ¿Por qué has ido a ver a esa mujer?

–Quería que supiera con quién estaba tratando... Él al principio parece un hombre tan...

–¿Normal?

–Especial... Sabe ser cautivador y fascinante. Es un encantador de serpientes.

–Sé que has actuado con la mejor intención, pero tienes una demanda pendiente y realmente podrías meterte en líos, crearte dificultades para obtener el divorcio.

–Lo sé, pero es que en la asociación hay muchas mujeres que sufren violencia y me parece increíble no poder hacer nada... Sin embargo, lo más absurdo es que ella no ha querido creerme. Él le ha dicho que estoy loca, que cuento cosas horribles sobre él para mantenerlo lejos de Martina. Ni siquiera ha creído el diagnóstico del psiquiatra.

–Ahora no pienses más en ello. Te preparo un té y te echo una partida a las cartas. ¿Sabes jugar?

No creí a mis oídos y mucho menos a mis ojos. Estaba en mi cocina jugando a la brisca con un desconocido que me había preparado un té y mi hija dormía

tranquila en la habitación de al lado. A veces la felicidad sabe cómo hacerse reconocer.

Filippo se quedó dormido en mi incómodo sofá. Le di una almohada y un par de mantas, y mientras, yo me tumbé en la cama al lado de la de Martina. No quería dejarla sola en su habitación con un hombre en casa.

A la mañana siguiente, de Filippo no había ni rastro. Las mantas estaban dobladas debajo de la almohada, y en la cocina estaba la cafetera preparada para ponerla en el fuego, con una nota al lado:

–Noche tranquila. Buenos días.

Todos buscamos un modo para crear un vínculo. Lo hacemos en nombre de algo más grande, para compartir las penas o un pasado. A veces a la fuerza.

Al día siguiente recibí una llamada suya.

–Hola, ¿qué te parece si damos un paseo esta tarde? Empiezo a las ocho, pero antes estoy libre.

La voz de Filippo era normal, cercana y protectora.

–¿Ahora? –pregunté pillada por sorpresa y confiando en tener el tiempo necesario para inventar una disculpa creíble.

–Pues sí... Vamos, no te pongas difícil, en el fondo hemos pasado la noche juntos...

–No puedo. Lo siento. –Una respuesta seca, la mía, como para quitarme de encima algo molesto, pero luego, arrepentida, añadí–: Hoy no... Quizá en otro momento.

–Claro..., en otro momento, cuando quieras. Esta noche daré una vuelta alrededor de tu casa. ¡Estate tranquila!

Había colgado, pero yo me quedé con el auricular en la mano durante por lo menos cinco minutos. Sus atenciones me parecían maravillosas y diabólicas al mismo tiempo. Era como ser atraídos por el sol pero con miedo a quemarse.

Tenía que hacer una sola cosa a la vez, y salir con un hombre no era un privilegio al que podía permitirme aspirar. Había sido maltratada, golpeada y violada. Tenía miedo. Siempre. Demasiado.

Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad. Los que se equivocan, los que se arrepienten, los que se rinden. Sí, todos tenemos derecho a rectificar nuestros errores, a empezar todo de nuevo o a rehacer nuestra vida. Basta con tener el valor de solicitarlo.

Pasé el día dibujando. Desde que había salido de mi pesadilla había recuperado el contacto con mi antiguo jefe y por fin había llegado una buena oportunidad.

Me había encargado dos nuevos trabajos y mi fantasía era lo único que todavía conseguía hacer que me sintiera a salvo cuando no estaba con Martina.

Hacia las cinco, un silbido me devolvió a la realidad. Me asomé al balcón porque estaba segura de haber oído también mi nombre.

Filippo estaba allí abajo, con la cabeza levantada.

–¿Ya no se usa llamar al timbre?

–Vamos, baja...

–Espera.

Cogí las llaves, me puse los zapatos y bajé. Podía permitirme hacer una pausa.

–¿Qué hacías?

–Estaba trabajando.

–¿Te he interrumpido?

–No, iba a hacer una pausa...

–Tenía ganas de verte.

–Ah.

–¿Ah? ¿Es que no sabes decir otra cosa?

–Perdona, pero siempre me pillas un poco desprevenida, y no sé qué...

–¿Qué hacer? Si quieres yo te lo enseño... Mira... se hace así.

Alargó un brazo para rodearme la cintura y atraerme hacia él mientras mi sangre se quedaba fría como el hielo y me invadía la angustia.

–No, por favor –grité alejándome como si me hubiera mordido.

–Perdona, ¿te he hecho daño?

–No, es que no puedo, lo siento pero no puedo –respondí en voz baja huyendo hacia mi portal.

–¡Emma! –me llamó–. ¡Espera!

–No puedo, lo siento, me es imposible...

Cerré el portal detrás de mí y hui por las escaleras. Era mi vida, y la sensación de peligro me acompañaría siempre. Una vida llena de heridas abiertas.

Poco después alguien llamó a la puerta. Miré por la mirilla. Otra vez Filippo. Abrí secándome los ojos.

–¿Podemos hablar un segundo?

–Es mejor que me olvides...

–Yo también creo que sería lo mejor, pero no puedo. Me gustas y lo único que quisiera es conocerte. Incluso aquí fuera si quieres...

–Entra, te haré un café.

Se sentó en la cocina mientras yo preparaba la cafetera. Hacía movimientos precisos, intentando no parecer demasiado disgustada. Él estaba callado. Parecíamos dos viejos amigos o dos amantes o dos cualquier cosa distinta de nosotros. Yo estaba llena de cardenales por fuera y por dentro y él no podía imaginarlo. Nadie puede, con frecuencia ni siquiera después de que has contado las cosas con detalle.

–Es el mejor café que he tomado en mi vida.

–¿De verdad? No debes de haber tomado muchos...

–Es verdad, no me gusta el café –respondió con la más luminosa de las sonrisas.

–Podías haberlo dicho. Te habría preparado otra cosa.

–No te preocupes, me ayudará a mantenerme despierto.

Después ocurrió algo. Filippo miraba a su alrededor sin decir nada y entonces empecé yo.

–¿Estás casado?

–Lo estuve.

–¿Os separasteis hace mucho?

–Tres años y cuatro meses. Se fue.

–Lo siento. Debe de haber sido doloroso...

–Se fue para siempre..., murió.

–Perdóname, no creía..., he sido indiscreta.

–Deja de disculparte, lo haces demasiado a menudo.

–Deformación...

–¿Qué ocurrió entre tu marido y tú?

–No es un tema alegre.

–Tampoco lo es el cáncer que mató a mi mujer a los treinta y dos años.

–Me pegaba y me tenía prisionera en casa –respondí levantándome de la silla como si me quisiera defender del mundo.

–No supieron lo que tenía...

–Me encerraba en el sótano sin darme de comer...

–Cuando intervinieron estaba ya invadida de metástasis...

–Me rompió el hombro y ya no puedo levantar el brazo derecho por encima de la cabeza...

–La bombardearon a medicinas y quimioterapia, más por hacer algo que por salvarla...

–Tuve que abortar cuando esperaba mi segundo hijo y nunca me lo perdonaré...

–La vi morir sin pelo y con la piel absolutamente transparente...

–No podía irme...

–Ya no podía tocarla...

–No conseguí proteger a Martina...

–No conseguí impedir que la mataran como a un animal..., tendría que haberles parado...

–Tendría que haberlo parado...

- Tuve miedo de no lograr seguir adelante solo...
- Tengo miedo de que no se acabe...
- Lo siento, Emma...
- Yo también, pero estoy contenta de que tú estés aquí.
- ¿Puedo tocarte la mano?

Ligeros como una ráfaga de viento, sus dedos se apoyaron en los míos. Su calor subió a mi piel y su sonrisa me arrancó una sonrisa.

Se llama dolor, tiene mil caras pero un solo olor.

Poco después salió de casa y al cabo de un minuto Martina y mi madre ocuparon su lugar como si hubieran establecido el relevo, como si no me quisieran dejar tiempo para pensar, para sufrir.

-¿Me equivoco o el que he encontrado en la escalera es el *carabiniere* que nos ayudó?

-Sí, ha venido para saber cómo estaba -respondí poniéndome, por supuesto, toda colorada, porque mi madre sonrió de un modo extraño, una sonrisa que no recordaba haberle visto en la cara desde hacía muchos años.

-He hecho un poco de compra, voy a colocarla en su sitio.

Y, como si no pasara nada, trajo consigo todo el color de aquella tarde.

Abracé a Martina y me puse a jugar con ella. Me hizo reír más que de costumbre. Era precioso.

El amor descubre lo mejor de nosotros: las ganas de seguir adelante, la valentía de nuestros actos, el deseo de continuar esperando.

Pasaron varias semanas y las cosas parecían estar más tranquilas, o quizá era la presencia de Filippo la que conseguía que fueran así. No teníamos una relación pero nos veíamos con frecuencia. Una horita después de cenar, cuando Martina ya estaba dormida, para tomar un vaso de vino, o unos minutos juntos por la mañana cuando salía del turno de noche. Hablábamos de casi todo. Raras veces nos dedicábamos a analizar nuestro doloroso pasado como habíamos hecho la primera vez, y eso era bonito porque me permitía ser una persona que había vivido también otras cosas, otras cosas además del infierno. Las mujeres que son víctimas de violencia doméstica casi nunca recuerdan lo demás, lo anterior. Creo que depende del hecho de que, a diferencia de otras formas de violencia, también brutales y traumáticas, las domésticas son largas y cotidianas. Suele parecer que no tienen fin y eso incrementa su fuerza.

En aquellas conversaciones me enteré de que a Filippo le gustaba jugar al fútbol con sus amigos, y las películas de acción. Prefería el vino tinto y los alimentos salados. Después de la muerte de su mujer había cambiado de casa y raras veces veía a sus suegros. Sus padres, por el contrario, vivían lejos, en el pueblo donde había nacido con su hermano. Contaba que había elegido su trabajo, como hacían tantos, para casarse, pero que con el tiempo había aprendido a amarlo a pesar de sus defectos.

Era un hombre risueño.

Una mañana, después de haber dejado a Martina en el colegio, me detuve a comprar un poco, y a la vuelta me encontré ante mí a la mujer morena y elegante, la que me había echado de su casa.

–¿Qué está haciendo aquí?

–Necesito hablar con usted.

–¿Cómo es que me ha encontrado? –pregunté, como si la prerrogativa de investigar a las personas fuera solo mía.

Esbozó una sonrisita.

–¿Puedo invitarla a un café?

–Déjeme meter las cosas en la nevera y bajo.

Subí rápidamente, coloqué la compra y me reuní con ella.

La mujer morena estaba sentada a la mesa de un bar enfrente de mi casa. En el

bar de Mary.

–¿Qué quiere tomar?

–Un zumo de naranja.

–Le quiero hablar de su exmarido.

–¿Ha cambiado de idea? ¿Ahora me cree? Si me hubiera escuchado quizá no...

–No ha ocurrido nada, pero desde que le conté su visita ha cambiado...

Esta vez sonreí yo, pero era una sonrisa triste.

–¿Cómo conoció a Marco?

–En un chat.

–Pero ¡si ni siquiera sabe encender un ordenador! –exclamé con asombro.

–Pues lo hace estupendamente. Empezamos a escribirnos largos correos electrónicos. Era fascinante y simpático, y yo necesitaba exactamente algo así...

–En eso es un auténtico campeón.

–Tenía una relación con un hombre casado, uno de esos que te hacen bailar y soñar, que prometen pero no cumplen. Empezó como un juego. Creí que podría obtener lo mejor, sexo maravilloso y ningún pensamiento, pero nosotras las mujeres no estamos hechas así, y poco a poco empecé a prepararle el café, después la cena, que él no comía, y le dejé un espacio en el armario que esperaba que llenara. Posponía y se retractaba. Su mujer, de bruja pérfida se transformó en compañera sensible. Es increíble, con el paso del tiempo las mujeres mejoran y los amantes se vienen abajo.

Hizo una pausa. Yo la miraba, estaba interesada pero seguía sin lograr entender por qué aquella mujer estaba ahí contándome su vida.

–Después llegó Marco. Un hombre irresistible, separado y con una hija. Su mujer ya estaba fuera de su vida...

Me miró y yo arrugué la frente.

–Me habló de ti y de cómo lo habías echado. No podía ver a su hija porque te habías inventado un montón de mentiras sobre él para rehacer tu vida, quizá en el extranjero, para continuar tu trabajo de artista. Admito que por un momento esperé que fuera así. La esperanza de poder tenerlo para mí sola me parecía maravillosa. Entonces una noche le pedí que nos viéramos. Vino a tomar un café cerca de mi oficina. Era un hombre elegante y atractivo y desde ese momento empezó a llenarme de atenciones. Mensajes, llamadas telefónicas, flores. Me parecía que era mi salvación. Me invitó a cenar en un precioso restaurante en el que había reservado una mesa apartada e íntima. El camarero apareció con una botella de champán y un ramo de orquídeas. Me dejó sin habla.

–Déjame adivinar. ¿Estaba satisfecho de sí mismo y no dejaba de pedirte que valoraras lo bien que lo hacía todo?

–Sí, pero yo estaba demasiado fascinada para preocuparme por esos matices...

–Yo también lo pensaba. Después todos los matices se volvieron morados en mi piel y... Perdóname. Continúa.

–Casi siempre habló él. De su vida aventurera y de su importante trabajo. Me puse tensa pero no dije nada.

–No quiso saber casi nada de mí. De vez en cuando habló de ti y de todo el dolor que le habías causado. Más tarde, poco antes de subir al coche, me dio un beso, dulce y suave, que despejó todas mis dudas. Estaba convencida de que yo le gustaba. Entonces esa noche invité a mi amante a comer una *pizza* y se lo conté todo. Ni siquiera pestañeó. Era como si le hablara de una amiga mía. Ni celos ni dolor. Aprovechó la ocasión para desearme un futuro espléndido y se libró de mí. Cuando volví a casa llamé a Marco. Parecía que me estaba esperando y fui a su casa.

–Lo sé.

–¿Cómo es que lo sabes?

–Estaba enfrente de tu casa. Te seguí y dormí fuera. Tenía miedo de que te hiciera daño.

Ahora la que se puso tensa fue ella.

–A la mañana siguiente apareció en mi oficina. Me llevó un *brioche* con crema, un capuchino caliente y un libro. Parecía saber lo que necesitaba. Después me dio un beso y me dijo: «Hasta luego, pequeña. Esta noche te prepararé una cenita deliciosa y te sentirás como una princesa». Y se fue a una cita importante. Esa noche me volvió a hablar de ti. De cómo lo habías engañado y de la obsesión que ahora tenías con él. Lo habías dejado pero lo llamabas por teléfono todas las noches e ibas por ahí hablando mal de él. Y además lo estabas siguiendo.

El aire se me heló en la garganta y por un segundo dejé de respirar. ¿Es posible que se hubiera dado cuenta?

–Me puso en guardia. Me dijo que intentarías ponerte en contacto conmigo e hiciste exactamente lo que él había dicho.

Me llevé las manos a la cabeza y miré a mi alrededor. Marco debía de estar en alguna parte, entre los coches, dentro de una tienda, entre las personas que caminaban por la calle. Miré a esa mujer: tampoco sabía si me podía fiar de ella.

–¿Crees que te ha seguido hasta aquí ahora?

–Claro que no, estará en el trabajo...

–No tiene ningún trabajo, créeme. En su sustento siempre pensó su madre y en los últimos seis años lo mantuve yo. No creo que haya trabajado nunca.

–Pero estaba tan seguro de lo que decía...

–¿O eras tú la que quería que fuera así?

–Cuando le conté tu visita parecía completamente satisfecho. De que hubieras venido a mi casa y de que yo te hubiera echado. Continuaba repitiendo que eras una puta mentirosa. Empezó a ser agresivo...

–¿Te ha hecho daño?

–No, pero creo que quiere hacértelo a ti.

–¿Por qué lo piensas?

–Porque cuando me desperté en medio de la noche, él estaba en la cocina. Hablaba en voz baja solo y estaba cortando una fotografía tuya en trozos pequeños.

Cerré los ojos como hacía siempre justo antes de que él me pegara.

–¿En la foto solo estaba yo?

–No lo sé, la hizo pedazos y no lo sé...

–Por favor, piénsalo... ¿Estaba yo sola en esa foto?

–No lo sé, de verdad. Lo siento.

–Ahora vámonos de aquí.

Esperé a que la mujer pagara los zumos y nos pusimos a caminar por la acera. Yo no tenía un plan concreto, pero si nos estaba siguiendo, en movimiento sería más fácil darnos cuenta. Después cogí el móvil y llamé al colegio de Martina. La directora me aseguró que todo estaba tranquilo y pude lanzar un suspiro de alivio.

Acompañé a la mujer morena a la parada del autobús.

–Gracias –dije.

–¿Qué debo hacer ahora?

–Ponte a salvo. No será difícil. Soy yo a la que quiere...

Ella suspiró y subió al autobús, y cuando las puertas estaban a punto de cerrarse me di cuenta de que ni siquiera sabía su nombre. Mi cerebro había puesto en marcha un plan. No puedes encariñarte con alguien a quien no sabes cómo llamar. Decidí contradecirme. Esa mujer me gustaba.

–¿Cómo te llamas? –grité.

–Romina.

–Tu marido sostiene que llevas un hombre a casa cuando también está la niña.

Las palabras de mi abogada fueron cortantes e inesperadas.

–Es solo un amigo –le respondí con poca convicción.

–Puede ser lo que quieras, pero este no es momento para perder el control. Tu marido puede poner en peligro la custodia de Martina.

–No es posible. Hay un informe del hospital en el que se certifica su enfermedad.

–Parece que también hay un informe sobre ti...

–¿Qué? ¿Yo?

–Emma, tendrías que habérmelo contado todo...

–Te lo he contado todo.

–Estuviste ingresada en una sala psiquiátrica hace tres años. ¿No es verdad?

Abrí mucho la boca. No lo podía creer.

–Pero no es lo que piensas. Acababa de abortar y poco después me desmayé. Llamé a una ambulancia y me llevaron al hospital. No necesitaba cuidados especiales, solo estaba agotada. Necesitaba descansar y me trasladaron al pabellón psiquiátrico porque era el único en el que había un sitio libre...

–Emma, tenemos que repasar nuestra estrategia. Desgraciadamente también el aborto voluntario puede influir en la opinión de tus capacidades parentales. Recuerda que es siempre una cuestión de interpretación, y tú nunca denunciaste a tu marido por las agresiones.

–¿Denunciarlo? ¿Qué podía hacer? ¿Ir a la policía para oír que me dijeran que tuviera paciencia? Si él lo hubiera descubierto, me habría matado. –Me puse de pie de un salto. Aún tenía en la cabeza la historia de la mujer que había leído en el periódico años antes. Miré a mi abogada y añadí–: ¡Habría podido denunciarlo por homicidio si hubiera sabido cómo volver del más allá! Eso es lo que quiere nuestro país. ¡Santas que recordar!

La mujer que estaba delante de mí dio un pequeño paso atrás. Bajó la mirada como si quisiera quitarse la ropa de la representante de una justicia inexistente y volviera a ser simplemente una mujer.

–Pediré una evaluación psiquiátrica de todos los miembros de vuestras familias. Si demostramos que vienes de un contexto afectivo sólido no tocarán a tu niña, pero te lo ruego: no dejes entrar en casa a nadie que no sean tus padres.

Y así, después de varias semanas, se inició la segunda fase de nuestra separación, la que tenía lugar ante el juez instructor, donde mi verdad tenía el mismo peso que la de Marco.

–Señor juez, mi mujer y yo tuvimos una vida matrimonial como la de tantas parejas. La decisión de ir a vivir a la montaña la tomamos entre los dos. Emma, mi mujer, deseaba trabajar de un modo más concentrado sin el caos de la ciudad y entonces decidimos que ella mantendría económicamente a la familia y yo asumiría el deber de realizar las tareas domésticas, cosa que a ella no le resultaba agradable.

–¿Entonces usted no tiene un trabajo? –preguntó el juez mientras yo seguía sin dar crédito a lo que acababa de oír.

–No, ¡yo soy un amo de casa! –exclamó Marco con una ferocidad que solo podía salir de él–. Y por eso creo que mi hija estaría mejor conmigo. Yo me puedo ocupar de ella siempre que Emma consienta en mantenernos...

Una sonrisa irónica se dibujó en la cara del juez.

–Eso está por ver. Usted ya no tiene la custodia de su hija.

–Me estoy curando, señoría. El día que me hospitalizaron fue el apogeo de un momento difícil. Emma, mi adorada Emma, me había dejado y yo eso no me lo esperaba. El mundo se me cayó encima. Por eso perdí el control. Sin embargo, al contrario de Emma, yo nunca di señales de desequilibrio durante nuestra vida juntos. Emma huía a menudo y abandonaba tanto a Martina como a mí durante días enteros sin dar la menor noticia.

–¿De qué huía su mujer?

–De sí misma. De su depresión y del profundo remordimiento de haber querido matar a nuestro hijo...

Un dardo afilado y sin fin se me clavó, además de las miradas de todos los que estaban presentes. Mi abogada puso una de sus manos sobre la mía.

Marco afirmó que yo llevaba a hombres a casa incluso en presencia de nuestra hija, cosa que él desaprobaba. Oí a su abogado pedir la pensión alimenticia y la custodia de Martina porque de los dos la inestable era yo.

No había denunciado a Marco porque nunca había tenido el valor. Había tenido miedo. El miedo real. No habría sabido por dónde empezar.

En este país la violencia doméstica está considerada como un asunto privado y no como un delito que se deba hacer público. «No lo mantendrán lejos de usted». Estas palabras no dejaban de golpearme en la cabeza.

Después me llegó el turno de declarar. Me levanté pero habría querido huir. La mirada de mi padre me detuvo. Se lo debía también a él.

Conté la verdad. La mía. Sin exagerar nada. No era necesario.

El instinto es la fuerza amiga que acude en nuestra ayuda cuando algo nos coge desprevenidos. Suele ser el único vestigio de lo que hemos sido.

La decisión del juez se hizo esperar mucho tiempo. Yo pasaba esos días siguiendo todas las reglas que me había impuesto mi abogada. Trabajo, Martina, visitas a mis padres y a los asistentes sociales para los encuentros, que afortunadamente seguían estando protegidos. No podía permitirme muchas distracciones, pero en el fondo no necesitaba gran cosa. Si hubiera podido, solamente me hubiera gustado volver a ver a Filippo.

El día de mi cumpleaños recibí una visita.

Cuando sonó el timbre, dudé durante varios segundos. La sensación era siempre la misma: podía ocurrir algo maravilloso o terrible al mismo tiempo. Miles de veces me pregunté si algún día conseguiría vivir la vida cotidiana de un modo un poco despreocupado. Quizá no.

Me acerqué a la puerta y abrí solo a medias. No podía creer lo que veían mis ojos. Como si hubiera frotado la lámpara de Aladino, Filippo estaba delante de mí con una bandeja en las manos.

–¿Te apetece un té?

Abrí la boca sin decir nada. Solo podía sonreír mirando una tetera antigua con flores rosas pintadas y dos tazas a juego.

–El agua está caliente y la bolsita de té la he metido en cuanto he entrado en el portal. Estará listo enseguida... –dijo abriéndose paso en mi casa y dirigiéndose a la cocina–. Te gusta el té, ¿verdad?

–Desde luego que sí. Me encanta –respondí cerrando la puerta.

Nos sentamos y me dejé servir como si fuéramos dos niños que jugaban a que eran personas mayores, o los protagonistas de una novela del siglo XIX. Una delgada línea entre sueño y realidad. Entre él y yo que nos convertíamos en nosotros.

No hablamos de mí o del proceso, no era el momento. Charlamos de la ciudad y de sus colores, del viento del mar y de las costumbres de los ciudadanos. De los *sketch* de los humoristas en la televisión o de las frases de algunos políticos que parecían escritas para el cabaret.

Después volvió a sonar el timbre. Lo miré abriendo unos ojos como platos y, teniendo en cuenta que algo bonito ya había entrado en casa, el miedo a que fuera Marco era casi previsible. Volví la cabeza sin levantarme. Volvieron a llamar.

–Vamos, tranquila... ¿quieres que vaya yo?

Las palabras de mi abogada estaban claras en mi cabeza. No debía estar allí con un hombre. Aún no había llegado el momento de empezar una nueva vida, había que seguir liberándose de la vieja.

–Quédate aquí –respondí–, ¡y no digas una palabra!

Miré por la mirilla. Un ramo de flores lo cubría todo. Me entraron escalofríos.

–¿Quién es?

–Tengo que entregar unas flores para la señora Emma.

Era la voz de una mujer, y el corazón me volvió a latir.

Abrí y el miedo se diluyó ante un ramo de preciosas rosas rojas. La florista casi me las lanzó y se fue corriendo. Yo la miré, confusa y curiosa.

Eran demasiado bonitas para ser una broma, pero la idea de que Marco hubiera cambiado de estrategia me preocupaba.

Después, la sorpresa. La tarjeta decía:

Pienso en ti.

Filippo

Entré en la cocina con las flores y la tarjeta en la mano y el gesto interrogativo.

–¿Has encargado que me trajeran flores?

–Bueno, es que tenía las manos ocupadas con la bandeja...

Mi corazón cambió de ritmo y mi temperatura interior parecía haberse vuelto loca. Me estremecí.

Lo hice. No respeté las reglas y acepté salir con él. Un paseo en plena tarde. El sol estaba alto y el aire era fresco. Uno de esos días partidos por la mitad, de día calor, de noche frío. Como yo con él.

En la ciudad había atracciones, un lugar mágico, triste y un poco horrible. No iba desde que era pequeña y a esa hora del día parecía realmente extraño pensar en acabar allí.

Filippo se había decidido por el laberinto de cristal. Era un dédalo de direcciones imposibles. Caminábamos con los brazos estirados tocando las paredes transparentes en busca de la dirección adecuada. Se puso delante. Apoyé una mano en el cristal y él hizo lo mismo. Oía los gritos y las risas de los niños y de algún modo era como si su mano estuviera calentando el cristal que nos separaba. Busqué sus ojos levantando un poco la cabeza.

–Es perfecto –murmuré.

–Lo sé –respondió sonriendo.

Realmente lo era. Podía estar en el centro del mundo pero nadie me podía tocar. Me pregunté si también Martina tendría la misma necesidad y si yo había conseguido ponerla a salvo a tiempo.

Apoyé también la otra mano y también lo hizo él. Si no hubiera estado aquel velo transparente entre nosotros, quizá habría dejado que me besara. Quizá.

–Ven... ¡vamos a la caseta de los espejos!

Me dejé llevar y mientras mi imagen se volvía demasiado larga o demasiado ancha, descubrí que jugar podía ser muy excitante, sobre todo cuando nuestros cuerpos se acercaron tanto que podían besarse. Él sonrió y yo me ruboricé.

Después comimos algodón de azúcar. Todo parecía tan normal que me puse a charlar.

–¿Cuánto tiempo hace que vives aquí?

–Casi cinco años.

–¿Y te gusta?

–Me gusta lo que hago... ¿Y tú?

–Yo nací aquí. Durante un tiempo pensé que me iría, que viviría viajando y diseñando, recogiendo ideas y haciendo que se convirtieran en realidad... Después hice una elección equivocada y ya no conseguí volver atrás.

–¿Y ahora?

–Ahora solo pienso en cómo llegar al final del día. –Lo miré y me armé de valor–. ¿Por qué estás aquí?

–¿Es que no debería?

–Vamos, sabes perfectamente de lo que hablo. Lo mejor que se puede hacer conmigo es mantenerse lejos...

–Tomo nota. Eres lo mejor...

–Tómalo en serio. Mi vida está destrozada y nunca seré una mujer como las demás. Siempre tendré esa aura gris que impide a la felicidad acercarse.

–Quizá tengas razón...

–Claro que sí: tú eres joven y estás libre, cosas que, te aseguro, no aprecias hasta que no te las arrebatan...

–El día que nos conocimos...

–¿Qué?

–Estaba de servicio. Me llamaron. Presunto secuestro de una menor. Me correspondía a mí y a mi compañero. Sabíamos perfectamente que se trataba de un contencioso familiar y por eso también sabíamos que sería difícil. Padres y madres que se juraron amor eterno se transforman en bestias feroces, el único objetivo es el de hacer daño al otro, y poco les importa que el precio lo paguen los hijos. No tenía ganas de oír gritos, llantos y lamentos sobre las pensiones alimenticias, los permisos, la violencia. No tenía ganas de oír la nueva y provisional definición de la palabra injusticia. No tuve hijos con mi mujer porque, cuando habíamos decidido intentarlo, ella descubrió que tenía una enfermedad incurable. Eso es una injusticia. Después te vi a ti. Estabas realmente desesperada. Tenías miedo por tu hija y no por ti.

No recordaba casi nada de aquel día excepto los momentos del salvamento.

–Filippo, yo tenía miedo de que él le hiciera daño para castigarme a mí...

–Lo sé. Por eso intervinimos así. Yo tenía que coger a Martina, tenía que llevarla contigo. Había algo en vosotras que desmentía todo. Tu mirada gritaba el mismo dolor que mi mujer.

Me detuve y busqué sus ojos. Estábamos en el interior de una burbuja encantada. Vi que su mano buscaba la mía y después dio un paso hacia mí. Un extraño imán me estaba atrayendo hacia aquel hombre tan auténtico, pero el miedo me echó para atrás.

–¡No puedo! –grité.

–Está bien, discúlpame...

–No debes disculparte, soy yo que no puedo meterte en todo esto. Tienes derecho a una vida real, una vida libre. Te lo mereces. No has tenido que sufrir

todo lo que has sufrido para acabar encontrándome a mí. No es posible... ¡Lo que me salvaría no puede ser tu condena!

Me separé de él y eché a correr mientras lo oía gritar mi nombre. Poco a poco me iba curando de la incapacidad de volver a vivir.

En casa, poco después, encontré las flores y las tazas de té y me eché a llorar. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Enamorada.

Esa noche no conseguí conciliar el sueño. Volvía a ver a Filippo acariciándome la mano. Filippo sirviendo el té, Filippo sonriéndome. Filippo, Filippo, Filippo.

No. Mi amor no podría volver a tener el nombre de un hombre.

Cuando me desperté su recuerdo persistía. Era como si hubiéramos pasado la noche juntos, como si él estuviera en la cocina preparando el desayuno, pero también lo sentía lejano, como si nunca lo hubiera conocido, como si solo hubiera sido un sueño.

No hay manera, por mucho que me empeñe en evitarlo, no consigo dejar de pensar en ti.

Era verdad. Sus palabras iluminaban mi móvil.

Y de repente te encuentras sonriendo mientras por dentro te mueres.

–Creo que no he sido bastante convincente –dije cuando le encontré delante del portal después de haber acompañado a Martina al colegio.

–¿Por qué? ¿Querías serlo?

–Una parte de mí, sí.

–¿Y la otra?

–No me puedo atar a un hombre...

–¿No puedes o no quieres?

–No quiero que seas tú.

–Muy bien, gracias por la franqueza...

–Espera... Pero lo que te dije ayer es lo que pienso. Aún estoy aprendiendo a estar sola, a contar conmigo misma y a imaginar la posibilidad de dejar de tener miedo.

–Nadie te puede entender mejor que yo. Por eso me gustas, porque contigo no tengo que representar un papel. Podemos dar un paso a la vez...

–Filippo, he sido golpeada, encerrada y sometida durante años por el hombre

que tendría que haberse ocupado de mí. No existe una forma de salir de ahí, no existe un espacio para una mujer como yo en este mundo, yo no existo, no soy quien soy y no sé cómo he llegado hasta aquí.

–¡Con tus dos piernas! Poniendo fin a algo que, por increíble que parezca, podría ser incluso peor, habría podido matarte o arrebatarte más años de vida, pero tú lo has conseguido, te has liberado y ahora tienes miedo de volver a enamorarte. ¿Es eso?

–Pero ¿me escuchas cuando hablo?

–Sí, te escucho y también te observo. ¿Y sabes qué es lo que veo? Una mujer desgraciada, quizá demasiado. Y yo me muero de miedo. Sí, tengo miedo. Tengo miedo de dejarme llevar, de hacerlo con la persona equivocada, o, peor aún, de hacerlo con la adecuada... Porque no sé qué ocurrirá y si pienso en lo que te han hecho, me arden las manos y sería capaz de hacer justicia por mi cuenta, yo solo, pero no puedo. No puedo por mi trabajo y por aquello en lo que creo, por mi mujer, que murió pidiéndome que no desperdiciara mi vida y que fuera feliz. Muchas veces he pensado que debía reunirme con ella pero no lo he hecho, y quizá el motivo seas precisamente tú, una mujer que tiene un pasado como el mío, distinto pero igual. Un pasado injusto. No te estoy ofreciendo la solución, te estoy ofreciendo una posibilidad, y sería bonito si aceptaras. Sí, realmente sería precioso.

Había algo mágico en él pero no era suficiente para que cicatrizaran las heridas más profundas.

–Lo siento, Filippo, pero yo no puedo.

Los científicos afirman que nuestra mente tiende a preferir la certeza a la incertidumbre. Esto se debe a que el hombre necesita, por su naturaleza, controlar cualquier situación. Verdadero o falso. Justo o erróneo. Lástima que la mayor parte de las veces estemos inmersos en la duda.

Y de nuevo otra noche sin dormir. Continuaba dándole vueltas y preguntándome si estaba haciendo lo correcto. Una parte de mí se sentía atraída por él y por el deseo de volver a empezar, y la otra, la más herida, me impedía soñar. La verdad era que nunca me sentiría a gusto con un hombre, solo desnuda y vulnerable. Nunca podría permitir a nadie que me amara y me llevara con él.

A la mañana siguiente el sol iluminaba la casa. Justo acababa de volver y me estaba preparando para ponerme a trabajar. Mientras pensaba en el dolor de cabeza que tenía y en la necesidad de descansar, llamaron a la puerta. Deseaba desesperadamente que fuera Filippo y eso me daba miedo.

Era ella. Romina.

Llevaba puesto un impermeable, un fular en la cabeza, gafas de sol, una maleta y una mirada inconfundible.

–Oh, Dios mío, ¿qué ha ocurrido?

–¿Puedo entrar?

–Claro, pasa.

Vi que su elegancia pasaba por delante de mí. Posó su equipaje en un rincón y se quitó las gafas y el fular.

–¿Estás bien?

Asintió.

–Te voy a hacer un café, ven.

Me siguió a la cocina.

–Ha vuelto a buscarme...

Cerré los ojos como si eso me permitiera no sentir.

–No le he cogido el teléfono y lo he evitado. La semana pasada me lo encontré delante de la oficina. Tuve miedo y le dije que se fuera. Pensaba que habría bastado hasta que lo volví a ver enfrente de mi casa la noche siguiente. Fui a dormir con una amiga durante varios días, pero cuando he vuelto a casa he encontrado colillas de cigarrillo delante de la puerta, como si alguien hubiera estado allí mucho tiempo. Esta noche me ha llamado por teléfono. Desvariaba. Decía que yo era como tú. Que me habías contagiado.

–No lo puedo creer..., todo es culpa mía. No debí de ponerme en contacto contigo.

–Si no lo hubieras hecho, quizá ahora estaría...

–No lo digas, te lo ruego, no lo digas.

–Escucha, he dejado el trabajo y vuelvo con mi madre. Esta ciudad no está hecha para mí.

–Lo siento, pero creo que estás haciendo lo que debes. Si te quedas aquí, la situación no podría más que empeorar.

–Quién sabe si no será el principio de algo bueno.

Romina extendió una mano por encima de la mesa. Nos tocamos y cerramos los ojos al mismo tiempo.

–Ahora me voy o perderé el tren.

–Gracias por haber pasado por aquí... –murmuré con un hilo de voz.

–Nadie se va sin despedirse de los amigos.

En la puerta nos abrazamos como si nos conociéramos de siempre. Sabía que nunca más la volvería a ver, pero le di también el número de teléfono de mis padres en el caso de que necesitara algo y no me encontrara. Yo aún no estaba a salvo.

A partir de 2009, gracias a la ley n.º 38 de 23 de abril, el acoso y la persecución se consideran delitos, destapando un fenómeno de dimensiones alarmantes.

A la mañana siguiente sentí el fuerte deseo de hacer una cosa. La visita de Romina no había sido casual. Ella había decidido cambiar de vida y romper algo antes de que fuera peligroso. Yo, quizá, podía romper algo porque había sido peligroso.

Llevé a Martina todavía soñolienta a casa de mis padres y me dirigí a la estación. En el andén, esperando entre viajeros y gente normal, viví la extraña sensación de no ser yo. Era anónima, una mujer como tantas. Me habría podido llamar de cualquier modo e inventarme un pasado completamente distinto. Cuando subí al vagón vi a una señora que podía tener unos años menos que mi madre y me senté ante ella. En cuanto me vio sentarme precisamente en el asiento de enfrente, a pesar de que el tren estaba medio vacío, dejó de leer el libro y lo apoyó en la mesita. Le sonreí con la decidida intención de charlar con ella.

–Usted no suele coger este tren –empezó.

–No, solo raras veces. ¿Y usted?

Me sorprendió lo fácil que había sido iniciar una conversación con una desconocida.

–Todas las mañanas desde hace casi treinta años. Trabajo en la misma oficina de correos desde que me contrataron –respondió.

Me habló de un lugar en el que había estado varias veces, la oficina de correos de San Biagio. A pesar de que nosotros, como se puede imaginar, no habíamos sido una familia que recibiera mucha correspondencia y todo lo que venía a nuestro nombre se reenviaba a casa de mi suegra, había ido allí alguna vez para enviar alguna carta certificada a mi antigua oficina, cuando Marco me permitía hacerlo. Y la vergüenza de aguardar en la cola vestida solamente con una ropa arrugada y vieja seguía siendo una sensación imborrable en la piel. Todos me miraban con curiosidad, como se suele hacer en los pueblos pequeños cuando aparece un fantasma. Me sentía feliz de que aquella señora no me hubiera reconocido.

–Estuve allí alguna vez –dije continuando mi propio relato.

–¿De verdad?

–Sí, cuando íbamos a la montaña en vacaciones, solía bajar al pueblo a hacer recados –mentí.

Después de una parada descubrí que la señora se llamaba Marisa, tenía dos hijos en la universidad y un marido que se jubilaría a finales de año.

–Mi marido es uno de esos hombres que no sabe hacer nada aparte de su trabajo. La idea de verlo dando vueltas por la casa todo el día, comiendo porquerías y mirando la televisión, me pone furiosa ya ahora.

Contemplé a aquella mujer y su vida normal. Tan normal que podía contarla a una extraña.

–¿Y usted? ¿Cómo es que va hoy a la montaña?

Me puse tensa. ¿Por qué había subido a ese tren? ¿Por qué estaba volviendo precisamente a ese lugar maldito?

–Me he citado con unos señores que quieren alquilar nuestra casa durante algún tiempo. Se la voy a enseñar y aprovecharé para hacer un poco de limpieza –continué mintiendo.

–¿Tiene hijos?

–Sí, una niña.

–A mí me hubiera gustado mucho tener una chica. Sin embargo, he estado siempre rodeada de varones. Marido, hijos, hermanos, amigos de mis hijos. Puedo decir que, aparte de mis compañeras de la oficina de correos, he tratado con pocas mujeres en mi vida –comentó soltando una carcajada alegre y serena.

Yo también sonreí. Pero de repente me volvió a asaltar un extraño pensamiento. ¿Y si no bajaba de aquel tren? ¿Y si desaparecía en la nada? Se me hizo un nudo en el estómago. Yo ya había desaparecido, yo ya había sobrepasado la línea del infierno, yo ya había sido otra. Durante cinco largos años nadie había sabido casi nada de mí.

Moví la cabeza porque ese juego, el de no ser uno mismo, ya no me gustaba.

–Le he mentado, señora. No voy a la montaña con mi familia los fines de semana o durante las fiestas. En esa casa mi marido me tuvo encerrada durante cinco años. Me pegó, me aisló, abusó de mí. Estuve tan cerca de la muerte que dejé de temerla, y esta mañana he subido a este tren porque no conseguiré seguir adelante con mi vida si antes no voy a cerrar esa puerta para siempre.

La señora me miró con gesto tranquilo, como si hubiera esperado ese discurso y no le sorprendiera.

–Lo siento mucho –murmuró.

–Yo también.

Cuando el tren se detuvo imaginé que bajaría corriendo y huiría de mí, de esa loca que había conocido por casualidad.

Se levantó despacio, cogió sus cosas, metió el libro en el bolso y me esperó.

Bajamos una después de otra como si hubiéramos subido juntas o nos hubiéramos encontrado allí por casualidad, pero después de que hubiéramos pasado mucho tiempo sin vernos.

Caminamos en silencio a lo largo del andén de la pequeña estación. Algunas personas se movían más o menos lentamente a nuestro alrededor. No parecía que tuvieran cosas urgentes que hacer.

–¿Va a coger el autobús?

Asentí. ¿Cómo hacía para saber en qué dirección iba a ir? El autobús que unía el espacio en el que había vivido con el primer centro de población había sido muchas veces mi único amigo. Subir a él era otro paso importante.

–Venga, revisemos los horarios.

Vi a la mujer avanzar hacia el cartel de plástico que estaba colgado dentro de la marquesina.

–Aún faltan veinte minutos para que salga el próximo. ¿Puedo invitarla a un café mientras tanto?

Estaba extrañada y confusa. Aquella mujer no tenía intención de huir de mí. Durante años había mantenido oculta mi situación por vergüenza y miedo de que nadie la comprendiera. Estaba convencida de que era culpable y de que antes o después conocería a alguien que me lo notaría, que afirmaría que, en el fondo, yo me lo había buscado y que quizá hasta me gustaba. Había mantenido a distancia a las personas, conocidas y desconocidas, por miedo a que sus reacciones me decepcionaran.

Ahora estaba sentada en un pequeño bar, el mismo en el que me había refugiado la mañana de mi última fuga, en compañía de una menuda y delicada señora que no tenía la menor intención de marcharse a otra parte. La chica del bar era la misma que me había ofrecido mi primer café en libertad. Parecía contenta de volver a verme porque, en cuanto había cruzado el umbral, me había sonreído como si hubiera visto a una vieja amiga. Nos quedamos mirándonos, pero yo no debí de desviar la mirada como habría hecho años antes.

–¿Tiene usted trabajo?

–Soy diseñadora...

–¿Y trabaja?

–Un poco. He estado apartada durante muchos años. Mi marido me impidió mantener el contacto con mi antigua oficina y ahora no es fácil volver al terreno de juego. La competencia es enorme y a veces tengo miedo de haber perdido la inspiración.

–Usted ha vivido una pesadilla. No creo que pueda dejarse asustar por una

página en blanco.

Aquella mujer había conseguido hacerme sonreír dos veces consecutivas en poquísimos tiempo.

–Y usted, ¿estaría interesada en hacer otras cosas?

–Por qué no...

–Mi hermano tiene una tienda muy grande en la ciudad y está buscando a alguien que se ocupe de los escaparates. Realmente no es un trabajo a tiempo completo, pero nunca se sabe... de una cosa surge otra...

Tres veces consecutivas y en poquísimos tiempo.

Escribí mi número de teléfono en el tique y se lo entregué.

Me levanté con la intención de pagar yo el café, pero ella me lo impidió.

–Ahora vámonos o perderá el autobús.

–¿Por qué lo hace? –le pregunté armándome de valor–. ¿Por qué me está ayudando?

–Porque no lo hice hace años, cuando habría tenido que hacerlo. Cuando estaba usted encerrada en una casa con un hombre violento y nadie movía un dedo para ayudarla.

–¿Usted sabe quién soy?

–Todo el mundo lo sabe. Y eso es lo más triste. Tenemos que pedirle disculpas. He pensado mucho en usted en estos años. Al llegar a cierto punto ya nadie supo nada y temimos lo peor, aunque yo sentía que no podía ser así... – dijo extendiendo la mano hacia mí.

No pronuncié mi nombre, no era necesario. Yo era yo y en ese momento era también alguien que se había quedado sin palabras.

Las lágrimas se deslizaron por mi cara y subí rápido al autobús. El conductor era el mismo hombre que me había abierto las puertas sin pedirme dinero el día que me había fugado. Me hizo una seña con la cabeza y luego esbozó una amplia sonrisa como si, también él, se sintiera feliz de verme. Las puertas se cerraron detrás de mí. Pagué el billete porque esta vez podía hacerlo, y fui a sentarme al fondo. Me volví para ver cómo mi amiga desconocida se iba haciendo cada vez más pequeña. Levanté una mano y la apoyé en el cristal. Ella agitó la suya en alto como si conocerme no tuviera que ser un secreto.

Dicen que los remordimientos vencen al arrepentimiento porque equivocarse o infringir nuestro código moral nos horroriza menos que arrepentirnos de no haberlo hecho.

Cuando bajé frente a la casa en la que había vivido durante todo aquel tiempo oscuro me detuve ante la verja. Miré los restos de los juegos de madera, entre los que había un columpio, que Marco había destruido. Allí había jugado yo cuando era pequeña, y también un poco Martina. De ellos solo quedaban varios pedazos. Alguien debía de haber tirado todo lo que había sido arrancado con rabia. Di unos pasos y me senté en el murete que estaba cerca del portal. Levanté la vieja baldosa que había escondido tantos secretos. Los mensajes cuando aún no existían los móviles, y el dinero que me había dejado mi padre en su desesperado intento de ayudarme.

Me armé de valor y abrí el portal. El buzón de las cartas estaba lleno de publicidad. La saqué y la tiré. Subí a nuestro piso y miré la puerta. Pensé en mis padres, abrazados en el pequeño rellano con la esperanza de despertar de aquella pesadilla. Entré en casa. A causa del fuerte olor a cerrado tuve que contener la respiración y abrir la ventana. Dejé el bolso y miré a mi alrededor. Fui a la cocina y metí en el fregadero la taza del último desayuno de Martina en aquella casa, el último preparado por su padre. Abrí el grifo y un grupo de moscas muertas empezó a flotar en medio de grumos de leche coagulada y de mi pensamiento más profundo. «Él es el padre de mi hija». ¿Se puede odiar a la persona que te ha dado lo mejor de tu vida?

Cogí el estropajo y el detergente y me puse a fregar la suciedad incrustada. De repente tuve frío, empecé a temblar. Me volví con miedo de que hubiera alguien a mi espalda. La casa estaba vacía y la ventana que había abierto se había cerrado por el viento.

Me puse una vieja chaqueta que tenía un olor que no percibía desde hacía mucho tiempo, y continué fregando los platos. Dejé que el fregadero se llenara hasta el borde y que la espuma me cubriera las manos.

Fregaba y pensaba. La espuma en los platos y el cinturón en la piel, las gotas que caen del escurrer platos y la oscuridad del sótano, los vasos bocabajo y los cigarrillos apagados encima.

Sacudí el mantel y fregué el suelo. Antes quité las migas y el polvo que hablaba de todo el tiempo que había pasado sin sufrir violencia alguna, y después eché detergente en un cubo de agua y pasé la fregona.

Fregué el suelo hasta hacerlo brillar, pensando en lo que me había dicho la

psicóloga de mi hija.

–Martina debe pensar que su padre es un hombre enfermo y no malo. Solo así pondrá a salvo su afectividad y podrá tener una relación serena con los hombres...

Era un precio muy alto el que había que pagar. Estaba enfermo. No era malo. Dedicaría años a ese asunto antes de estar realmente convencida. Y como si todas mis heridas, incluidas las no visibles externamente, se hubieran puesto a latir a la vez, dejé que el suelo se secase y me dirigí al que había sido nuestro dormitorio. Mis vestidos estaban en el suelo. La mañana en la que había huido, Marco debía de haber iniciado lo que habría sido mi castigo. Quizá quería tirar todas mis cosas y se había detenido por la llamada de su hermano. Los recogí y doblé uno por uno. No había absolutamente nada que trajera consigo un buen recuerdo. Los metí en una caja. Y la cerré. Luego cogí los de Marco y los metí en una bolsa grande. Vacíé todos los cajones y lo llevé todo al salón. Quité las sábanas, las enrollé y las metí en la bolsa con la ropa de mi exmarido. Abrí la ventana del dormitorio y fregué el suelo. Cogí un trapo y un producto específico y limpié los cristales a través de los cuales casi no podía entrar la luz. Pasé al cuarto de baño. Primero la ducha y después los sanitarios. Saqué de un cajón un par de tubos de crema sin usar, porque Marco me lo prohibía, y un desodorante.

Dejé todas las puertas abiertas y fui a la habitación de Martina. Era pequeñísima. Poco más grande que una despensa. Levanté la persiana y me senté en su camita. La habitación estaba desnuda y vacía. Ningún color, ningún dibujo. Vi en el suelo una bolita de algodón. Debía de pertenecer a uno de los peluches que su padre había destrozado en uno de sus ataques de ira.

«¿Te puse a salvo a tiempo? Siempre viviré con esa duda».

Ordené y limpié también la última habitación y trasladé al jardín todas las bolsas y las cajas.

Bajé al sótano pero no pude entrar. Jamás lo conseguiría. De nuevo en el patio, hice un montón con todo lo que pertenecía a Marco y lo rocié de alcohol. Luego encendí una cerilla y le prendí fuego. Me senté a unos metros y miré cómo las cosas cambiaban de forma. El bate de béisbol con el que había amenazado a mis padres, el cinturón con la gruesa hebilla que me dejó una marca en una pierna, los guantes que me metía en la boca para no dejarme hablar y las sábanas sobre las que me obligaba a acostarme. Las llamas se apoderaban de todo, se alzaban al cielo y se enrollaban en sí mismas. Algo crepitaba soltando nubes de humo. No sé cuánto tiempo permanecí allí. Al final eché agua. Se había terminado, todo había terminado. Recogí las reliquias de mi pasado

porque no quería que continuaran ensuciando este mundo y tiré todo a la basura, incluida la chaqueta que me había puesto. Ahora ya no tenía frío.

Volví a coger el autobús y regresé al pueblo. Caminé por la calle principal con una finalidad concreta. Entré en una pequeña agencia inmobiliaria.

–Quisiera vender una vivienda.

–Siéntese. Descríbame...

–Tiene aproximadamente cincuenta metros cuadrados. Un balcón. Una habitación de matrimonio y otra más pequeña. Un cuarto de baño reformado hace menos de diez años y una cocina bastante grande...

–¿Tiene sala de estar?

Lo miré fijamente pensando en lo legítima y absurda al mismo tiempo que era la pregunta.

–Hay un sofá delante de la televisión.

–¿Dónde se encuentra?

–Cerca del bosque. En la última parada del autobús.

–¿Hay lugar para aparcar o aparcamiento?

–Todo el que quiera...

–¿Cuánto espera obtener?

–No importa la cantidad. Lo importante es que sea lo más pronto posible.

–Comprendo. Déjeme todos sus datos y las llaves. Iré a verla y haré una tasación. Después me pondré en contacto con usted e iniciaremos la búsqueda de un comprador.

–Gracias.

Rellené y firmé un impreso y me levanté.

Al llegar a la puerta me volví y dije:

–Tiene también un sótano que pertenece al piso. ¡Ese lo regalo!

Y como si me hubiera aligerado de algo muy pesado, me dirigí a la estación para volver a casa.

Debemos dar un sentido a nuestra vida. Es nuestro objetivo. Lo encontramos en la sonrisa de nuestros hijos, en el consuelo de la fe o en el éxito profesional. Después nos miramos en el espejo y nos acordamos, simplemente, de brillar. Todavía.

Los meses siguientes fueron muy raros. Por un lado las cosas parecían tranquilas, y por otro vivía con la angustia del que goza de una serenidad con los minutos contados.

Pero yo debía seguir adelante.

Martina estaba desorientada y no dormía bien. Las profesoras la calificaban de distraída.

Mi padre, en aquella ocasión, tuvo una excelente idea y la apuntó en una escuela de equitación. Su amor por los caballos fue inmediato. Se divertía y parecía cada vez más apasionada. Desgraciadamente yo no me podía permitir comprarle un caballo que fuera solo suyo, pero aquella experiencia le hizo mucho bien.

Una noche, varios meses después, mi madre entró en casa muy alterada.

–Lo he visto.

–¿Dónde?

–En el centro. Iba en coche. Pasó por delante de mí como si nada...

–¿Estás segura de que era él?

–Claro que sí. ¿Acaso podría olvidarlo?

La idea de que anduviera por las calles impunemente me preocupó mucho, a pesar de que ya estaba segura de no ser yo la que le interesaba. Parecía haberse alejado tanto de mí como de Martina.

Al día siguiente me puse en contacto con su hermano Vittorio, el único con el que había mantenido la relación.

–Está bajo control. Toma regularmente sus medicinas, pero por lo demás sigue siendo el mismo. Va por ahí y duerme durante días enteros. No trabaja y no tiene intención de hacerlo. Parece que lo único que hace es dejar que pase el tiempo...

–¿Pregunta alguna vez por su hija?

El silencio de su respuesta no me dejó dudas.

Un día me llamó mi cuñada por teléfono. Una de las tres hermanas de Marco. La única con la que había tenido algún contacto, aunque siempre había sido fría conmigo. Era un ama de casa que colaboraba con algunas asociaciones humanitarias que a menudo le confiaban niños en espera de ser adoptados. Estaba considerada una persona modelo.

Me llevó un poco de tiempo darme cuenta de que era ella, porque la última vez que la había oído por teléfono había sido para pedirle una ayuda que nunca había llegado.

–Hola, Emma. Soy Maria Elena.

–Hola... –murmuré, con miedo de que la hubieran elegido a ella para darme alguna mala noticia.

–Como sabes, dentro de unos días es el cumpleaños de mi madre, y a mis hermanos y a mí se nos ha ocurrido la gran idea de darle una sorpresa.

Me quedé callada y me senté. Mi suegra cumplía años y su hija se acordaba de mí.

La situación se presentaba absurda y grotesca.

–Queremos reunir a todos sus nietos, incluida Martina. También ella es uno de nosotros.

Me entraron escalofríos y la dejé continuar:

–De hecho, precisamente su presencia será la auténtica sorpresa..., ¿qué te parece?

–No lo entiendo. ¿Me lo puedes repetir?

–He dicho que queremos que Martina participe en la fiesta de cumpleaños de su abuela. Cumple ochenta años pasado mañana. He pensado mantenerla escondida en una habitación para que la abuela no la vea inmediatamente y después hacerla salir de repente.

–¿También quieres que le ponga fuego en la cabeza? –le respondí, irónica, y luego intenté recuperar el control y con mucha calma dije–: Perdóname, Maria Elena, pero ¿cómo puedo llevar a mi hija a una fiesta en la que no conoce a nadie?

–Pero son sus primos...

–Sí, pero te recuerdo que la única vez que la han visto fue en una situación especial. El día de mi liberación. ¿No crees que, si tuviera que haberse producido un acercamiento, debería de haberse llevado a cabo de un modo más gradual? De todas formas se lo preguntaré, y si le hace ilusión no me opondré.

Me quedé un rato mirando el teléfono. ¿Cómo era posible que fueran tan caraduras? Estaba nerviosísima porque tenía la absoluta y horrible sensación de que había algo debajo de todo aquello. No había hablado con ellos ni para las fiestas ni en los cumpleaños de Martina. No había recibido ningún tipo de ayuda económica o moral.

Comprendí por enésima vez que no había sido la víctima de un hombre violento sino de una familia sin amor, que carecía de escrúpulos y muy

poderosa. Como sentía lástima por ellos, decidí hablar a pesar de todo con mi hija de la invitación recibida.

–¿Quieres ir?

–¿Tú quieres que vaya?

–Yo quiero que tú hagas solamente lo que quieras hacer. Esa mujer es tu abuela y eres libre de verla cuando quieras...

–Pero es ella la que no quiere verme a mí. Si le importara, no habría este problema entre nosotras.

Clara y sintética.

Llamé a Maria Elena y con cierto orgullo le comuniqué que a Martina no le apetecía estar presente en la fiesta, pero que si surgía la posibilidad de conocer a sus primos lo tomaría en consideración. Quizá no a todos a la vez, teniendo en cuenta que ellos eran muchos y ella solo una.

–Habría apostado a que sería así. Tú no quieres ningún tipo de reconciliación. La estás poniendo en nuestra contra, pero nosotros no tenemos nada que ver con lo que ocurrió.

–¿Ah, no? ¿Y dónde estabais cuando me azotaba con un cinturón, me encerraba en el sótano sin comer y me amenazaba con matar a mi hija? No es normal que una familia tan unida, como os gusta creer que sois, no diera nunca señales de vida. Ni una llamada telefónica, ni una invitación. Sabíais cómo era y lo que estaba viviendo, pero os iba bien así. ¡Me dais asco!

No sé si Maria Elena escuchó mis palabras hasta el final, pero yo sabía perfectamente que no las compartiría con nadie.

Me sentí aliviada y decidí bajar al bar de Mary a celebrarlo. No sabía si realmente me liberaría alguna vez de ellos, pero empezaba a estar mucho más segura de mí misma.

–Deberías ir tú a felicitar a esa bruja –me dijo mi camarera de confianza mientras vertía la espuma en el capuchino.

–Preferiría que me mordiera un perro rabioso –respondí girando la taza hacia mí y, mientras admiraba la sonrisa de cacao que Mary creaba con mucho cuidado cada mañana, me acordé de la primera vez que mi suegra y yo nos habíamos encontrado.

–¿Sabes que no es una mala idea? –dije en alta voz.

Después terminé mi capuchino, dejé el dinero en la barra y salí.

Subí al primer autobús y bajé al final de la línea. Habría podido coger otra conexión pero preferí ir a pie. Caminé por la avenida en la que antaño hacía la

compra y llegué delante de la casa. La suya. Aquella en la que vivían todas las personas responsables de lo que me había ocurrido.

Fantaseé durante un minuto. Imaginé que tenía una bomba, la sabía utilizar y la podía meter en su sótano sin ser vista para luego escapar corriendo dejando a mi espalda un montón de escombros.

Sonreí. Ni siquiera sería capaz de descerrajar el portal yo sola. Pero esa imagen me produjo un cierto alivio.

Después llegó el arrepentimiento. ¿Qué estaba haciendo allí? Estaba corriendo un riesgo que nadie podría comprender, ni siquiera mi abogada. Dudé y di media vuelta. Volví atrás llamándome estúpida. Pero después, como si sintiera que tenía superpoderes y que los temores se hubieran desvanecido, lo hice.

Llamé a la puerta. Dos veces.

El portal se abrió. Seguramente mi suegra estaba esperando a alguien.

Subí por la escalera y me encontré delante de su puerta. Allí estaba ella de pie, anciana y orgullosa como yo la recordaba. Abrió unos ojos como platos.

–¿Tú qué haces aquí?

–Quiero hablar con usted.

–No tenemos nada que decirnos. Vete.

Intentó cerrarme la puerta con el pie.

–¿Por qué no lo evitó?

Sabía perfectamente de qué estaba hablando.

–No había nada que evitar. Tú te lo has inventado todo. ¡Mi hijo es una buena persona!

–¿Está usted completamente segura?

–¡Tú le impides hasta ver a su hija!

–Es él el que no se presenta a los encuentros.

–Claro, porque lo obligas a hablar con Martina en presencia de extraños... ¿Te parece justo?

–Nos tuvo aisladas durante años y me pegaba, ¿cómo no lo entiende?

–No le denunciaste, estuviste ingresada en un pabellón psiquiátrico y te habías casado con un hombre al que no conocías. ¿Quién es la verdadera loca? Tú solamente querías su dinero.

–Aquel día, cuando nos conocimos, ¿lo recuerda?

–No.

–Me dijo que tenía miedo por mí... Usted lo sabía... Usted sabía quién es Marco, lo sabía, y no hizo nada por ayudarme. ¿Lograba dormir por las noches? Dígamelo. Porque yo no podía. ¿Oía usted mis gritos? ¿La puerta del sótano que

se cerraba cuando la temperatura estaba bajo cero? ¿Sabe usted que la madera en la piel no hace ruido? Yo sí, lo sé incluso demasiado bien. Pero sé también que produce cardenales que tardan semanas en reabsorberse, sobre todo si no se puede poner nada encima para aliviar el dolor. ¿Sabe usted que si se aprietan las manos alrededor del cuello de una persona, esta, en un cierto punto, puede dejar de respirar? ¿Y que a su hijo le gustaba destrozarme los vestidos, insultarme y arrancarme el pelo? ¿Ha probado alguna vez a permanecer despierta durante cuarenta y ocho horas consecutivas? Yo sí. Tanto que llegas a olvidar incluso cómo te llamas. Su hijo es un monstruo, y en lo que a mí se refiere es usted la única responsable.

Eché a correr por la avenida de los árboles hasta que llegué al mar. No sabía por qué pero me entraron ganas de llorar, a pesar de que me sentía realmente bien. Me senté y me quité los zapatos. Dejé que el agua me mojara los pies. Miraba cómo las pequeñas olas rompían obstinadamente sabiendo que mi suegra nunca contaría a nadie nuestra conversación, se la tragaría como quién sabe cuántos otros secretos.

DIEZ AÑOS DESPUÉS

Llegó el divorcio. Después de una larga batalla de más de dos lustros y cuando también la esperanza me estaba abandonando, la familia de mi exmarido, harta de pagar todos sus gastos, le obligó a concederme la libertad legal. Justo acababa de cumplir cincuenta años y nunca habría podido recibir un regalo más maravilloso.

Desde el día en que había puesto en venta la casa de la montaña y me había armado de valor para decirle a mi suegra lo que pensaba, mi vida había adquirido una estabilidad distinta. Martina había crecido estupendamente. Estaba bajo el cuidado de una especialista y rodeada por el amor de mis padres y de los amigos que habían vuelto a reunirse conmigo. Yo había recuperado mi trabajo y durante varios años me las había arreglado para ganar dinero haciendo distintos trabajos, incluido el de escapatista en las tiendas del hermano de Marisa, la mujer a la que había conocido en el tren. Durante mucho tiempo acompañé a Martina a los encuentros con su padre. Él de vez en cuando no se presentaba y de vez en cuando intentaba hablar mal de mí. Las asistentes sociales hacían de filtro, y después de unos años él pidió dejar de verla. Fue un momento extraño. Después de haber luchado por tenerla de forma exclusiva y haber llegado incluso a secuestrarla, ahora parecía que no quería saber nada de ella. Me costó años comprender ese cambio. El problema de Marco, o, mejor dicho, su obsesión, era yo. En cuanto su interés por mi persona se desvaneció por motivos desconocidos para mí, seguramente gracias a los tratamientos médicos, quiso alejarse de nosotras.

Después de tantos años, cuando llegó la sentencia de divorcio, no lo podía creer.

Mi abogada se había convertido en una de mis mejores amigas. Había luchado como una leona contra nada más y nada menos que cuatro de sus colegas varones, que se habían ido turnando por lo que, si hubiéramos sido famosos, se habría considerado el divorcio del siglo.

La familia de Marco lo había obligado a firmar los documentos y a aceptar mis condiciones. Y así fue. No para reconocer mis razones, sino porque estaban hartos de pagar los honorarios, que cada vez eran más caros, de sus abogados.

Yo estaba muy alterada. Cuando llegamos ante la sala que nos habían asignado,

mi abogada me detuvo antes de entrar.

–Quédate aquí por ahora.

–¿Ya está ahí? –pregunté intentando espiar por encima de su hombro.

No veía a Marco desde hacía mucho tiempo. No se había presentado en el proceso ni en las entrevistas con Martina. Sin embargo, sabía que, a pesar de los años, lo reconocería sin problemas.

Estaba sentado en una silla. Llevaba la camisa por fuera de los pantalones y el pelo demasiado largo y descuidado. Estaba envejecido y delgadísimo. Conservaba su mirada de soslayo, esa que había odiado durante años.

Las puertas se abrieron y mi abogada esperó a que él estuviera sentado para dejarme entrar. No quería que hubiera ningún contacto entre nosotros. Y así fue, porque Marco no levantó la mirada hacia mí. No me miró ni siquiera de reojo. No tenía la menor curiosidad.

Esperó a que el juez acabara de hablar y se levantó.

Lo vi pasar por delante de mí, a pocos pasos, como si yo no estuviera.

Cerré los ojos.

–¡Eres libre! –exclamó mi letrada.

–¡Por fin! –respondí levantándome.

–Vamos a esperar un poco para salir.

Comprendí el significado de aquella precaución. No había que arriesgarse. Su calma podía ser sospechosa.

Después de aproximadamente media hora nos acercamos a la escalera y ante mi inmensa sorpresa me encontré con Filippo.

No lo veía desde que había vuelto de la montaña, después de haber puesto la casa en venta.

–¿Cómo estás? –me preguntó.

Tenía nuevas arrugas en la frente. Había engordado un poco y había perdido pelo.

–¡Oh, Dios mío! ¿Cuánto tiempo ha pasado?

–Diez años, siete meses y un par de semanas.

Eran las palabras más bonitas que me podían decir.

–¿Tanto? –pregunté sonriendo.

–¡Sí, una eternidad!

El tiempo tiene la capacidad de estirarse dependiendo de la importancia de las cosas que estás viviendo.

–Ahora mismo acabo de obtener el divorcio. Si me hubiera asesinado quizá

habría sido libre antes... –traté de bromear.

–Te encuentro bien.

–He envejecido.

–¿De verdad? ¿Y cuándo ha ocurrido? No me he dado cuenta...

–Eres siempre tan encantador conmigo...

–¿Te apetecería ir a tomar un té?

–¿Por qué no?

Y como si nunca nos hubiéramos separado, empezamos a dar pasos juntos, los míos un poco cansados, para caminar en la misma dirección.

Lo decimos constantemente: la vida nunca es como esperas que sea, pero algunas veces también sabe cómo hacerse perdonar.

Y llegó el momento inevitable. El día en que Martina cumplía dieciocho años.

–Quiero ver a papá.

–Lo comprendo, pero no sé dónde está...

–¿Puedo ir a su casa?

–Solo si te acompaña alguien, y quiero hablar antes con esa persona.

–Me acompañará don Franco. Se lo he pedido y me ha dicho que sí.

Fui a la parroquia, donde mi hija quedaba a menudo para charlar con otros chicos del barrio, y encontré al sacerdote.

–Tiene que asegurarme que no la dejará entrar sola en esa casa. No quiero que se asuste. Mi exmarido es un hombre muy violento, y en el caso de que hubiera dejado de estar en tratamiento, podría tener reacciones imprevisibles.

–No se preocupe.

No era fácil. Entonces decidí que iría yo también, pero me quedaría un poco alejada de la casa para evitar que me vieran. Nos pusimos en marcha los cuatro: Martina, don Franco, yo y un amigo de mi hija que evidentemente estaba enamorado de ella y no quería dejarla sola. Bajé del coche una manzana antes, y me puse a andar despacio.

Esperé con el corazón en la garganta. Volvieron a aparecer pocos minutos después.

–¿Qué ha pasado?

–Nada, no ha querido verme. Me ha dicho que vuelva en otra ocasión porque estaba ocupado.

Me quedé desconcertada, aunque una parte de mí se sentía feliz. No sabía cómo interpretar las reacciones de mi ex. En todas las ocasiones acababa sorprendiéndome. Abracé a mi hija y la llevé a casa.

La expedición volvió a ponerse en marcha varias semanas después. El mismo resultado.

–Le he dicho que si quiere verme ya sabe dónde encontrarme, porque me gustaría hablar con él en algún momento.

Nunca lo hizo.

–¡Martina, espera! –le dije antes de que se refugiara en su habitación.

Se acercó a mí.

–¿Cómo estás?

–Bien –respondió de forma automática.

–Dime la verdad. ¿Cómo estás? ¿Qué piensas de todo esto?

–No sé por qué papá se comporta así, pero creo que es por culpa de su enfermedad. Es como si el papá de cuando era muy muy pequeña, ya no estuviera. Por eso quería verlo, para tratar de reconocerlo o para salvar algo de él...

–Te quiere mucho, de eso estoy segura, pero lo que le pasa es que no consigue vivir ese afecto.

–Mamá, no tienes que hablar bien de él delante de mí. Yo estaba allí y recuerdo muchas de las cosas que te hizo. Si no nos hubiéramos ido no habría hecho más que empeorar, porque nadie se cura de ninguna enfermedad sin los cuidados adecuados.

Mi hija se había hecho mayor. Me sonrió y comprendí lo que significa ser felices.

Pocos días después de la sentencia de divorcio encontré en el buzón un sobre que contenía una fotografía. La tuve que acercar para poder reconocer una cara familiar, un poco envejecida. Romina me estaba sonriendo. Estaba abrazada a un hombre alto y con las sienes ligeramente plateadas, y llevaba de la mano a una niña que debía de tener unos pocos años.

Di la vuelta a la foto y en el dorso leí estas palabras:

A veces la huida lleva a algo bueno. Espero que tú estés bien. Yo sí lo estoy y esta es mi hija. Le he puesto el nombre de quien me salvó la vida: Emma.

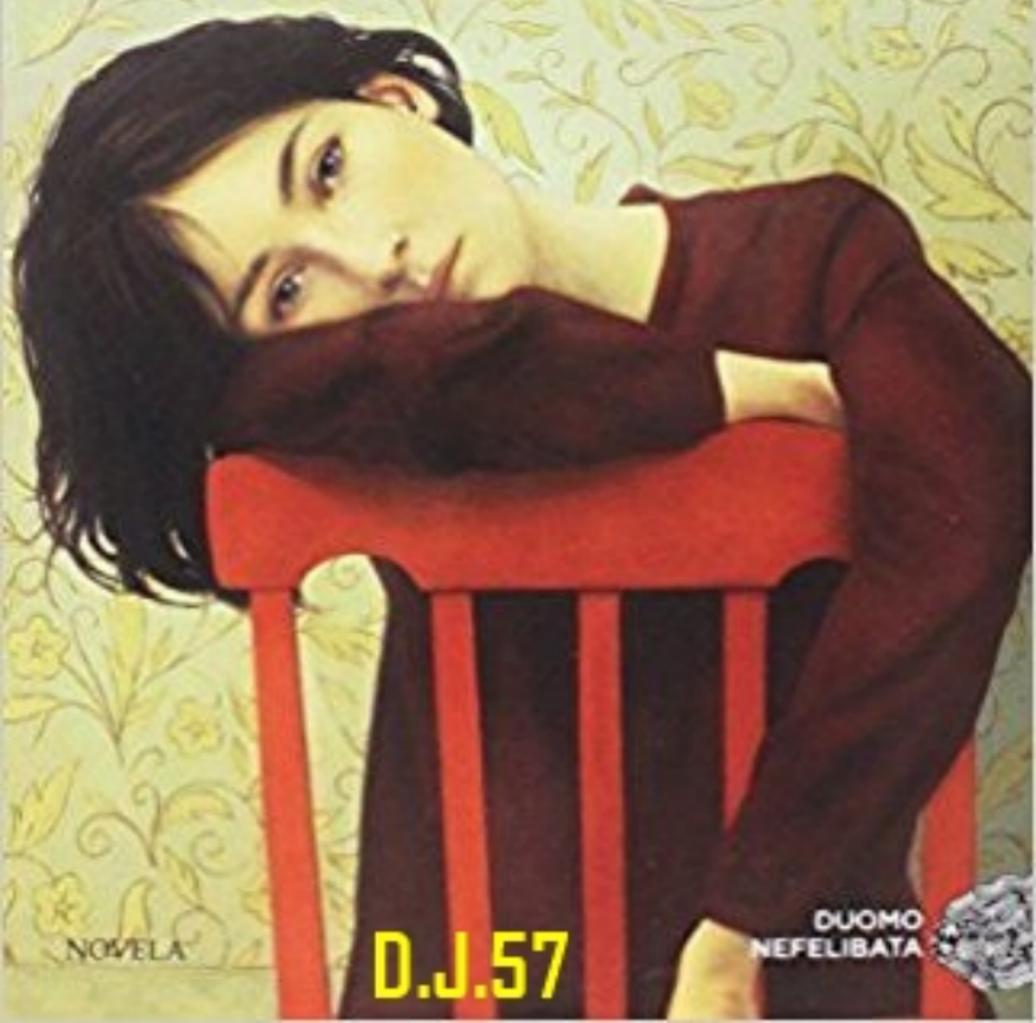
Apreté la foto contra el pecho y sonreí. Me acerqué a la escalera pero me detuve. Corrí al portal y lo abrí. Alcé los ojos sobre los tejados de las casas de alrededor. El cielo tenía un color intenso. Precioso e infinito. Era azul.

Cuando los tejidos y los órganos empiezan a repararse y a recuperar su propia funcionalidad, estamos destinados a estar mejor. Esto nos permite volver a vivir una vida en la plenitud de nuestras capacidades físicas. Los daños psicológicos presagian trayectos diferentes, igualmente intensos y a menudo con éxitos sorprendentes. Todo esto comúnmente se llama curación, nuestro regreso al equilibrio y a la salud. Raras veces, sin embargo, va acompañado del olvido. Pero no importa, porque lo único verdaderamente importante es acordarse de brillar. Aunque el mundo, a veces, te lo impida, tú brilla. Brilla todo lo que puedas.

SARA RATTARO

Brilla todo lo que puedas

Una historia inspiradora donde
del dolor nace la esperanza



NOVELA

D.J.57

DUOMO
NEFELIBATA

Nota de la autora

«Esta historia debe ser contada», pensé cuando, hace un par de veranos, decidí coger el coche para conocer a una persona que vivía a casi quinientos kilómetros de mi casa. Me alojó en su hogar, como una vieja amiga. Me contó su vida, como una vieja amiga. Me confió todas las pruebas de lo que decía, como una vieja amiga.

Transcurrieron varios meses antes de que me sintiera preparada para escribir su historia. La dejé reposar un tiempo. Le di vueltas y más vueltas. No dejaba de pensar en ella durante el día a día. Mientras cocinaba, por ejemplo, o abría las ventanas o aparcaba el coche. Las pequeñas cosas a las que estaba acostumbrada adoptaban una dimensión distinta, como si para cualquier otra persona no fueran lo que debían ser. Cosas sencillas. Para ella, mi nueva amiga, no lo habían sido antes, cuando sabían a prisión, y tampoco lo eran ahora que sabían a libertad.

Más tarde, un día ya no pude aguantar más. Todo estaba preparado en mi cabeza. Las imágenes se fueron sucediendo, una tras otra, como las secuencias de una película.

Por fin de esta historia podemos hablar en voz alta, y tiene el título más bonito que jamás haya oído.

Se llama feminicidio y significa que te matan porque eres mujer. No sé si es el nombre más adecuado y tampoco si un nombre es realmente necesario para identificar un fenómeno que existe desde siempre. Lo que sé es que, como todas las cosas que poseen un nombre, existe, tiene sus orígenes, una cultura, motivaciones, demasiadas víctimas, pero casi nunca una verdadera justicia.

Stefania, Francesca, Veronica, Maria, Barbara, Giovanna son solo algunos nombres de los cientos de mujeres asesinadas en Italia cada año. Sin embargo, aunque tienen un nombre, ellas ya no viven.

A puñaladas, a palos, con un disparo de pistola o con las propias manos, lanzadas al vacío o a las llamas, ahogadas o simplemente hechas desaparecer, fueron asesinadas por alguien al que conocían, al que habían amado y elegido, no por el desconocido del que estaban acostumbradas a desconfiar desde que eran pequeñas. Asesinadas por alguien que las conocía perfectamente, que sabía sus hábitos, sus pasiones y sus puntos débiles. Alguien que transformó los celos en obsesión, que la humilló empezando a criticar cada uno de sus actos, que denigró a sus amigos y a sus familiares, que le impidió mantener una independencia económica y un trabajo propio, que levantó la mano una vez, y luego una segunda vez, y después una tercera, para después convertirse en un hombre cada vez más hábil para dejar las marcas donde no se ven, o cambiar el arma porque quizá las manos ya no producían la menor satisfacción.

Así se empieza. Se desliza lentamente y asoma en un momento difícil, con una tontería o una falta de respeto. Es así, pero no es lo único. Es el inicio. De repente. Los celos se volverán cada vez más insistentes e inexplicables, el dinero del que se dispone disminuirá velozmente, la libertad de expresar las propias ideas y opiniones, de salir con los amigos y los parientes se esfumará, las palizas se repetirán y serán cada vez más crueles.

Después, sin embargo, llegará la tregua y estará acompañada de disculpas y de un aparente arrepentimiento. Las más afortunadas recibirán flores, las más desgraciadas se verán inducidas a sentirse culpables por lo que ha ocurrido. Pero en la guerra cualquier tregua nunca está destinada a durar. Pronto los golpes se reanudarán. Basta solamente una ocasión, cada vez más banal, cada vez más cotidiana.

Tú sola no puedes salvar a una persona violenta, no la puedes ayudar a cambiar, no la puedes apoyar. Una persona violenta debe emprender un camino muy difícil y muy largo, dirigido exclusivamente por especialistas. No por una víctima asustada.

Lo único que debes hacer es poner a salvo tu vida sin sentirte culpable. Tienes derecho a ser tratada con respeto, a que te cuiden y te comprendan.

Habla con alguien que te pueda ayudar, dirígete a los centros antiviolencia de tu ciudad y llama al 016.

Salir de la violencia es posible.

Título original: Splendi più che puoi

Edición en formato digital: septiembre de 2017

© 2016 por Sara Rattaro

© 2017, de la traducción: Elena del Amo de la Iglesia

© 2017, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. del Príncipe d'Astúries, 20, 3º B, Barcelona 08012 (España)
www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-17128-10-4

Conversión a formato digital: David Pablo

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

Créditos